

Besa y mata

Ellery Queen



Selecciones del Séptimo Círculo





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Todas las pistas que podrían llevar hasta la mujer desaparecida se encuentran cegadas por cadáveres burdamente asesinados. Nada parece tener sentido; sin embargo, es preciso y urgente encontrar las razones del embrollo, aunque se intuya que la investigación llevará a los más duros y calamitosos resultados.

El amor y la muerte se encuentran, se separan y caminan juntos tras el rastro de una mujer que quizá haya sucumbido a los encantos del uno y a los horrores de la otra.



Elery Queen

Besa y mata

Selecciones Séptimo Círculo # 26

El asunto comenzó en Chicago una fría y ventosa tarde de abril, en un apartamento de un subsuelo en el North Side.

Comenzó con Edward Tollman, las pisadas y el trozo de pan.

Ed estaba, proyectando un gabinete para un combinado radiofónico en su mesa de trabajo cuando oyó abrirse suavemente la puerta de la calle, un ruido de pasos que se hicieron más fuertes al cruzar el rellano, y que luego se detuvieron frente a la puerta del apartamento. No les prestó atención, y siguió trabajando, con los puños de su camisa blanca vueltos hacia arriba mostrando su velludos antebrazos.

Su reloj de pulsera marcaba las siete y cinco.

A las siete y quince se reclinó. Flexionó sus dedos y sacudiendo el paquete que estaba sobre la tabla de dibujo sacó un cigarrillo, imitando inconscientemente los anuncios comerciales de la TV.

—¿Cuánto falta para la comida?—gritó. Liz no le respondió, y él se volvió en su silla—. ¿Liz?—Todo lo que percibió fue silencio.

Se deslizó de la silla, se asomó a la cocina y al baño. Estaban vacíos. Volvió a cruzar el *living*, donde había estado trabajando, y echó un vistazo al dormitorio. Liz tampoco estaba allí. No estaba en casa.

Volvió al *living*. Este se hallaba tres escalones más abajo del nivel del pequeño rellano de la puerta del apartamento. Subió los escalones, abrió la puerta y miró hacia el vestíbulo. No había nadie. Pero apoyada contra la pared al lado de la puerta de la entrada había una bolsa de papel. Supo lo que contenía antes de agacharse a recogerla; podía sentir el aroma. Contenía un trozo de pan recién sacado del horno, todavía caliente.

Pero ¿dónde estaba Liz?

Ed Tollman frunció el ceño, cruzó el pequeño vestíbulo hacia la puerta, la abrió y salió llevándose consigo el pan. Podía ver bastante bien en el crepúsculo; la calle estaba desierta, exceptuando los inevitables anuncios de los diarios de Chicago, balanceándose en el viento. El viento cortante atravesó su camisa y lo hizo estremecerse. Volvió al apartamento.

En la cocina, apagó el gas que había debajo de la cacerola y la colocó sobre la llama piloto, donde permanecería caliente. Miró el reloj del horno y comprobó

que faltaba media hora para que terminara de cocer. Volvió a su mesa de dibujo.

Tomó el encendedor y encendió un cigarrillo. Probablemente Liz había olvidado algo y había ido a buscarlo.

Ed fumó con lentitud inclinando la cabeza para estudiar el bosquejo. Luego cogió una goma, borró una línea, volvió a poner la goma en el soporte al lado de la mesa, cogió un cepillo y quitó los restos de goma del dibujo, echándolos en la palma de la mano y arrojándolos a una papelera que había a un lado del tablero. Sus movimientos eran lentos y precisos.

Afiló, la punta de un lápiz de dibujo en un pedazo de papel de lija y con suavidad trazó una línea. Trabajaba completamente absorto, el pelo negro cayéndole sobre los ojos, haciéndole pestañear. Desde arriba llegaban ocasionales pisadas y el ruido de las tuberías de vapor. El tren elevado traqueteaba no muy lejos.

Cuando sonó el timbre, abandonó el banco con impaciencia, se dirigió a la cocina y apagó el horno. La bolsa de papel atrajo su mirada. La contempló durante treinta segundos, rascándose la mejilla derecha.

¿Dónde *diablos* estaba Liz?

De pronto sacó el abrigo del armario y salió del apartamento. El angosto callejón estaba ahora casi a oscuras; la única luz llegaba desde el distrito comercial a dos manzanas de distancia. Caminó hacia la panadería de la esquina. Una mujer estaba cortando tallarines detrás del mostrador. Era gruesa, y sus poderosos brazos estaban sucios de harina.

—No hace mucho mi esposa vino a comprar un pan sin levadura. Quisiera saber si volvió para comprar alguna otra cosa.

—¿Pan sin levadura?

—Traía un perro. Un *poodle* francés muy pequeño.

La mujer continuaba cortando la masa amarilla, negando con la cabeza.

—Vino una sola vez, por el pan.

Ed salió de la panadería y caminó media manzana hasta el supermercado. Un hombre y dos mujeres empujaban los carritos entre las estanterías, dos inspectoras se pulían las uñas, una cabeza calva brillaba a través de las barras de la ventanilla de la caja.

Salió del supermercado, y algo más adelante, desde la calle, atisbo el interior de una tienda de comestibles, empañando el cristal con su aliento. Sólo había un empleado. Cruzó la calle y entró en un bar llamado *Kirch's Korner*. En una cabina del fondo una mujer de pelo oscuro, con una chaqueta negra de *mouton*, tomaba cerveza. La miró.

—Perdón —se disculpó Ed—. Pensé que era mi esposa.

—¿Sí...?

Se volvió para salir pasando frente al mostrador. El camarero clavó los ojos en él.

—Excúseme, estoy buscando a mi esposa —explicó.

—¿Y...?

—Llevaba un perro blanco. Vestía una chaqueta negra de piel, chanclos, una falda verde. Mire. —Sacó su billetera, abrió el compartimento de las fotografías. Una joven de busto prominente miraba por la abertura de plástico; llevaba el pelo espeso recogido. Tenía la cabeza echada hacia atrás y estaba riendo.

—No ha venido por aquí —dijo el camarero con displicencia.

Ed volvió a la calle, ahora tenía el ceño muy fruncido. Miró con ansiedad a un restaurante lleno de hombres comiendo con los sombreros puestos; pasó por un restaurante especializado en mariscos inspeccionó otro, chino. Exploró las dos aceras, sus pies chapoteando en el barro. Al final del distrito comercial se detuvo. Ocho manzanas más allá, una intensificación de la luz marcaba el próximo distrito comercial; entre ellos había tiendas de muebles con las luces apagadas, lotes en los que se vendían coches usados, oficinas de préstamos, inmobiliarias, garajes. No tenía objeto buscar en ese lugar.

¿O sí...? Caminó rápidamente hacia la estación del tren elevado.

La estación estaba desierta exceptuando a la mujer que detrás de la ventanilla enrejada vendía cospeles. Ed acercó la fotografía a la ventanilla.

—¿Puede decirme si esta persona ha tomado algún tren en la última hora? Llevaba un pequeño *poodle* blanco.

La piel arrugada de la mujer se volvió azul a la luz fluorescente. Sus ojos ignoraron la foto y se detuvieron en la cara de él.

—¿Es usted policía? —preguntó interesada.

—Soy su marido.

Comenzó a menear la cabeza aún antes de mirar la foto.

—No recuerdo ni a ella ni al perro. Pasa mucha gente por aquí. Hágame a un lado, señor.

Ed volvió al apartamento desierto. Eran las ocho y treinta; el asado estaba aún caliente. Lo retiró del horno, cortó una tajada fina del extremo y la colocó entre dos rebanadas de pan. Se sentó a la mesa y comenzó a masticar sin saborearlo, con los ojos fijos en la puerta. Por fin dejó el emparedado, a medir comer, y encendió un cigarrillo. Fumaba y miraba la puerta. Sus pensamientos giraban en pequeños remolinos de pánico. Se repetía: « ¡Ella está bien! ».

A las nueve puso el asado en la nevera y el pan en su caja, y se dirigió al teléfono, instalado en la pared de la cocina. Con el dedo recorrió una lista titulada « Números a los que se llama con frecuencia », hasta que llegó al nombre de Connie. Marcó. El teléfono sonó seis veces antes de que una voz femenina dijera con fastidio:

—¿Quién es?

—Ed Tollman.

—¿Quién? ¡No, Ray...! ¿Quién es?

—Ed Tollman. El marido de Elizabeth.

—¡Oh... Liz! ¿Está allí? .

—No. Precisamente llamo por eso.

—¿Estás buscando a Liz?

Ed abrió la boca e inspiró profundamente antes de responder.

—Sí.

—Bien, tienes mala suerte, querido. No la he visto desde que salió de la agencia a las cinco.

—Ya lo sé, Connie. Volvió a casa en el tren como siempre, empezó a preparar la comida, luego fue a la panadería a comprar pan. Ha debido volver, porque encontré el pan afuera, junto a nuestra puerta. Y desde entonces no la he visto ni he sabido de ella. Pensé que podía haber vuelto a la agencia. No sé qué pensar.

—¿A qué hora ha pasado todo eso?

—A las siete.

—Bien. —La voz de un hombre interrumpió en el fondo y la mujer dijo— Liz Una mecanógrafa de la agencia. Su marido la está buscando. —El hombre respondió algo y la muchacha rió.

—Lamento no poder ayudarte, Ed. No ha vuelto por aquí.

—¿No sabes si ha mencionado algún plan para esta noche?

¿Si pensaba encontrarse con alguien?

—Que yo sepa no.

—¿Se ha mostrado amistosa con alguien en especial, últimamente?

—¿Con un hombre?

—Con cualquiera...

—Ed, Liz jamás ha mirado a ningún otro hombre.

—Digo con cualquier persona.

—Debería darte vergüenza, desconfiar de una muchacha como Liz.

—Ha estado ausente dos horas, Connie...

—Ya sé como pensáis los hombres. He pasado por eso con dos maridos...

Ed colgó el receptor y miró su reloj. Las nueve y media.

Dio otra vuelta por el vecindario, atisbando por las callejuelas y vestibulos. Cuando volvió a su apartamento eran las once menos veinte.

Marcó el número de la Central.

—Por favor, con la policía —y aguardó. Luego de una larga espera una voz de hombre dijo:

—Departamento Dieciocho. Cabo Towns.

—Llamo a causa de mi esposa. Vino a casa...

—¿Quién llama?

—Edward Tollman. Vino a casa...

—¿Dirección?

—West Pine 3215.

—¿El nombre de su esposa?

—Elizabeth. Salió hace tres horas a comprar pan. Ha debido volver porque encontré el pan junto a nuestra puerta. Pero no volví a ver a mi esposa desde que salí para la panadería.

—Espere un minuto.

Se oyó un zumbador, un *click* y luego una voz diferente:

—Departamento de Personas Desaparecidas, Sargento Frannie. El corazón de Ed comenzó a latir con violencia.

—Me llamo Edward Tollman, West Pine 3215. Hablo con referencia a mi esposa Elizabeth...

—Deletree su apellido.

—T.O.L.L.M.A.N.

—T.O.L.L.M.A.N. Bien. Ahora, ¿qué decía con respecto a su esposa?

—Que vino a casa hace tres horas con el pan. Lo dejó en la puerta, en la parte de afuera, sin entrar, y aparentemente volvió a salir. He buscado en todo el vecindario y no la he encontrado. A decir verdad, sargento, comienzo a preocuparme.

—No corte.

Después de Unos minutos la voz dijo:

—No hay informes sobre ella. Quizás haya ido a ver a un pariente, Mr. Tollman.

—No tiene parientes en Chicago.

—Alguna amiga, entonces...

—No las tiene en el barrio; de cualquier manera me lo hubiera dicho, o hubiera llamado.

—Probablemente. ¿Tuvieron alguna discusión?

—No.

Hubo una pausa. Luego el sargento de policía continuó:

—Será mejor que me la describa.

Ed volvió a inspirar profundamente.

—Tiene veinticinco años, pelo castaño oscuro, ojos color avellana...

—Más espacio...

—Cinco pies y siete pulgadas de altura —Ed esperó.

—Cinco-siete. Continúe.

—Pesa ciento veinte libras.

—¿Qué vestía?

—Una chaqueta de piel negra. Falda verde, chanclos. Llevaba un perro, un *poodle* francés muy pequeño, blanco.

—¿El nombre del perro?

—Bogus.

—Repítalo, por favor.

—Bogus. Lo traía con el *pedigree*, pero éste era falso.

—Oh... Bogus. ¿Alguna cicatriz o marca de nacimiento? Me refiero a su esposa.

—Ninguna visible.

—No he preguntado si eran visibles. No quiero alarmarle, Mr. Tollman, pero estas cosas suceden.

Ed se humedeció los labios.

—Tiene una cicatriz de apendicitis. Eso es todo.

—Bien. Difundiremos esto. Si no ha regresado mañana por la mañana, traiga una foto a la policía.

—Espere... ¿Podría haber tenido un accidente?

—Acabo de verificarlo. No lo han denunciado.

—¿Pero es posible?

—Por supuesto. Alguien puede haberla atropellado y dejado en un hospital sin denunciar el incidente.

—Lo verificaré yo mismo.

Ed abrió la guía telefónica en las páginas amarillas y comenzó a llamar a los hospitales.

Barney Burgess era uno de los pocos detectives privados que tenía el aspecto que la gente piensa que deben tener los detectives privados, de acuerdo con la vasta experiencia que dan las películas y las series de televisión. En la vida real, la mayor parte de los detectives poseen una cintura de 46 pulgadas y una gran cantidad de libras, lo que es mucho peso aún para sus grandes pies; son casados, tienen una numerosa prole y luchan para cumplir con las cuotas de la hipoteca y de los préstamos y probablemente no han empuñado un arma desde tiempo atrás, cuando vestían el respetable uniforme azul de la fuerza policial. Sus casos, en general, se reducen a seguir las huellas de maridos desertores, o a obtener las pertenencias, mediante fotografías, de esposas descarriadas, a vigilar a algún miembro de una familia opulenta afectado de cleptomanía, o a inmiscuirse en algún pequeño e inofensivo espionaje industrial.

Barney era distinto. Por lo pronto, tenía permiso para llevar arma, la limpiaba con regularidad, y en general, la usaba con más frecuencia de lo conveniente en una sociedad amante de la paz. Esto se debía a su clientela, de la cual cuanto menos se diga, mejor. También se parecía a sus colegas de la TV, pero de otra manera. Tenía treinta años, soltero, le gustaban las muchachas hermosas y su vida sexual era más que satisfactoria. En las sastrerías, buscaba los trajes especialmente cortados, sin hombreras, corbatas de seda y zapatos terminados a mano. Físicamente parecía haber surgido del más próximo aparato de televisión en color: alto, con los hombros naturalmente anchos, sin ayuda externa, ojos azules soñadores que sin embargo lograban verlo todo, pelo rubio oscuro, ondulado, y la piel tostada a causa de la continua exposición a las lámparas solares del gimnasio; poseía el tipo de cara que los anuncios comerciales de cigarrillos hicieron popular, hermosa, pero en cierta forma, fea. A lo Humphrey Bogart.

La verdad era que Barney. Burgess se había modelado a sí mismo según Humphrey Bogart. Cuando era un adolescente se había sentido obsesionado por los recios infantes de marina de la familia, pero así como otros muchachos fueron persuadidos, por las películas de guerra a dedicar sus vidas a la Infantería de Marina de los Estados Unidos, Barney prefirió los misterios tipo Bogart y resolvió convertirse en detective privado. Así: fue como salió al mundo y se

convirtió en uno de ellos. Un caso más de la vida imitando al arte.

Pero la imitación no era hueca y rellena de paja. Barney era en verdad un tipo muy recio. Había nacido así, y ninguna otra vida le habría satisfecho. En ciertos aspectos superó a la pantalla. Su oficina estaba en su apartamento. No tenía una muchacha de curvas opulentas para los viernes; las mujeres eran para los ratos de ocio y él era un hombre de negocios. También tenía una veta sentimental que algunas veces le molestaba.

Ed Tollman le molestó. No era, obviamente, un típico caso para Barney, sino un individuo trabajador con un gran problema quien probablemente pensaría que cien dólares era una tarifa alta. No eran buen negocio clientes como Tollman.

Sintiendo pena por el individuo, Barney dijo con tono sarcástico:

—De manera que su esposa hace seis días que se fue y usted está resentido con la poli —hasta hablaba como Bogart.

Los hombros de Ed se levantaron en una actitud de puercoespín.

—El detective sargento Frannie me dijo que no podía dedicar ningún agente regular al caso, sin evidencia de un crimen. Me aconsejó que contratara a un detective privado y me recomendó a usted.

—¿Por qué a mí? —¿Como si Barney no lo supiera! Frannie lo odiaba; todos los policías lo odiaban, porque no quería entrar en su pequeño juego de acomodo «tu me rascas a mí y yo a ti» y esta era la mezquina manera que tenía Frannie de retribuirle, enviándole a este cornudo de ojos asombrados por las travesuras eróticas de su mujer.

—Me dijo que usted es muy hábil en esto de encontrar gente.

Hermano, musitó para sí Barney mientras se repantigaba en su mullida silla de cuero, no sabes lo afortunado que eres de haberte librado de ella. Probablemente en este mismo momento se está entregando a las caricias de un Casanova, gozando de cada minuto. Sin embargo, Ed Tollman quería que volviera. ¿Por qué? Ella no era más que un conglomerado de ojos, nariz, boca, pelo, pechos, muslos... hecha del mismo material que cualquier otra mujerzuela.

—Quiere que yo la encuentre...

—¿Por favor!

¿Este individuo no lo sabía...? ¿O no quería saberlo?

—¿Y luego qué? —preguntó Barney.

—No comprendo, Mr. Burgess.

—Liz vuelve a su casa... ¿Y? ¿Todo está perdonado?

Lo curioso de ésto, reflexionó Barney, era que el individuo parecía sincero.

—Usted habla como la policía —respondió Ed Tollman con voz colérica—. Me dijeron que volvería por la mañana, como la mayor parte de las esposas desaparecidas. Bien, pero no volvió... ni esa primera mañana ni las otras cinco, Sólo puede haber una razón para eso, Mr. Burgess. No pudo volver.

Aparentemente no se le ocurrió al tonto que ella podría no querer volver. Con

todo, ese detalle del trozo de pan caliente...

El hombre parecía agotado. Había manchas debajo de sus ojos, como de fina ceniza. Fumaba nervioso, encendiendo un cigarrillo, aplastándolo en seguida contra el cenicero, u olvidándolo mientras se quemaba hasta el filtro... actuando en la forma en que actúa un individuo cuando su mujer lo ha abandonado.

De pronto a Barney Burgess se le ocurrió una idea: ¿estará actuando como lo haría un hábil actor si hubiera hecho desaparecer a su mujercita?

Y de pronto Barney se interesó. Se sintió atrapado, así lo calificó. Era su maldita curiosidad, una debilidad que con frecuencia deploraba. Había descubierto que la curiosidad no traía beneficios, sino problemas. La curiosidad no era negocio. Se sonrió para sí. Quizás yo sea un artista, pensó y luego sin más le dijo a Tollman:

—Muy bien, ha tenido seis días. ¿Qué ha hecho?

—¿Que qué he hecho?

—Sí. Ha registrado el vecindario, ha telefonado a sus amigas, a su oficina, a los hospitales, a la policía. ¿Y luego? ¿Se ha sentado cómodamente a esperar?

El rostro de Ed Tollman enrojeció.

—La policía me dijo que me mantuviera a la expectativa.

—¿Por qué?

—Para poder hacer identificaciones. Anteayer me hicieron ver un cuerpo que extrajeron del río.

Barney sacó una botella de White Horse y un vaso.

—¿Y durante esos seis días no salió de su casa ni anduvo por las calles mirándoles el rostro a todas las mujeres, esperando contra toda esperanza?

—Eso no es lógico...

—¿Vive usted según la lógica? ¿No le dio pánico?

Ed se retorció en el asiento.

—Sucedió todo tan lentamente. Quiero decir, primero había desaparecido por unas horas, luego por toda la noche, después pasó otro día. Y siempre sin *razón* alguna. Uno no puede asustarse hasta saber de qué asustarse. Por supuesto, ahora tengo miedo. Pero también estoy sorprendido, Mr. Burgess. Es algo, que no tiene sentido.

Barney se sirvió un trago, no le ofreció a Tollman. El asunto era demasiado interesante para estropearlo dándole al individuo una carga de coraje holandés.

—De manera que ella sale a comprar pan. Ese es un matiz muy sutil, Tollman. Lo mismo que lo del perrito blanco. ¿Quién podría imaginar que un marido afligido pudiera inventar cosas así? ¿Eh...?

Ed Tollman se quedó mirándolo de hito en hito.

Barney amplió deliberadamente su sonrisa:

—¿Sabe usted lo que hace bastante bien? Es precisamente el tipo por quien las ancianas sentirían pena. ¡Pobre, pobre hombre! ¡Tan suave, tan sincero! Me

parece oírlos: « No puedo creer que un hombre tan agradable hiciera una cosa así a su esposa » .

—¿De qué está usted hablando, Mr. Burgess?

—¿No lo sabe, Tollman?

Ed se levantó del asiento. Su voz sonaba seca, dura y fría.

—No, no lo sé. Mire, Mr. Burgess, tengo ocho mil dólares ahorrados. Iba a poner un negocio... era idea de Liz. Todo lo que soy se lo debo a Liz. Le daré los ocho mil dólares si la encuentra. ¿Cree usted que haría un ofrecimiento así, quedándome sin un céntimo... si tuviera algo que vez con su desaparición?

—Ya lo creo que lo haría, Tollman. Si usted fuera muy listo y la hubiera puesto donde pensara que nadie la iba a encontrar.

Barney vio enturbiarse las facciones del hombre. Su mano derecha era un puño de nudos pálidos.

El golpe no dio en el blanco. Barney lo cogió de la muñeca e hizo dar a Ed Tollman una media Vuelta. Ed luchó, pronunciando palabras ininteligibles que resumían, o parecían resumir toda su ansiedad y frustración de casi una semana. Pero Barney mantuvo fácilmente el brazo retorcido detrás de la espalda del hombre y mientras lo sostenía advirtió un corte, un corte de afeitada, debajo de la oreja de Tollman. Algo de la sangre había aflorado a pesar del lápiz coagulante y se había secado con la forma y el color de una cucaracha. Mientras estudiaba el insignificante corte y permitía a Ed Tollman gastar su cólera en la fútil lucha, Barney pensó que un tipo verdaderamente frío incluiría esto en su actuación, la cólera, el ataque...

—Adelante, desahóguese, Tollman —le dijo al oído— puede continuar, porque no le soltaré hasta que lo haga usted.

Y de pronto los esfuerzos de Tollman cesaron y su cuerpo pareció derrumbarse.

—Suélteme, Mr. Burgess.

Barney lo soltó. Ed se frotó la nuca. Por debajo de sus cejas caídas miró al detective curiosamente.

—Aquí ha estado jugando conmigo...

—Enfurece a un hombre y lo desenmascararás. —Barney se encogió de hombros—. Quería saber cómo reaccionaba usted. —Sirvió otro vaso y se lo ofreció—. No debería atacar con la derecha. Tome un trago. —Ed meneó la cabeza—. Vamos, Tollman, lo necesita. No está pensando bien. Dígame, ¿cuál cree usted que es el problema?

—¿El problema? Es encontrar a Liz. Anda extraviada.

—Se equivoca. Ella sabe exactamente dónde está. El problema es suyo, Tollman; usted es el que la está buscando. Y siente mucha lástima por usted mismo. Tome. Beba.

Ed tomó el vaso y se lo bebió de un trago. Miró vagamente alrededor, y

Barney tomó el vaso de su mano.

—¿Acepta el trabajo, Mr. Burgess?

—Lo haré, Ed. Descubriré qué le ha pasado a su esposa. Mis honorarios dependerán del tiempo que me lleve. Pero no estoy trabajando para usted. Trabajo para mí. ¿Está claro?

—No —respondió Ed Tollman.

—Lo que quiero decir es que llevaré la investigación hasta el fin. Si eso significa que usted termina aspirando vapores de cianuro, le mandaré una tarjeta deseándole buen viaje. Y desde este momento en adelante, yo me hago cargo.

Ed tragó.

—Muy bien, Mr. Burgess. —Se sentó de pronto en la banqueta—. Ahora, algunas preguntas. ¿Liz bebía?

—En sociedad y muy poco.

—¿Era amiga de salir de parranda?

—No.

—Bien, usted y la policía han descartado casi por completo la posibilidad de un accidente, verificando en los hospitales y el depósito de cadáveres. ¿Qué posibilidades hay de un secuestro?

Ed se mojó los labios.

—Ya pensé en eso. Pero ¿justamente, ante mi puerta?

—¿Por qué no?

—El perro. Cuando la gente se aproxima a Liz, Bogus da unos chillidos que rompen los cristales.

—No lo haría con una mano sobre la boca. Dos hombres trabajando juntos podrían haberles silenciado a los dos.

—¿Pero, para qué? Yo no tengo tanto dinero...

—Quizás alguien quería evitar que hablara. ¿Tenía que testificar en los tribunales en algún proceso criminal?

—No.

Barney se dirigió al teléfono y marcó un número.

—¿Clyde? Soy Barney. Hazme un favor, ¿quieres? Busca en el registro la noche del 13 de abril, en las inmediaciones de West Pine 3200. Busca atracos, asaltos, asesinatos, violaciones, robos, cosas así. Esperaré. —Barney miró a Ed—. ¿Dónde trabaja?

—En Cárter Electric. Diseño artefactos.

—¿Y su esposa?

—En Waterhouse, Cárter y Prince. Es una agencia de publicidad.

—¿Tienen hijos?

—No.

—¿Cómo ocupa Liz su tiempo libre? ¿Tiene algunos *hobbies*?

—Toma parte en concursos. Ya sabe... «Me gusta Flow-Pop porque...» en

25 palabras o menos. Gana con mucha frecuencia.. Su último premio fue un viaje de Navidad pagado a México.

—¿Fueron los dos?

—Estábamos ahorrando dinero. No podía canjear el premio por dinero de modo que fue sin mí.

Barney arrugó el entrecejo. Pero en ese momento oyó a su interlocutor en la línea.

—Un asalto en ese barrio, eso es todo. Dos chiquillos le quitaron la billetera de un borracho con 22 dólares. Atrapamos a los muchachos.

—¿A qué hora fue?

—A las diez y media.

—Gracias, Clyde. —Colgó—. De manera que ella no pudo haber presenciado un crimen y por lo tanto no ha sido secuestrada para mantenerla en silencio. Eso deja en pie lo contrario... es decir que pudo haber sido secuestrada a fin de hacerla hablar. ¿Qué podía saber su esposa? ¿Negocios publicitarios? ¿Los secretos comerciales de su firma? Ninguno de los dos tenía acceso a ese tipo de información. Comprendo. Lo que nos trae de nuevo al comienzo: que Liz se largó por propia determinación.

—No puedo aceptar eso —respondió Ed-Tollman.

—¿Por qué no?

“—¿Es usted casado?

—No.

Ed se encogió de hombros.

—Sé que Liz no me dejaría. No deseaba nada que yo no pudiera darle.

Barney no sonrió. Había conocido parejas así... unidades cerradas, autosuficientes, como un huevo con dos yemas. (Con frecuencia se había preguntado qué se sentiría al tener esa coincidencia con una mujer). Si alguien tirara una piedra a ese huevo sería un desastre, pensó. Ed era un «Humpty-Dumpty» esperando ser reconstruido.

—Aún así —dijo Barney en voz alta— también consideraremos esto. La gente que desaparece rara vez se va por completo. Algunas veces se ponen en contacto, por costumbre. ¿Quiénes eran las amigas más íntimas de Liz?

—Una muchacha que trabaja en la agencia, Connie Greenberg. Otra compañera de escuela que vivía en Charlevoix, Michigan. Liz creció allí; también yo —agregó Ed Tollman.

—Bien, contrataré a un par de ayudantes; uno para vigilar la agencia y el otro para que lo haga en su ciudad natal. Sólo son jóvenes aprendiendo el juego, pero pueden hacerlo. Veinticinco dólares al día y los gastos.

Ed asintió.

—Hay algo más que quiero agregar —dijo—. No sé si es importante o no, pero hace dos noches llamó una mujer de larga distancia y preguntó por Liz.

Traté de averiguar quién era, pero colgó; El operador rastreó la llamada hasta un teléfono público en una parada de autobús en Kingdom City, Missouri.

—Alguien que estaba viajando —respondió Barney pensativo.

—¿Pero quién? Me he puesto en contacto con todas sus amigas.

—Con todas no, amigo mío, si es que ella no le ha dejado voluntariamente. Vayamos a su casa. Quiero revisar sus cosas.

Ed se disculpó acerca del apartamento del subsuelo.

—Estábamos ahorrando dinero. Por eso ni siquiera tenemos coche.

Barney examinó un dispositivo aplicado en la parte superior de la puerta.

—Un abridor automático de puertas, de mi propia invención —explicó Ed—. Lo instalé mientras Liz estaba en; México. Si el perro quería salir y lo echaba mucho de menos... pisaba esta rejilla. —Apoyó la palma de la mano sobre una placa de metal en el suelo a un lado de la puerta, se oyó chirriar un motor eléctrico y la puerta se abrió—. Cuando estoy trabajando no me gusta que me molesten.

Barney entró al *living*. Estantes de libros no muy altos, simples tablas apoyadas sobre ladrillos sostenían estatuillas, misceláneas, recuerdos y algunos libros nuevos con pulidas cubiertas.

—¿Su esposa leía mucho?

—No, pero tenía la idea de que debía hacerlo; Además, Liz no podía resistir las ofertas de esos clubs de libros baratos.

Barney miró la mesa de dibujo de Ed, vacía aparte de un montón de bocetos. Al lado de la tabla estaban ordenadas las herramientas de su oficio: regla, compás, bolígrafos, goma de borrar. Cerca había otra mesa con un revoltijo de trozos de periódico, crucigramas, notas y papeles llenos de garabatos y espirales.

Barney revisó la papelería en busca de cualquier cosa. Todo lo que encontró fueron evidencias de las indisciplinadas energías de la mujer ausente: la comunicación de un premio por la campaña de la Community Chest, una tarjeta nombrándola fiscal electora del partido Demócrata, un poema incompleto, media docena de formularios para participar en concursos, sin utilizar.

Un tablero de ajedrez en la estantería atrajo su atención, tenía las piezas colocadas para jugar, y algo hizo que se acercara a mirarlo. La reina blanca amenazaba al rey negro. Barney tomó la reina; dejó un círculo en el polvoriento tablero.

—Mate en tres, jugadas —dijo Barney—. ¿Quién juega? ¿Usted?

—Liz, por correo. Dice que no tengo paciencia para jugar con ella. Piensa demasiado entre un movimiento y otro.

Barney se dirigió al dormitorio, seguido de Ed. Las ropas de ella colgaban sobre la silla al lado de la cama, en orden invertido: encima de todo había un

corpiño de nylon negro, un portaliqas, medias de nylon; al lado de eso una combinación negra y una blusa blanca, y al final un traje *beige*. La ropa interior trajo a la mente de Barney una visión de la mujer ataviándose con ropa interior muy sexy... negro sobre una piel marfil... luego internándose en esta viciosa ciudad para... ¿qué?, cogió la combinación y aspiró su perfume. Una fragancia como de algarrobas mezclada con el aroma de la piel femenina. De pronto pareció que la mujer estaba en la habitación. Barney casi podía verla.

—No he tocado nada —dijo Ed Tollman.

—¿Por qué no?

Ed se volvió sin responder. Barney dejó la combinación sobre la silla.

—¿Tenía prisa ella la última noche?

—No. Siempre ha sido desordenada. Desde que trabajamos los dos, yo hago la limpieza y ella cocina.

—¿Dónde está el bolso de Liz?

—Lo llevaba consigo.

—¿Tienen cuenta común en el banco?

—Sí. Pero no ha cambiado cheques. Ya lo he averiguado.

Barney gruñó.

—¿Tiene café?

—Voy a prepararlo.

Cuando se marchó, Barney inspeccionó la foto de boda que había sobre el tocador. Viéndolos uno al lado del otro, pudo percibir lo que les mantenía unidos. Liz, alegre y romántica; Ed, serio, un hombre positivo. Creciendo en la misma ciudad, tal vez novios desde niños. ¿Fue la noche de bodas una noche de descubrimientos? Muy posiblemente no, pensó Barney. Ed la habría deseado siempre sin saber cómo lograrlo... hasta que, de pronto, el baile, el coche, un camino solitario, la llamada de la sangre en sus venas... o quizás un idilio de verano en dos bosques... Ed preocupado por las manchas de yerba en el vestido de ella y Liz sin preocupación alguna, quizás levantándose para correr tras una mariposa. Seguramente Ed se sentaría a reflexionar sobre el acontecimiento mirándola con solemnidad. En tanto que Liz corría tras la mariposa, despreocupada, sabiendo que encontraría a Ed allí, sentado como lo había dejado, un ancla a la que podía adherirse.

«¿Qué ha pasado Liz?». Preguntó Barney a la foto. «¿Te has cansado de estar anclada?» .

Los ojos de la muchacha parecían bailar en la belleza traviesa de su cara. Por un instante pensó que la comprendía; leal, afectiva, generosa... y un animalito femenino. Un nuevo entusiasmo... un hombre, una causa, una mariposa... podrían haberla hecho cortar amarras y salir a navegar alegremente.

Barney entró en la cocina cuando Ed estaba sirviendo el café.

—Ed, he aprendido una cosa en este asunto de personas desaparecidas. —Se

sentó a la mesa—. La mayoría de las desapariciones son un repudio. La gente arroja su pasado, toma nuevas asociaciones, crea nuevos intereses, un trabajo nuevo. Algunas veces se puede volver sobre los detalles para ver cómo sucedió ¿Sabe lo que quiero decirle?

—Sí. —Ed también se sentó, con el rostro atento—. ¿Ha notado usted algo así?

—Hace mucho tiempo que su esposa no ha jugado el ajedrez. Ese crucigrama en que trabajaba fue hecho hace tres meses. Las solicitudes para los concursos están sin utilizar...

—Siempre hace eso, toma cosas y luego las deja...

—¿Cuál es su último *hobby*?

Ed frunció el ceño.

—Supongo que el viaje a México alteró su rutina. No ha empezado nada nuevo.

—Bien, el viaje a México. ¿Dónde están los souvenirs de ese viaje? —Barney con la mano señaló el cuarto de estar—. Hay recuerdos de todas partes menos de México. ¿Por qué?

—Supongo que ya ha pasado la etapa de coleccionar cosas en los viajes...

—O que estaba demasiado ocupada para preocuparse de ello.

La boca de Ed se endureció.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Estoy investigando, Ed. ¿Ha advertido alguna diferencia en sus relaciones personales, últimamente?

—No, siempre nos hemos llevado bien.

—Me refiero a sus relaciones sexuales.

—¡Oh! —Ed se sonrojó y bajó los ojos fijándolos en su taza. Cuando habló su tono era defensivo—. Siempre hay un cambio, supongo. El sexo no es un ritual que se sigue desde el casamiento hasta la muerte, como la comunión. Cuando volvió de México, fue como una luna de miel. Pero... quizás nos hayamos quemado hasta destruimos. No lo sé. También, yo he estado trabajando más intensamente que de costumbre... —su voz se perdió.

Barney esperó un minuto.

—¿Puedo ver las cartas que le escribió desde México?

—Por supuesto. —Ed se levantó y se dirigió al cuarto de estar. Volvió con un paquete de media pulgada de cartas y tarjetas postales—. Están ordenadas por fecha. La primera, arriba.

Barney abrió un sobre azul con sello de San Antonio. Liz tenía una letra puntiaguda, inclinada, que bailaba como sus ojos.

Queridísimo Ed:

Mañana partimos. Alamo Tours nos ha tomado bajo su ala, nuestro conductor pesa trescientas libras, por lo menos, y nos transportará en una

limousine Cadillac con aire acondicionado. Conocí a los otros miembros del grupo y desde luego, no se puede juzgar de primera intención, pero hay una pareja de gente mayor, de Colorado, a quienes ya quiero mucho. Me recuerdan a aquella representación, transmitida por radio, Fibber McGee y Molly. El cuenta chistes que no son graciosos, pero que en realidad, lo son, si entiendes lo que quiero decir: Es como si te viera, mi querido gatito; los mirarías con una cara seria, pero por dentro te sonreírías. Su esposa me recuerda a Mrs. Truman.

También hay una bibliotecaria industrial de Indianápolis. Adora los animales. Cuando supo que tenía un perro ya no se separó de mí. Tiene un gato llamado Charles, lo dejó... Oh, también hay algunas otras... una llamativa fotografía que es muy chic, la última palabra. ¡Qué ropas! Me hace sentir vestida como para recolectar heno. Hay un hombre que parece más bien hosco y extraño, pero supongo que se ablandará. Oh, sí, un profesor de la secundaria de Detroit, que va a estudiar a la gente. Me preguntó cual era mi «motivación»... muy estudioso y tozudo, como tú, sólo que no tan gallardo, querido. ¡Le dije que iba porque era gratis!

Estoy impaciente por llegar. Estaremos en México mañana a las diez y eso dice Blimpo, nuestro conductor. Desearía que estuvieras aquí, querido. ¿Pasaré tres semanas sin verte? No quiero pensar en eso.

Adiós, Liz.

Durante los primeros días había escrito una carta comunicativa todas las noches, como si estuviera hablando con él a través de la mesa a la hora de comer. Tenía la costumbre de apodar a la gente: Miss Figurín, era la dama fotógrafa, Cara de Piedra, el hombre que se había mostrado hosco el primer día. Se refería a la bibliotecaria de Indianápolis como a la Mujer del Gato.

Pero gradualmente, la nota personal exuberante, comenzó a palidecer. La última carta íntima había llegado desde Mazatlán, en la que describía su ida a pescar y a tostarse al sol:... «me quité el vestido en el hotel y parecía una doncella india con un bikini blanco. Si estuvieras aquí esta noche... vaya hombre, no habría... Aunque pensándolo bien, no estoy quemada ahí. ¡Vaya! Será mejor que cambie de pensamientos. Podrían alterar mis sueños...» .

Pero no había más cartas como ésas. Las siguientes eran como cartas obligadas para la tía Tillie. Estas a su vez se convirtieron en meras postales que comenzaban « Querido Ed» y terminaban, « Liz» .

Barney eligió seis de las postales y las abrió en abanico sobre la mesa como una mano de poker.

—Mire éstas, Ed. ¿Advierte algo extraño?

Ed miró furtivamente las postales.

—No.

—Están escritas con el mismo bolígrafo.

—¿Y...?

—Mire las otras: Casi ninguna carta consecutiva tiene el mismo color de tinta ni el mismo trazo.

—Puedo explicarlo. Liz tenía la costumbre de pedir prestado el bolígrafo. Debe haber empezado a pedirselos a los miembros del grupo. Al final compraría uno ella.

Barney tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Sí, esa es una explicación.

—¿Y cuál es la otra? —el tono de Ed era beligerante.

—Que escribió todas estas postales de una sola vez y las despachó desde distintas ciudades.

Ed respondió con lentitud.

—¿Para qué iba a hacer eso?

—Si hubiera abandonado el grupo...

—¿Quiere decir separarse para ir sola?

—Sola no, Ed.

—¡No lo creo!

—Trate de verlo en forma objetiva. Al principio le contaba todo lo que hacía, esto y aquello, sus paseos en burro, lo que sintió cuando el barquero la pellizó, y cosas así. Al final, no le comenta nada.

—Sabía qué iba a verme pronto, y que podría decírmelo...

—¿Lo hizo?

—Me comentó lo que vio.

—¿Pero qué le dijo de sí misma? ¿De lo que hacía, incidentes divertidos que la involucraban a ella y a otros? ¿Le habló de eso?

Ed permaneció silencioso. Luego con voz extraña respondió:

—Si me pongo a pensarlo, no.

Barney continuó sin compasión. Era mejor hacerlo de esa manera:

—¿Después de volver, mantuvo correspondencia con otros miembros del grupo?

—... No lo creo.

—¿No es extraño? .

—Eh... ¡sí! Generalmente coleccionaba amigos en la forma, en que un perro atrapa pulgas. —Se detuvo impotente. Luego golpeó la mesa con la palma de la mano—. Pero ¡maldita sea! Hubiera, sabido *algo*. Liz no tiene talento para engañar.

—O un talento más grande del que usted le conoció.

Ed miró a Barney con chispas en los ojos; las ventanillas de la nariz estaban borrascosamente blancas. Pero luego pareció abatido y murmuró:

—Sí, ya veo que al fin resultará lo mismo. Pero no importa. Mr. Burgess,

¿verdad?, si me ha abandonado ella o se la han llevado. Como no lo sé tendremos que buscarla. —Era como si estuviera discutiendo los detalles del funeral de Liz.

Barney Burgess, sintió lástima por Ed.

—Me voy a San Antonio, Ed —dijo tomando la primera carta—. Tengo que saber qué sucedió en esa excursión. Estoy seguro de que su desaparición tiene allí el comienzo.

—Quiero ir con usted, Mr. Burgess.

—¿Cómo? —Barney lo miró—. ¿Y su trabajo?

—Tengo permiso desde anteayer. No puedo trabajar y no voy a quedarme sentado aquí al lado del teléfono como un maldito imbécil.

Barney siguió mirándolo. Al fin dijo:

—Está bien, Ed. Recoja algunas camisas limpias y saldremos. Yo siempre tengo una maleta, preparada en el maletero de mi coche.

El director de «Alamo Tours» estaba sentado en una oficina con paneles de madera rodeado de figuras pre-colombinas y estampas mexicanas, piezas obviamente arregladas por un decorador de interiores. Era rechoncho, calvo y de piel oscura.

—*Buenos días*^[1], señores. ¿En qué puedo servirles? —hablaba con acento mexicano.

—¿Puede darnos los nombres y direcciones de la gente que participó de su decimoctava excursión de diciembre? —preguntó Ed Tollman.

La sonrisa estereotipada desapareció del rostro del director.

—¿Por qué? —La tonada mexicana desapareció y fue reemplazada por el característico acento tejano.

—¿Por qué no? —espetó Ed—. ¿Acaso sus registros son inventados?

Barney miró a Ed; el color grisáceo de su cara se había acentuado durante los dos días y una noche de viaje. Parecía desesperado. Barney a su vez también se sentía irritable, le dolía el estómago a causa de las grasientas hamburguesas y del pésimo café. Una llamada telefónica a la oficina de turismo no había conducido a nada; ahora estaban tratando de abordar personalmente al director.

—¡Por supuesto que no! —dijo éste con lentitud—. Pero tiene que haber una razón.

—La razón —respondió Ed—, es que una de las mujeres de la excursión ha desaparecido. La estamos buscando.

Los labios del director formaron un mudo «¡Oh!». Se levantó y salió de la habitación. Ed disparó a Barney una, mirada de triunfo.

—No ha sido tan difícil. No necesitaremos forzarlo más.

—Espere y verá —respondió Barney—. Cada director de oficina es un burócrata de alma. Usted lo ha puesto en movimiento. Se recobrará y comenzará a poner dificultades.

Por supuesto, el director volvió con las manos yacías. Caminaba con un contoneo que recordaba vagamente a un gallito joven.

—Me temo que no puedo darle esos nombres.

—¡Entonces, queremos hablar con el conductor que hizo la excursión!

Las pequeñas y cuidadas manos del director se cruzaron.

—El conductor y a no está con nosotros;

—¿Qué le pasó?

El director se puso de pie.

—Ustedes no pueden entrar a mi oficina para acribillarme a preguntas.

¿Quién demonios creen ustedes que...?

Barney entró en acción. Puso las manos en los hombros de Ed diciéndole:

—Tenga calma, Ed, —y volviéndose al director—: Mr. Tollman está alterado. Estoy seguro de que usted lo comprende.

—Francamente, no —respondió el director. Pero se sentó, observando a Ed con curiosidad—. ¿Por qué está alterado?

Barney se dirigió al escritorio y tomó una fotografía retocada, en un marco de plata. Mostraba una mujer de tez cetrina, algo canosa, en *shorts* y *soutien*, de pie al lado de un gran pescado.

—¿Es su esposa?

—Sí.

—¿Sabe dónde está?

—En casa, no comprendo...

—Este hombre —Barney señaló a Ed— no sabe dónde está su esposa. Póngase usted en su lugar. ¿Se sentaría usted a escuchar una cantidad de evasivas?

—¿Su esposa, dice?

—Hasta podría ponerse usted violento.

El director humedeció sus labios. Oprimió un botón y dijo por el intercomunicador:

—Traiga el registro de la decimoctava excursión de diciembre. —Luego abrió una caja de cigarros y les ofreció. Cuando el aire se volvió azul del humo, el hombrecillo se reclinó.

—Esa excursión me ha ocasionado una serie de problemas. Esa es la razón por la que me he puesto a la defensiva.

—¿Qué problemas? —preguntó Barney.

—Bien, antes que nada, uno de los del grupo fue muerto en México...

Barney miró a Ed:

—¿Lo sabía usted?

Ed negó con la cabeza.

—Liz nunca mencionó eso. Pero explica algo.

—¿Qué?

—Porqué no habló de la excursión,. Una cosa tan desagradable pudo estropearlo todo.

Barney se volvió al director.

—¿Quién fue?

—Un hombre joven llamado John Torrance Talbot. Por lo menos ese fue el

nombre que dio.

Barney recorrió mentalmente las cartas de Liz. El único que parecía encajar era el que ella llamaba Cara de Piedra.

—¿Cómo lo mataron?

—Fue atropellado por un autobús en San Juan del Río, a la vista de todo el grupo. No, no hubo posibilidad de que se tratara de un crimen intencional. Por supuesto, el caso fue a parar a la policía mexicana, que de vez en cuando suele ser competente. Pero estaba el cadáver. Di el nombre que él me había indicado para notificar en caso de emergencia... siempre los pedimos a nuestros clientes... pero no existía tal persona. Su dirección particular resultó ser una lavandería pública. El estado de California no tenía registrado a ningún hombre llamado John Torrance Talbot. Tuve que ir hasta allá para encargarme personalmente del entierro. Eso se llevó la ganancia de la excursión.

—¿Y entonces despidió al conductor?

—No le despedí —el director se encogió de hombros—. Da lo mismo que se enteren de todo. El conductor no se ha presentado, a trabajar desde hace tres semanas. Ni siquiera su esposa sabía donde estaba. Al principio presentamos cargos criminales contra él, pues se había llevado la *limousine* de la compañía.

—¿La misma de la excursión a México?

—Sí. Cada conductor tiene asignado un vehículo de manera permanente. Esto se hace para darles una sensación de responsabilidad. De cualquier manera retiramos los cargos cuando se encontró el automóvil al lado de nuestro garaje al día siguiente. Casi sin combustible, pero sin daño alguno. Sin embargo, el conductor todavía no ha aparecido.

Una mujer abrió la puerta, con cara azorada.

—¡Mr. Carmano, ese registro ha desaparecido!

—¿Desaparecido?

—He revisado todo el archivo, pensando que alguien podía haberlo puesto en un lugar equivocado. Pero no está allí.

—¡El robo! —exclamó el director—. Los problemas se presentan de tres en tres, señores. Hace un poco más de dos semanas alguien entró a mi oficina durante la noche. La cerradura fue abierta con ganzúa; ni siquiera nos hubiéramos enterado, si el ladrón hubiera cerrado la puerta con llave cuando se marchó.

—¿Lo denunció a la policía?

El director puso cara de amargura.

—Con la muerte de Talbot y la desaparición del conductor, ya tenía la policía de sobra. Además, no advertí que faltara nada. No se me ocurrió revisar el archivo.

Barney asintió. Un hombre muerto en México, otro con nombre y dirección falsos. Tres semanas atrás la desaparición del conductor. Dos semanas atrás un

archivo robado. Ocho días atrás, Liz. Si encuentra las piezas perdidas de este rompecabezas y lo arma, allí estará Liz.

—Quizás...

El director estaba diciendo a su secretaria:

—Millie, haga lo siguiente: esa gente de la excursión nos escribió antes de venir. En el archivo de correspondencia encontrará sus cartas y las copias de nuestras respuestas. Haga una lista con sus nombres y direcciones y tráigamela. —Cuando ella se marchó, miró con el ceño fruncido a Barney—. ¿Alguna otra cosa?

—Dice usted que el conductor tiene una esposa. ¿Cuál es su dirección?

El hombre consultó una libreta al lado del teléfono.

—Mrs. Elbert Kiddoo, Laurel Tráiler Park.

Mrs. Elbert Kiddoo vivía en una roulotte descascarillada con tres niños muy rubios. El sol de Texas la había desteñido como a una cortina de *chintz* en una ventana. Dijo con una voz monótona y cansada que su marido volvería. No era la primera vez que se había marchado. Ella tenía mucha práctica en esperar.

Había un resabio de histeria en su voz que insinuaba que estaba más preocupada de lo que demostraba, pero Barney no lo podía afirmar.

—¿La policía todavía la está molestando? —preguntó con un tono de interés.

La cólera brilló en los ojos celestes de ella. Movi6 los delgados hombros.

—Han estado por aquí —respondió.

—Le aseguro que nosotros no tenemos nada contra él.

—¡Y a mí qué me importa! Métalo en la cárcel, si quiere. De todos modos, ¿de qué me sirve de esta manera?

A Barney le disgustaba seguir una investigación policial. Siempre ponía a la gente a la defensiva.

—Entiendo que su marido pesa trescientas libras.

—Doscientas sesenta.

—¿Pero todavía es ágil sobre sus pies? No es malo bailando... ¿eh?

Ella pareció sorprendida.

—¿Quién le ha dicho eso?

—No puedo revelar su nombre.

—Dígale a ese hijo dé... —De pronto su cara se humanizó y comenzó a llorar—. Ya no. puedo soportarlo más. Tres criaturas para alimentar, el bebé con cólicos... no puedo trabajar y cuidar a los niños al mismo tiempo. Si al menos hubiera venido a casa...

Barney le puso la mano en el hombro.

—No sabemos donde está, pero lo encontraremos. ¿Quiere ayudarme, Mrs. Kiddoo?

—He preguntado en todas partes, en los lugares que suele frecuentar, sus amigos, su familia. Nadie le ha visto.

—¿Tiene una fotografía de él?

Ella se dirigió a la parte de atrás de la *roulotte*, secándose los ojos con el delantal. Volvió con la fotografía de un hombre que era más bien grande que gordo. Estaba de pie con una mano en el *capot* de una brillante limousine, con aire de propietario.

Barney se metió la foto en el bolsillo, le dijo a la mujer que no se preocupara, y se marcharon.

Cuando estuvieron otra vez en el camino, Ed movió la cabeza con admiración.

—Tengo que felicitarlo, Barney. La forma en que logró encolerizarla, luego preocuparla y después hacerla llorar. ¿Qué técnica usa con los hombres?

—Hombres o mujeres, no hay diferencia. Todo el mundo está lleno de preocupaciones y problemas. Siga la línea de sus problemas particulares, y parta de ahí. Si conoce la naturaleza humana, no puede fallar. Todos los vendedores con éxito utilizan el mismo truco. —Se, dirigió a la carretera—. Revise esa lista que el hombre de la excursión, Carmano, nos dio. ¿Quién está más cerca?

Ed extendió una hoja escrita a máquina.

—Maynard y Susan Barton, Rural Route 2, Corby, Colorado.

—La pareja de viejos jubilados, Fibber McGee y Bess Truman. Nos detendremos en un hotel si está cansado.

—No podría descansar. Sigamos.

Abajo, en el valle, una aldea se extendía entre sombras. Las alejadas cimas cubiertas de nieve se veían color salmón en el sol poniente. Una entrada de grava conducía a través de un portón donde se leía una tosca tablilla: « LOS BARTON ». Una vieja casita de madera se apretaba un poco más lejos tras aromáticos pinos.

—¿Para qué demonios quisieron ir a México cuando viven en un lugar como éste? —preguntó Barney—. Pero supongo que los ángeles se cansan del Paraíso. ¿Hay alguien en casa?

No había ningún automóvil en el pequeño garaje. La puerta de la entrada tenía cerrojo y estaba cerrada con candado.

—Un candado nuevo —dijo Barney—, es curioso.

—Quizás —respondió Ed— los Barton estén haciendo otra gira.

—Registremos las ventanas.

Todas las ventanas tenían las persianas corridas menos una que daba a una anticuada cocina. Un ramo de espuelas de caballero se marchitaba en un florero. Platos sin lavar llenaban el fregadero.

—Por lo general la gente no deja platos sucios cuando sale de viaje, —dijo Barney—. Traiga la palanca de las cubiertas del coche, Ed, y forzaré esta ventana.

—¡Espere! —Ed señaló un delgado alambre aislado que corría entre la moldura de la ventana y el marco. Su dedo lo siguió hasta donde se introducía en la casa—. Si usted levanta esa ventana, Barney, cortará una conexión.

—Usted es el electricista.

Ed se encogió de hombros.

—Podría estar conectada a una bomba.

—No hay más que una forma de averiguarlo —respondió Barney.

Localizaron un rollo de alambre en el garaje y lo engancharon al de la ventana. Desenrollando como veinte yardas, Barney se colocó detrás de un árbol y tiró. Estaba preparado para una explosión, pero no sucedió nada. Después de dos minutos Ed salió de atrás de otro árbol y examinó la ventana. Escuchó por un momento, luego volvió.

—Ha puesto en marcha algún mecanismo dentro de la casa. Me parece que es un dispositivo de señales.

—Barney hizo una mueca.

—Ocultaremos el coche, nos cubriremos y veremos quién ha colocado la alarma.

Estacionaron en el monte a cien yardas del camino, luego se ocultaron detrás de una mata de siemprevivas, al lado de la entrada. Descendía un aire frío de las cumbres como un torrente de montaña, y comenzaron a tiritar.

—¿Cuánto tendremos que esperar? —preguntó Ed—. Ya ha pasado una buena media hora.

—Alguien se está acercando.

Había aparecido un coche en el camino de abajo, los faros rastreaban aquí y allá como busca-huellas, mientras tomaba las curvas del camino. Continuó la última media milla con las luces apagadas y se detuvo frente al portón haciendo chirriar los neumáticos. Barney sacó su arma.

Durante un minuto no sucedió nada. Luego de pronto un poderoso faro brilló desde la parte superior del coche. Comenzó a recorrer la casita mientras una voz desde abajo, por altavoz, conminó:

—¡SALGAN CON LAS MANOS EN ALTO!

Barney suspiró. Estaba riéndose.

—Nos hemos conseguido un policía.

—Entonces no hay problema.

En ese momento la luz del faro de desvaneció. Una figura delgada vestida de kaki descendió del coche y caminó hacia la entrada proyectando la luz de la linterna ante sí. Pasó a diez pies de los hombres ocultos, y vieron el arma en su mano derecha. Barney apretó el brazo de Ed, advirtiéndole que permaneciera

callado; había aprendido que era mejor no sorprender a los hombres que llevan armas. El policía se acercó directamente a la ventana alambrada, la estudió por un momento, luego dirigió la luz de la linterna a la cocina.

—El problema es —murmuró Barney— cómo hablarle sin que nos dispare.

—Podríamos marcharnos, —susurró a su vez Ed.

—¿Sin descubrir a dónde fueron los Barton?

—Quiero decir, buscar el coche y entrar como si acabáramos de llegar.

Barney se encogió de hombros.

—No creo que se trague eso... no es un campesino tan tonto si ha montado ese dispositivo. Pero podemos probar. Por lo menos nadie saldrá lastimado.

Se arrasaron fuera del camino hacia el monte, subieron a su coche, y lo condujeron hasta colocarlo al lado del otro automóvil. La palabra «*sheriff*» decoraba su puerta en letras de un pie de altura. Mientras Barney y Ed descendieron de su coche, la luz proyectada les dio en los ojos.

—Quédense donde están, muchachos —dijo una voz cascada desde dentro del automóvil del *sheriff*—. Y digan a qué han venido.

—Hemos venido a ver a los Barton —respondió Barney—. ¿Están en su casa?

La luz permaneció sobre ellos durante otros treinta segundos. Luego se apagó.

—¿Tiene permiso para llevar esa arma, hijo?

Barney pensó con rabia: doscientos dólares por un traje especialmente cortado y ¿qué beneficio me reporta? Me confunden con cualquiera...

—Sí. Soy un detective privado de Chicago.

—Tráigala aquí, hijo. Camine despacio. Tengo una cuarenta y cinco apuntando a su estómago.

Barney sacó con mucho cuidado su billetera y se adelantó hacia el otro coche. La boca del arma estaba apoyada en el marco de la ventanilla y era él rasgo dominante de la personalidad del *sheriff* por la luz del panel del coche, Barney vio una cara delgada, larga, como la del «*Grandfather Fox*». Una mano tomó la tarjeta y la sostuvo debajo de la luz del panel. El *sheriff* gruñó.

—Su licencia es válida para Cook County, hijo. No están en Cook County. Deme el arma, la culata primero.

Barney obedeció, moviéndose con lentitud.

—Ahora dé la vuelta por el otro lado de mi coche y suba. Volveremos a la ciudad. Su amigo puede conducir el otro automóvil. —El viejo se volvió a Ed—. Usted primero. Continúe delante de nosotros hasta que lleguemos a la ciudad. Si yo hago guiños con mis luces, para el coche y espera.

Mientras andaban por el camino serpenteante, el *sheriff* le dijo a Barney con afabilidad:

—No han tratado de entrar en la casa, pero han hecho sonar mi alarma. ¿Cómo sucedió?

—Queríamos saber quién aparecía.

—¿Por qué?

Barney había descubierto que con los rudos y viejos policías como este *sheriff*, la mejor estrategia era no emplear estrategia alguna. Le refirió al viejo toda la historia de la desaparición de Liz Tollman. El *sheriff* conducía en silencio. De pronto hizo pestañear las luces y arrimó el coche a la cuneta. Delante, las luces traseras del coche de Ed brillaron mientras éste se detenía instantáneamente.

—Han llegado dos semanas tarde para ver a Maynard Barton y a su esposa. Se despeñaron. —Señaló la barandilla; donde él apuntaba se veía golpeada e inclinada hacia afuera—. Tuvimos que recoger los restos en canastos.

Barney atisbo por encima del borde. Parecía que el abismo no tenía fin. Se volvió, con un escalofrío.

—¿Accidente?

—El laboratorio de la Policía Estatal verificó lo que quedaba del coche. Encontró rastros de pintura de otro coche en la puerta del lado derecho. Un Buick negro último modelo. Las huellas de los neumáticos en el pavimento nos informaron que los Barton fueron empujados. Fue asesinato y premeditado. No hay otro lugar en este camino donde se pueda estar más seguro de matar a alguien.

Hizo señas con las luces otra vez y ambos coches continuaron su marcha.

—El viejo Barton estaba jubilado, no tenía muchos años más de vida, de cualquier manera. Sus esposa, Sue, supongo que habría deseado, marcharse con él si hubiera podido elegir. Los conocía a los dos desde hace cuarenta años, motivo por el cual me indigné tanto cuando huyeron los asesinos. Pensé en tomar vacaciones y tratar de seguirles el rastro, pero parece que usted está en la misma huella. Le diré lo que yo se y usted cumpla con su cometido. Pero cuando los encuentre, hágamelo saber.

—Trato hecho —dijo Barney—. ¿Qué es lo que usted sabe?

—Se lo diré en mi oficina.

En su oficina junto a la cárcel de condado, el *sheriff* sacó una fotografía de cuatro por cinco del desastre. Barney había visto muchos accidentes, pero éste era una pesadilla; una confusión de pedazos de metal casi hechos una pelota; dos cuerpos mezclados y cortados por el acero mellado y vidrios rotos al punto de no poder distinguir un cuerpo del otro. Ed echó una mirada a la foto y se volvió, presa de una arcada; tenía la cara verde.

—El baño está al fondo del vestíbulo —dijo el *sheriff*.

Ed salió de prisa. Barney preguntó:

—¿Puede darme esta fotografía?

—¿Para qué?

—La gente a veces tiene vergüenza de hablar. Quiero mostrarles la especie de alimañas que estamos buscando.

—Muy bien —respondió el *sheriff*. Se acomodó, enderezándose en su silla giratoria—. Maynard me llamó la noche en que les mataron y me dijo que había unos hombres acechando en los montes cerca de su casa. Imaginaba que esperaban a que oscureciera. Le dije que apagara las luces y tuviera a mano el rifle cargado hasta que yo llegara. Fui hasta allá, pero él y Sue habían desaparecido, la casa estaba abierta, no estaba el coche. Pensé que se habían ido por temor.

» Emprendí el camino de regreso a la ciudad y esta vez advertí la barandilla rota. Por radio pasé la noticia del desastre y pedí una ambulancia, descendimos al barranco y encontramos lo que ve en esta fotografía.

» Luego regresé a la casa de Maynard. Había sido registrada mientras yo estaba en él barranco. Pedí un hombre del laboratorio para que investigara. No encontró huellas dactilares, explicó que era un trabajo de profesionales. Habían usado las herramientas que utilizan los ladrones para abrir cajas fuertes. Pero parecía que no habían encontrado lo que buscaban. Tampoco habían abandonado la búsqueda de improvisó; todo había sido verificado.. Pensé que podrían volver, de manera que instalé mi alarma.

» Tres días después me llamó una mujer por teléfono, preguntándome si sabía dónde estaban los Barton. Había estado tratando de localizarlos...» .

Ed Tollman habló desde la puerta; el color de su cara había mejorado.

—¿Era una voz nerviosa, como autoritaria?

El *sheriff* le miró:

—Sí, diría que un poco autoritaria.

—¿De dónde llamó?

—Colgó antes de que pudiera preguntárselo. Pero rastreé la llamada. Era de un teléfono público en una droguería de Kansas City.

Ed asintió.

—La misma mujer me llamó a mí desde Kingdom City. A unas cien millas o algo así de Kansas City.

El *sheriff* se volvió a Barney.

—¿Qué dice a eso, Burgess?

—Puede haber llamado para asegurarse de que los viejos estaban muertos. O para prevenirlos. —Barney se dirigió a Ed—. Veamos esa lista de turistas.

La dama fotógrafa, Claire English, era de St. Louis. Sería su próximo objetivo.

Será mejor que nos pongamos en marcha, *sheriff*. Ahora los asesinos nos llevan más de una semana de ventaja.

Conduciendo más de prisa de lo permitido por la ley, llegaron a St. Louis. El apartamento de Claire English estaba cerrado con llave, lo mismo que su estudio.

—¿Y, ahora qué hacemos? —preguntó Ed.

—Alguien, en alguna parte, debe estarse preguntando dónde está... sus

amigas, parientes, la gente que trabaja para ella. Todos habrán verificado ya los lugares obvios.

Por el superintendente del edificio se enteraron de que el ayudante de la mujer fotógrafa tenía una llave del estudio. Vivía en el tercer piso de una vieja casa de pensión. Allá se dirigieron.

A pesar de que era casi mediodía, el martilleo de Barney en la puerta sólo provocó gruñidos soñolientos. Continuó llamando y una voz afeminada balbuceó:

—Un momento, maldita sea. —Esperaron.

Por fin abrió la puerta un esbelto joven de pelo rojizo y ondulado. Vestía una bata de seda color azafrán pálido y fumaba un cigarrillo de una boquilla larga de marfil. A Barney le pareció que tenía los ojos pintados.

—Estamos buscando a Claire English.

El rostro del joven hizo un gesto de mimosa decepción.

—Miss English no está en la ciudad. El estudio está cerrado.

—¿Dónde ha ido?

—No tengo la menor idea. —Estaba tratando de cerrar la puerta contra la mano de Barney—. Por favor...

Barney empujó. La puerta se abrió de pronto como una catapulta lanzando al joven al interior de la habitación. Tropezó en una alfombra y cayó, la bata alrededor de sus muslos flacos.

—No pueden... no pueden...

Barney empujó a Ed adentro y cerró la puerta.

—Bien, ahora dígame dónde está.

El joven se incorporó, apretando la bata contra su cuerpo. Dijo de mal humor:

—*No lo sé.* Una mañana fui a trabajar y encontré el estudio cerrado con llave.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hará dos semanas.

—¿Cuándo exactamente?

El muchacho humedeció sus labios rojos.

—Hizo una semana el jueves pasado. Hace doce días.

Barney frunció el ceño. Eso fue el día antes de que el *sheriff* recibiera esa llamada telefónica de una mujer desde un teléfono público de Kansas City, preguntando por el matrimonio Barton.

—¿Llamó a la policía?

—Por supuesto qué no. ¿Por qué habría de hacerlo? Miss English tiene treinta años y puede ir y venir cuando le plazca.

Barney sacó la fotografía del accidente de los Barton de su bolsillo y la puso debajo de la nariz del joven. Él la miró, tragó y se volvió de prisa.

—¿Qué es usted, un sádico o algo por el estilo? ¿Piensa que eso tiene que

significar algo para mí?

—Su patrona conocía a esta gente. Fueron asesinados. Buscamos a los hombres que lo hicieron.

—No sé nada de la gente asesinada. De cualquier manera, ¿qué espera que haga yo?

—Puede abrir el estudio.

—¡Oh, no! No puedo hacer eso. Miss English se pondría...

—Entonces tendremos que llamar a la policía. ¿Ha visto alguna vez como queda una casa que ha registrado la policía? Todo tirado, negativos, películas, productos químicos...

—El joven se enfurruñó.

—Oh, está *bien*. Es usted un delator... eso es lo que es usted. Espere afuera hasta que me vista.

El muchacho hizo girar la llave, luego abrió la puerta del estudio. Percibieron como un soplo de muerte y podredumbre.

El muchacho se echó hacia atrás como si acabara de encontrar una víbora.

—¡Oh, *Dios mío!*

Trató de volver al *hall*. Barney le cogió del brazo.

—¿Dónde está la cámara oscura?

El joven señaló hacia la dirección correcta, impulsado por Barney. Abrió la puerta de la cámara oscura y el hedor salió en oleadas. Barney oyó a Ed abandonar el lugar; el ayudante amanerado se desmayó. Barney lo dejó caer, y tratando de no respirar, abrió el armario del depósito. La sangre estaba coagulada sobre las paredes y en los montones de papel fotográfico. Un hombre como un globo estaba acurrucado en posición fetal sobre el piso del armario, tan hinchado que las costuras de su uniforme azul marino se habían abierto. Barney trató de arrastrar el cuerpo afuera; era demasiado, pesado.

—Écheme una mano, Ed.

Entre los dos arrastraron el cuerpo fuera de la cámara oscura. Barney encontró un agujero del grosor de un dedo en la nuca; la cara era un cráter rojonegruzco. Las manchas del armario le dijeron que el hombre había sido herido a corta distancia mientras estaba de pie en el armario.

Con cautela, Barney le sacó la billetera del bolsillo interior.

El carnet de conducir confirmó lo que había imaginado: Elbert Kiddoo, San Antonio, Texas. Barney estudió el cuerpo, estimando el tiempo que habría pasado dentro del atestado armario. Menos de una semana, más de tres días. Y hacía doce días que Claire English se había marchado.

—Dejemos entrar un poco el aire aquí —dijo.

Cubrió el cuerpo del conductor de la excursión con un paño negro de

fotografías y comenzó a abrir las ventanas. Luego llevaron al ayudante al cuarto de baño. Ed echó agua fría en la cara del inconsciente joven.

—¿Qué le hizo pensar en la cámara oscura, Barney?

—Parecía el lugar lógico para registrar.

El ayudante volvió en sí, farfullando. Barney se inclinó sobre él.

—Oye, tú, ¿cómo te llamas?

—Art... Arthur.

—Bien, Arthur mariquita, alguien trasportó a un hombre todo el camino hasta aquí desde Texas, para matarlo en la cámara oscura de tu patrona.

—No comprendo...

—¿Quién te pide que comprendas? Bien, los individuos que le metieron allí están buscando algo. Quiero que revises y me digas si falta alguna cosa.

—¿Tengo que... volver ahí dentro?

—Por supuesto.

—*No puedo.*

—No tienes que mirar el cuerpo. Lo he cubierto. Además no hay nada que ver. Ha perdido la cara.

Arthur tuvo náuseas, y ellos esperarme

—Vamos, Artie —insistió Barney—. Hazte la cuenta que entras en una carnicería.

Arthur volvió a tener náuseas.

—El olor...

—He abierto las ventanas —Barney puso su mano debajo del brazo del joven y lo levantó sobre los pies—. Puedes ponerte un pañuelo en la nariz.

Arthur sacó dócilmente un pañuelo y se lo aplicó en la nariz más bien prominente. Se dio valor.

—Muy bien —dijo—, si usted insiste.

Encontraron pruebas de una experta búsqueda. Los paneles habían sido sacados y vueltos a poner en su lugar a martillazos. Pequeños rasguños indicaban dónde habían sido forzados los cajones y cerrados nuevamente. Una ocasional hoja arrugada en los archivos testificaba que también habían sido registrados.

Barney trató de reconciliar la investigación subrepticia con el hecho de que el cuerpo había sido dejado en el local. Probablemente era demasiado pesado para sacarlo, pensó. Se preguntó también, si el conductor había sido muerto antes o después de la búsqueda; y en cualquier caso, ¿por qué? Y lo más importante de todo, ¿habían encontrado lo que buscaban?

Siguió a Arthur a la oficina privada de Claire English. Estaba alfombrada y lo que más destacaba era un escritorio de línea moderna. Mientras Arthur buscaba en el escritorio y gabinete del archivo, la mirada de Barney fue atraída por una serie de desnudos femeninos que ocupaban un nicho iluminado en la pared.

—¿Quién sacó esas fotos?

—Miss English —respondió Arthur.

—Es muy buena fotógrafa. —Las fotos eran de una mujer delgada posando en distintos ambientes al aire libre: sobre yerba crecida al lado de un arroyo, en un ciénaga del bosque, con chorros de luz cayendo sobre la figura desnuda—. Pero es a la modelo a quien me gustaría conocer.

—Son retratos de ella misma—respondió Arthur.

Barney estaba fascinado por la flexible y pura belleza de la figura. No había carne superflua; todo el cuerpo era funcional.

—¿Quieres decir que *ella* tomó esas fotos de sí misma?

—Sí. Utilizó un disparador automático.

—¿A qué precio las vendé?

—No están en venta —respondió Arthur con un tono ultrajado, como si Barney hubiera preguntado el precio del Monumento a Washington.

Barney trató de reconstruir la escena en su mente: Claire English... Miss Figurín, como la había llamado Liz Tollman... saliendo al campo, quitándose la ropa, preparando su cámara, corriendo a posar, sacando fotos, todo con el fin de colgarlas en su despacho privado, para su propio placer. Jamás había conocido esa forma de narcisismo. Estudió las fotos con atención y advirtió que invariablemente la cara estaba oculta, por una sombra, por un sombrero, una rama con hojas, o por el pelo.

—¿Qué aspecto tiene? Me refiero a su cara...

—Dicen que es preciosa —respondió Arthur— pero en realidad no puedo ser juez, siempre he pensado que sus rasgos son más bien mordaces, pero supongo que es porque ella con frecuencia es mordaz conmigo. —Y Arthur se rió de su pequeña broma. Luego agregó—: Su pelo es de color rubio oscuro. Personalmente, creo que se tiñe.

—Si tú dices que se tiñe —contestó Barney—, apuesto yo mi último dólar a que lo hace. Entiendo que gasta mucho dinero en ropa.

—Bien, *desde luego*. Es una mujer de negocios y de las buenas. Con una clientela de primera clase. Podría mostrarle fotografías de personalidades... importantes... ¡Oh! ¡Han desaparecido...!

Los ojos de Barney se entornaron. Arthur estaba mirando con pánico un espacio vacío en uno de los cajones del archivo.

—¿Qué es lo que ha desaparecido, Arthur?

—Los estudios que hizo en la excursión a México. Había cientos.

Barney miró a Ed Tollman, que estaba de pie en la puerta escuchando en silencio.

—¿Estudios de qué?

—Oh, escenas, nativos, la gente que viajaba con ella...

—La gente con quien viajaba —dijo Ed—. Eso es, Barney. Eso es lo que están buscando.

Barney asintió.

—Y están visitando a todos los excursionistas. Al principio visitaron a Kiddoo, el conductor para hacer las identificaciones. Cuando encontraron estás fotos aquí, ya no lo necesitaron. Daría lo que no tengo por saber lo que sucedió en esa excursión.

—No están visitando a todos los excursionistas —replicó Ed—. No visitaron a los Barton. Los mataron. Y luego mataron al conductor de la excursión. ¿Y eso adonde deja a mi mujer?

—En sus manos —Barney evitó la obvia respuesta de que Liz Tollman bien podría también, estar muerta—. Deben retener a Liz por distintas razones. Así lo espero, —pensó, y se volvió a Arthur, que estaba escuchando con avidez—. Ahora nos marchamos Arthur, mariquita. No podemos permitirnos demoras en este momento, de manera que danos una media hora para alejarnos cuando salgamos de aquí, antes de llamar a la policía para informarles sobre esa ballena varada que hay ahí dentro, ¿comprendes?

—Oh, comprendo —respondió Arthur con rapidez.

—Es mejor así. La policía te preguntará cómo encontraste el cuerpo. Diles que, no habiendo sabido nada de Miss English, viniste al estudio a ver si había alguna novedad. Y no digas una palabra de aquel señor ni de mí, ¿comprendes eso?

—Oh, sí —respondió Arthur, aún más rápidamente.

—Si lo haces —volvió a decir Barney— volveré y te haré algo muy feo. *Muy feo*, Arthur. Lo que yo te haga podría sacarte de «circulación», por un tiempo largo... muy largo, y eso no te gustaría, ¿verdad Arthur? ¿Perderte todo lo divertido que tiene la vida?

—Usted no haría eso —gimoteó Arthur, abrazándose a sí mismo.

—Ponme a prueba. Y recuerda, lo mejor tratándose de la policía es no dar información voluntaria. Limitate a contestar a sus preguntas y recuerda que debes mantenemos al margen de esto.

Cuando partieron, Arthur seguía abrazándose.

Cuando estuvieron en el camino Barney comentó:

—Podíamos detenemos a descansar, Ed.

—¿Usted podría descansar?

Barney rió.

—No.

—Yo tampoco, después de haber visto a ese conductor. Nunca pensé que me alegraría de ver a un hombre muerto y sin embargo me he alegrado. Pensé que habíamos encontrado a Liz. —Ed se estremeció.

Pocas millas después dijo...

—He estado pensando, Barney. Usted podría ir a ver a esa bibliotecaria de Indianápolis, mientras yo me encargo del profesor en Detroit.

—¿Y si se encontrara allí con los asesinos?

—Esa es la idea —respondió Ed indiferente.

—¿Solo? Probablemente sean tres. ¿Podría manejar a tres maleantes y liberar a Liz al mismo tiempo?

—La policía...

—¿Por qué cree que no he llamado antes a la policía pidiendo ayuda? No podemos mezclar a la «poli» antes de que su mujer esté fuera de peligro.

—Tiene razón, Barney. —Ed trató de relajarse; se reclinó en el asiento. Barney lo observó mientras Ed intentaba distenderse.

—Inspire profundamente, Ed. Y no piense en nada. Sólo concéntrese en respirar, como si hubiera estado medio ahogado.

Diez minutos después Ed roncaba.

Barney tragó una pastilla, encendió un cigarrillo y puso la radio en tono bajo.

Era su séptimo día de conducir.

La mujer se llamaba Ingrid Johns; era una bibliotecaria de cincuenta años que trabajaba en una compañía de investigación química. Vivía en una antigua mansión de cuatro pisos que había sido convertida en casa de apartamentos baratos.

Barney estacionó el coche al otro lado de la calle, a media manzana de distancia.

—Espere media hora, Ed, luego marque este número. Si no responden, llame a la policía.

Mientras cruzaba la calle se movió una cortina; tuvo la visión fugaz de una cabeza retrocediendo en una ventana del segundo piso. Había un apartamento con el letrero de « Se alquila » en la esquina del viejo edificio. Entró y comenzó a subir la escalera. En el segundo descansillo se oyó el « click » de una cerradura cuando pasaba frente a la puerta; volvió la cabeza para mirar y vio un ojo brillante espiando desde la abertura, que luego desapareció cuando se cerró la puerta, Barney subió al otro piso.

Llamó a la puerta del apartamento de Ingrid Johns. Mientras esperaba, advirtió que se había instalado una cerradura nueva; había bisagras brillantes y algunas raspaduras en la madera. Parecía como si la puerta hubiera sido golpeada recientemente, luego reparada. Barney volvió a llamar con los nudillos. Esperó cinco minutos y bajó las escaleras. La puerta del descansillo del segundo piso volvió a abrirse, esta vez completamente; vio una cabeza de pelo negro como el betún y una cara llena de arrugas. Los ojos como botones de zapatos reían como si la anciana estuviera festejando una broma.

—¿Busca a Ingrid? —preguntó con vehemencia.

—Sí. Parece que ha salido.

—Ha muerto —dijo la anciana con satisfacción. Barney comprendió que había estado esperando precisamente ésto. En su fuero interno había sumado la puerta golpeada y el cartel de « se alquila », y había llegado a esa triste conclusión.

—¿Cuándo?

—Hace tres noches.

—¿Cómo sucedió?

—Puede pensar lo que quiera. —La extraña anciana comenzó a cerrar la puerta.

—Espere, señora. ¿Cómo piensa *usted* que ha sucedido?

Barney percibió un aroma de ginebra mezclado con lilas en el apartamento de la anciana.

—La asesinaron, eso fue lo que le pasó.

La puerta se cerró definitivamente ésta vez; Barney oyó el «click» del cerrojo al correrse. Volvió a llamar y esperó, luego se encogió de hombros y salió del edificio.

En el coche le dijo a Ed Tollman:

—Ingrid Johns ha muerto. Hay una vieja medio loca ahí arriba que dice que la han asesinado. Si me lo hubiera dicho cualquier otra persona, dadas las cosas con que hemos tropezado, lo creería enseguida. Pero tratándose de ella... — meneó la cabeza—. Será mejor que lo verifiquemos.

Se dirigió a una estación de servicio y desde una cabina exterior llamó a la policía. Era verdad que Ingrid Johns había muerto. Se había asfixiado con el gas de su cocina. El veredicto oficial había sido accidente o posible suicidio. La señorita Johns había vivido sola; parecía tener pocos amigos y ningún familiar; estas cosas suceden continuamente.

—Una vecina, dijo que fue homicidio —explicó Barney al policía que atendió el teléfono.

—¿Cómo se llama la vecina?

—No lo sé. Vive en el piso de abajo.

—Un momento. —El hombre tardó cinco minutos. Cuando volvió dijo—. Tengo el informe aquí. Tomamos la declaración de la vecina pero no tenía mucho sentido. Es una persona adicta a la ginebra. Dijo algo sobre un gato y un perro que ladraba.

Barney tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su voz.

—¿Un perro? ¿Qué tipo de perro?

—Ni siquiera sabemos que hubiera un perro. Ciertamente no encontramos rastro de él. Mire, la mujer estaba muerta sin lesión alguna. El gas del horno estaba abierto y no había llama. No se llevaron nada del apartamento, por lo que nosotros sabemos; No había una sola señal de que se hubiera forzado la entrada ni de violencia. No había evidencia alguna de crimen.

—Pero la vecina del piso de abajo...

—¿Habla usted de la anciana de ojos como cuentas y el pelo teñido de negro, con una cara arrugada como ciruela seca?

—La misma.

—Demonios, la anciana, nos llama por lo menos una vez a la semana — respondió el hombre de la comisaría con disgusto—. Dice que una persona sospechosa la sigue desde el autobús hasta la casa, o que ha visto una cara en su

ventana... ¡en el segundo piso...!, toda suerte de fantasías. Puede usted perder el tiempo si lo desea, Burgess, pero nosotros tenemos demasiadas cosas que hacer.

Barney colgó y volvió al coche.

—Tenemos que hablar con la anciana. La tienen en la lista de los maniáticos, pero me dijo una cosa que tiene sentido.

La anciana se negó a dejarlos entrar, o a discutir la muerte de Ingrid Johns. Enganchó la cadena de seguridad.

—Ese hombre es un detective —dijo, señalando a Ed—. No confío en los detectives.

—¿Y qué cree usted que soy yo? —Barney sonrió.

—¿Usted?

—Yo soy el detective —le enseñó su credencial—. Estoy trabajando para él. Estamos tratando de encontrar a su esposa. Era amiga de Ingrid.

La anciana trató de cerrar la puerta, pero Barney se lo impidió con el pie.

—Llame a la policía. Creen que usted está loca.

—¿Y qué creé usted? —preguntó la mujer con sutileza.

—Creó que usted está fingiendo, dejando que la gente piense que tiene un tornillo flojo. Usted se divierte teniendo a la policía de un lado al otro de su apartamento. Es un bonito juego, sólo que tiene un inconveniente. Llega el momento en que usted *necesita* que le crean y eso no sucede porque usted los ha convencido de que está loca.

—No tengo porqué oír esas cosas —respondió de pronto la vieja.

—No, y tampoco tiene ya que fingir que hay rostros en la ventana. Los peligros imaginarios han pasado, señora... ahora tiene los verdaderos. —Le mostró la fotografía del desastre del coche desmoronado—. Esta gente estuvo con Ingrid en su viaje por México. Esto es lo que les ha sucedido. Al hombre que conducía la excursión le dispararon un tiro en la nuca. Dos de los otros han desaparecido.

La anciana miró la fotografía con ávido interés. Luego quitó la cadena, abrió la puerta diciendo:

—Entren, muchachos.

La habitación estaba húmeda, y demasiado caldeada. El único sillón estaba ocupado por un gato persa, que se puso tieso cuando entraron Ed y Barney. Cuando se sentaron en las sillas, el gato volvió a echarse sin quitarles los ojos.

—¿Ese es Charles? —preguntó Barney de pronto, señalando el gato.

La mujer pareció sorprendida.

—¿Cómo lo sabe? Ingrid quería que yo lo tuviera.

—¿En verdad, dijo eso?

—Me lo trajo poco antes de morir.

Barney frunció el ceño, diciendo:

—No comprendo. —Le hizo una seña a Ed Tollman, que parecía a punto de

estallar, para que guardara silencio.

—¿Exactamente qué es lo que no comprende, Mr. Burgess? —Antes de que éste pudiera responder la anciana continuó—. Vivo sola y hago lo que quiero. Algunas veces mi fantasía echa a volar, pero cuando veo algo, lo veo. No estoy loca.

—¿Qué fue lo que usted vio?

—Oí, es una palabra mejor. La noche que ella murió, oí unos pasos pesados que subían las escaleras. Oí ladrar un perro, una sola vez.

—¿Qué tipo de ladrido? —preguntó Ed a pesar de sí mismo.

—Agudo, un chillido. Como un perro pequeño.

Los dos hombres se miraron.

—Sospeché que en casa de Ingrid había gente rara. Ninguna de sus amistades traía jamás perros, porque Charles no los hubiera permitido en el apartamento. Subí y llamé. Después de un rato largo oí gritar a Ingrid que no quería ser molestada. A mí me pareció muy nerviosa. Bajé y llamé a la policía. Prometieron investigar. Media hora más tarde llamaron para comunicarme que habían hablado con Ingrid por teléfono y que les había dicho que estaba muy bien. Me dijeron que me acostara y no me preocupara. Así lo hice, pero desperté cuatro horas más tarde. Volví a subir y noté el olor a gas. Esta vez llamé al propietario que derribó la puerta. Encontramos a Ingrid muerta.

—¿No vio marcharse a sus visitantes? —preguntó Barney con brusquedad.

—Vigilé la fachada. Pero hay una escalera en el fondo que da a la calleja posterior. Deben haber salido por ahí.

—Y sin embargo, le dejó el gato antes de morir. ¿Por qué?

—El día de la muerte de Ingrid, yo volvía de hacer mis compras y encontré a una joven que nunca había visto antes, bajando las escaleras del lado del apartamento de Ingrid. Dije «buenos días» pero ella miró hacia adelante, ni siquiera sonrió, como si no me hubiera oído. ¡Me pareció muy preocupada! De manera que me fui a la ventana para verla subir a su coche, un descapotable nuevo, grande, color crema. Ella se marchó. No pude imaginar quién había estado visitando a Ingrid...

—¿Cómo era esa mujer extraña?

—Muy cuidada, bien vestida. De tipo conservador. Diría que una mujer de negocios, o con alguna profesión.

—¿El pelo?

—No recuerdo. Sí, me parece que lo usaba corto.

—¿Cuántos años tendría?

—Ya se lo he dicho. Era joven. Entre treinta y cincuenta.

Hasta Ed sonrió débilmente.

—De manera que usted subió y preguntó a Ingrid... —presionó Barney.

—Se equivoca. Ella bajó y me pidió que cuidara de su gato durante algunos

días. Yo respondí: « Por supuesto que cuidaré a Charles. ¿Adónde va? », y ella respondió « Lejos. Es mejor que no lo sepa así no puede decírselo a nadie ». Eso me sorprendió pero no dije nada, Ingrid parecía muy turbada. Y esa noche murió. De manera que no me cuente que se suicidó, ni que fue un accidente. ¿Por qué me dio el gato? ¿Y qué hay de esas pisadas pesadas, y el perrito y todo lo demás? Sostengo que fue asesinada.

Y yo digo, pensó en silencio Barney, que usted, anciana, jamás ha estado más acertada.

—La muchacha que la visitó debe haber sido Claire English —comentó Tollman cuando se hallaban en la acera.

—Quizás. Pero no necesariamente.

—Dijo que parecía una mujer de negocios...

—Y usted enseguida la vinculó con esa eficiente voz del teléfono. ¿Pero quién sabe lo que esta anciana vio, en realidad?

—No lo sé. Pero... pelo corto, traje a medida...

—Para mí, eso podría describir a una de esas muchachas que conciertan citas, fuera de su horario de actividad. Una mujer de negocios podría tener un pelo alborotado y trajes que fueran una bomba. —Entró al coche y se deslizó detrás del volante—. Si era Claire, pronto lo sabremos. Tenemos, sólo tres días de retraso. —Puso, el coche en marcha—. Verifique el mapa, Ed. Quiero la ruta más corta a Detroit.

Cuando entraron esa noche a un restaurante de la ruta, Ed expuso en palabras un pensamiento que hacía mucho sé le había ocurrido a Barney.

—Liz debe haber estado con ellos cuando mataron a Ingrid. Y ahora no pueden dejarla en libertad.

Barney revolvió con la cuchara su sopa de guisantes, en silencio. No se sentía optimista, pero Ed necesitaba que lo animaran.

—El ladrido del perro es una buena señal.

—¿Señal de qué?

—De que está viva y que probablemente la están tratando bien.

Ed le miró con agradecimiento.

—¿Cómo llegó a esa conclusión, Barney?

—¿Por qué no mataron enseguida al perro para quitárselo de encima? Es un perrito chillón, y ese tipo de animal puede ser un serio inconveniente, cuando se está en esas cosas. Además, es una revelación fatal de la identidad de su esposa. A pesar de todo eso, no lo han matado. De manera que deben querer algo de Liz, y podemos estar bastante seguros de que no le harán daño hasta obtenerlo.

—Pero ¿qué puede ser? —preguntó impotente Ed. Luego murmuró—. Como si importara. Sea lo que sea, cuando lo obtengan, también la matarán a ella.

Barney volvió a su sopa. Ed tenía razón.

Todavía estaba oscuro cuando entraron en Detroit. Encontraron la pequeña casa de madera del profesor Rodney Aiken, en un nuevo barrio recién construido.

Estaba aclarando cuando Barney llamó a la puerta. Se abrió hacia dentro con el impacto de los nudillos. Barney hizo bajar a Ed del coche, y juntos entraron a la pequeña casa.

En la cocina encontraron la cafetera llena y conectada a un despertador eléctrico para sonar a las 7 a.m.

—Registremos el dormitorio —dijo Barney.

La manta estaba arrojada hacia atrás y la almohada arrugada. Al lado de la cama, doblados sobre un sillón, había unos pantalones y una camisa blanca. Debajo de la silla un par de zapatos brillaban muy limpios y puestos en forma paralela, con unos calcetines planchados colgados de la punta.

—Soltero crónico —dijo Barney—. Y soltero de toda la vida, o jamás hubiera desarrollado hábitos tan meticulosos. ¿Qué es esto?

En la mesita de noche, al lado de un libro abierto, había un frasco de farmacia pequeño que contenía diminutas tabletas blancas. Barney lo levantó. El farmacéutico había escrito a máquina en la etiqueta « Para tomarse en la forma indicada » y el nombre « Rodney Aiken ». Pero alguien, Aiken evidentemente había colocado una estrecha tira de cinta adhesiva alrededor de la botella y había escrito en ella con letras mayúsculas en caracteres firmes y masculinos: « Nitro ».

—Tabletas de nitroglicerina —continuó Barney dejando la botella—. Un vaso-dilatador, usado por los cardíacos... Es fácil de comprender todo esto, Ed. Este hombre se levantó en algún momento después de haberse acostado... se levantó o lo despertó algo. No se vistió, porque sus ropas de calle todavía están aquí. Me huele a que emplearon la fuerza. Lo sacaron en pijama, o todavía está en la casa.

—He visto una puerta al salir de la cocina —dijo Ed. Se humedeció los labios como si tuviera la boca seca.

La puerta llevaba a una escalera que bajaba al sótano impregnado de un acre olor a serrín. El sótano tenía un taller completo de carpintería: torno, sierra, cepillo mecánico, taladradoras eléctricas. Contra el cepillo mecánico estaba hundido un hombre en pijama, con mechones de pelo bordeando la cabeza calva. Los ojos vidriosos parecían saltarse de una cara congestionada e hinchada. Como los ojos, la boca estaba bien abierta; la lengua colgando afuera.

—Ya debería estar acostumbrado a esto —dijo Ed Tollman débilmente— pero en cierto modo no me he acostumbrado. Muerte, nada más que muerte.

¡Estoy harto de muertes!

—Tranquilo, Ed —respondió Barney. Ed tragó y se volvió. Barney estaba examinando el cuello del muerto. No podía encontrar indicios de estrangulación —. Parece como un ataque al corazón.

—Esa es una variante —comentó Ed.

—¿Pero por qué habría de salir de la cama a media noche para venir aquí? Vea como está retorcido ese pijama y puesto lo de atrás para adelante. No tenía el pijama puesto cuando murió, Ed. Se lo pusieron después de muerto, alguien que tenía demasiada prisa para fijarse en lo que estaba haciendo.

Se inclinó y comenzó a quitarle el pijama al hombre.

—Tendrá que ayudarme, Ed.

—No puedo —después de un momento de reflexión— por supuesto que sí. — Se acercó y levantó el torso y Barney le quitó la chaqueta del pijama—. ¡Dios mío! —exclamó Ed.

Había grandes marcas de piel ampollada debajo de las axilas del cadáver. Barney también le sacó los pantalones del pijama. El profesor tenía los genitales quemados.

Ed volvió a tragar...

—Parecen quemaduras eléctricas —dijo—. He visto muchas.

—¿Eléctricas? —Barney registró el sótano. Sacó un cordón eléctrico largo con un enchufe en un extremo. Al otro extremo le habían arrancado el portalámparas y la cinta aislante, dejando los alambres pelados.

—El maravilloso mundo de la ciencia —comentó Barney—. No era suficiente el viejo encendedor de cigarrillos... ¡Pobre tipo!

—¿Supone usted que él les ha dicho algo? ¿Sea cual fuere el objeto de las torturas?

Barney miró la macilenta cara de su compañero. Sabía en lo que estaba pensando Ed. Si Aiken les había dicho a sus torturadores lo que querían saber, entonces probablemente ya no necesitarían a Liz Tollman.

Pero Barney negó con la cabeza.

—Aiken era un profesor. Los profesores son tipos bastante sedentarios. Y este tenía algunos hábitos afeminados. No me parece el tipo de persona que guardara un secreto si se enfrentara con la tortura. Además, sabía que estaba enfermo del corazón. De manera que no se hubiera expuesto a que le torturaran; habría dicho inmediatamente lo que sabía... cualquier cosa que quisieran saber. Fue una mala suerte para el pobre individuo que no le creyeran. De manera que lo torturaron, y su corazón falló después de todo. Mi impresión es que nuestros amigos no se enteraron de nada y que Liz todavía está a salvo.

Vistieron el cuerpo y lo dejaron allí. Mientras se dirigían al coche, apareció una mujer de la casa vecina que se agachó para recoger la botella de leche.

—Buenos días —dijo Barney acercándose.

La mujer se enderezó de prisa. Se arregló el pelo nerviosamente y alisó la arrugada bata.

—¿Podría decirme si Mr. Aiken tuvo visitas anoche? —preguntó Barney. Sonreía.

La mujer pareció aliviada.

—No lo creo. Oí trabajar su máquina del sótano después de media noche. No estaría trabajando si hubiera tenido compañía.

No, pensó Barney, no estaba trabajando. Alguien necesitó el ruido de la máquina para ahogar los gritos de Aiken.

La mujer comenzaba a entrar a su casa. Barney preguntó con suavidad:

—¿Ha venido alguien estos últimos días? ¿Una muchacha, por ejemplo, en un descapotable Lincoln color crema?

La boca de la mujer se endureció y Barney supo que la había perdido.

—No espíamos los asuntos de nuestros vecinos —dijo ella—. Excúseme. —Y entró en la casa.

Al salir de la ciudad Barney se detuvo en un teléfono público para informar a la policía de que había un hombre muerto en la dirección de Rodney Aiken. Colgó antes de que le hicieran preguntas; no podía permitirse que le detuvieran por haber descubierto unos cuerpos muertos mientras todavía había uno vivo que faltaba encontrar.

—Y ahora quedan dos —exclamó con amargura Ed mientras se dirigían al sur—, Liz y Claire English. Los otros ya no estorban.

—Y si Claire English estaba tratando de avisar a las víctimas, ya ha terminado. Volvamos para ver si ha regresado a su casa a descansar.

Un coche de la policía estaba parado frente al estudio fotográfico St. Louis. Barney y Ed pasaron caminando sin volver las cabezas. En el teléfono de una droguería, a una manzana de distancia, Barney marcó el número del apartamento de la mujer. Una voz masculina respondió:

—Hola.

—¿Está Claire?

—¿Quién llama?

—Un amigo.

—Tendrá que esperar, amigo, la llamaré.

Barney dejó la droguería con rapidez.

—La policía está allí —le dijo a Ed—. El hombre ha tratado de entretenerme mientras localizaba la llamada.

—Entonces la policía la tiene...

—No estoy seguro de eso. Veamos lo que dice nuestro amigo el diario.

La noticia principal del asesinato de Kiddoo era que no habían noticias. Un

titular proclamaba « NO HAY INDICIOS EN EL MISTERIOSO ASESINATO» . De acuerdo con lo que decía el diario, el ayudante de la fotógrafa, Arthur, se había atendido a la historia que Barney le había indicado... que llegó al estudio y había encontrado el cuerpo del hombre gordo. No se hacía mención a Barney ni a Ed; tampoco había ningún indicio de que la policía de St. Louis hubiera conectado el asesinato de Kiddoo con los de Colorado, Indianápolis, o Detroit. Barney emitió un suspiro de alivio; nada podría arriesgar más la vida de Liz que el pregón de la caza, de un hombre por toda la nación. La última línea de la historia le dio la información que buscaba: « Miss Claire English, la propietaria del estudio, todavía no ha aparecido» .

Dobló el diario pensativo:

—Me pregunto por qué la English es tan arisca con los policías. Podría haberlos llamado para que la socorrieran en Colorado, Indianápolis, Chicago...

—A lo mejor pertenece al otro bando —respondió Ed.

—No es probable, teniendo el cadáver del conductor de la excursión en su estudio. Veamos, evidentemente no puede presentarse... —castañeteó los dedos de improviso—. ¿Sabe lo que haría yo si fuera ella?

—Me metería en un agujero aunque tuviera que arrastrarme.

—Sí. Pero sacaría la cabeza de cuando en cuando para ver si había moros en la costa. Veamos si podemos conseguir una habitación frente a su estudio.

Encontraron un hotel barato cuya entrada era un tramo de escaleras entre una librería y un restaurante. Barney pidió una habitación que diera a la calle.

—Le daré las tres-doce... No. Alquilé esa anoche. Le puedo ofrecer una en el fondo en el tercer piso. Tiene una buena vista... mejor que la del frente, en realidad.

Barney iba a marcharse, pero el registro abierto atrajo su mirada « Habitación 312, Clariss Engblom». Era demasiado parecido para ser coincidencia.

—Tomaremos la habitación del fondo —dijo Barney—. No tenemos equipaje, de manera que pagaremos ahora.

Subiendo las escaleras Barney le explicó a Ed lo que había visto en el registro. Hizo que Ed pasara por la habitación 312 llevándolo unas y ardas por el vestíbulo.

—No queremos que huya... ¿Se le ocurre algo?

Ed estaba excitado.

—Deslice una nota por debajo de la puerta diciéndole quienes somos.

—¿Creería usted en una nota, después de todo lo que nos hemos encontrado?

—No, supongo que no creería. Le diré que las puertas tienen montantes, si es que sirve de algo.

—Ayúdeme a subir. Echaré una ojeada.

Barney vio una maleta abierta, que parecía muy costosa y fuera de lugar, sobre una cama ordinaria. Contenía cosméticos, ropa interior fina, y otros

artículos de vestir igualmente costosos. En el borde de la ventana había un cenicero lleno hasta el tope de colillas de cigarrillos.. Pero no había nadie en la habitación.

De pronto, oyó el ruido de la ducha. Le hizo un gesto a Ed para que le dejara bajar.

—Está en el baño, duchándose. Quédese ahí para que no puedan verme desde el ascensor.

De su bolsillo sacó un cortaplumas con una pieza de acero flexible en lugar de hoja. Insertó el acero en el ojo de la cerradura y lo movió con cuidado, escuchando el seguro de la cerradura. La ducha producía un tranquilizador ruido de fondo. Esperaba que en cualquier momento cesara. Pero no fue así. La muchacha debía estar terriblemente sucia, pensó.

Al fin consiguió que la cerradura girara.

—Espere aquí, Ed. Si oye que alguien se aproxima, golpee dos veces, luego dos veces más. Si no, dentro de diez minutos, entre.

Sacó su arma, se deslizó dentro de la habitación, y avanzó de puntillas hasta el cuarto de baño. Abrió de pronto la puerta e instantáneamente se dio cuenta de que había caído en una trampa. El agua de la ducha caía a una bañera vacía, y una voz detrás de él dijo:

—No se mueva o disparo.

Era una voz femenina gutural, tranquila y convincente.

Barney permaneció inmóvil.

—¿Claire English?

—¡Como si no lo supiera!

—Me ha engañado, miss English —dijo con una sonrisa, volviendo apenas la cabeza— quiero decir, abriendo el agua de la ducha.

—Estaba a punto de bañarme cuando oí la cerradura. De manera que me oculté en el armario. Ahora no trate de enredarme en una conversación... ¡y no se mueva!

—Miss English, le explicaré porqué...

—... ¿mientras entran sus amigos? No, gracias.

—Soy Barney Burgess...

—Y si hace un movimiento cualquiera, o alguien entra por esa puerta, dispararé.

A Barney no le importó la vibración de histeria que detectó bajo la calma de la voz. Comenzó a sentir una picazón en la espalda, en la espina dorsal. ¿Qué sucederá cuando Ed, en cumplimiento de lo acordado abra la puerta y entre?

—Me tiene atrapado, compañera —dijo con indiferencia—. Me portaré bien.

—Si cree que con eso me hará bajar la guardia, olvídelo.

Pasaron treinta segundos. Barney comenzó a sudar. La mujer no tenía la menor idea de lo que debía hacer ahora:

—Supongamos que dejo el arma en el suelo y entro en el cuarto de baño con las manos en alto. ¿Le parece bien?

Silencio. Ella estaba examinando su sugerencia por si tenía una segunda intención.

—De acuerdo. Pero si cree que podrá volverse y disparar antes de que yo apriete el gatillo, le prevengo que lo olvide. Morirá.

Barney tuvo mucho cuidado. Se arrodilló y dejó el arma como si fuera un huevo, en el suelo. Se enderezó y con lentitud avanzó hacia el cuarto de baño, pulgada a pulgada.

—¿Puedo volverme? —preguntó deteniéndose.

—Sí, quiero verle la cara.

Fue un impacto para los dos. Ella estaba desnuda, y él advirtió enseguida que la muchacha había olvidado que estaba desvestida. La 32 de cañón corto en su mano izquierda comenzó a temblar.

Era la misma figura delgada que había visto, fascinado, repetida una y otra vez en los nichos de la pared de su estudio. Al parecer era cierto que había estado entrando en la bañera cuando lo oyó hurgar en la cerradura; gotas de agua brillaban en el vientre y en sus flancos y habían dejado huellas en sus piernas. Sus ojos eran de un color verde selvático, profundos como esmeraldas, con una vislumbre de precaución y un poco de miedo. Su actitud hubiera sido cómica en otras circunstancias. Quería cubrirse los puntos vitales, mientras una mano sostenía la 32 apuntándole. La otra mano hacía lo que podía, que no era mucho.

La cara que había estado en sombras en las fotografías, estremeció las entrañas de Barney. Era de una belleza trágica, de tipo griego... de aletas apasionadas, la nariz cincelada en mármol, labios de camafeo que armonizaban con la finura de la nariz, y un mentón que formaba una base perfecta. Barney comprendió la razón por la cual no la había fotografiado. Ningún estudio fotográfico hubiera hecho justicia al cuerpo y al rostro en el mismo marco; tenía que ser uno u otro, pues de otra manera no hubiera habido centro de atención.

La pequeña arma tembló un poco más.

—Tranquila —dijo Barney con sobriedad; se esforzó en mantener los ojos en el dedo del gatillo—. Mire, miss English, he estado buscándola...

—Ya ha encontrado a algunos de nosotros —respondió ella con una sonrisa amarga.

—Usted es la primera que encontramos viva.

—La pareja de viejos de Colorado, ese inmenso conductor...

—Pero está equivocada. Yo no los he matado. Soy detective privado. Estoy trabajando para el marido de Elizabeth Tollman... la turista de Chicago.

—No pensaré que voy a creer eso. —Pero vio que sus ojos verdes titubeaban.

—Tengo papeles que lo prueban. —Hizo una tentativa de movimiento hacia el bolsillo, pero se detuvo, mirando el dedo en el gatillo.

—*No lo haga.*

Levantó el brazo para juntarlo con el otro. Le dolían los brazos. Sentía el sudor correr por su espalda. La mujer estaba muy tensa. Su desnudez, su situación, toda la absurda situación era demasiado para que pudiera controlarlo. Tenía que hacer algo rápidamente para sacarla de la apurada situación. Y ahí estaba siempre Ed Tollman en el vestíbulo, esperando el momento de entrar.

—Miss English, esto es ridículo. ¿Qué quiere que haga, que me quede aquí mirando? Me hubiera encantado en otra circunstancia. Tengo alergia a las armas, y no me gusta la forma en que usted tiene esa.

Barney jamás había visto un sonrojo cubrir el cuerpo entero. Fue como si la rosada erupción de un bebé hubiera hecho presa en ella de pronto.

—¿Le importaría que le hiciera una sugerencia? —continuó él con suavidad—. Hagámoslo como los policías y los ladrones. Yo me doy vuelta, pongo las manos contra la pared del baño y permanezco allí con los pies bien separados. Eso permite que usted se acerque, tome mi billetera sin peligro de que salte sobre usted. ¿Qué dice?

Después de un momento ella asintió.

—Bien, hágalo.

Barney lo hizo como los policías y ladrones. El contacto de la mano de ella en su pecho le provocó mariposas en el estómago. Ella retrocedió y con más habilidad de lo que Barney le hubiera atribuido, mantuvo el arma frente a él mientras exploraba la billetera.

—Edward Tollman está conmigo —dijo—. Le he dejado en el vestíbulo. Entrará pronto —guardó, silencio—. Ahora que ha visto mis credenciales...

—¿Cómo sé que el verdadero Barney Burgess no está muerto en una zanja en alguna parte?

—¡Diablos! Ahí está mi fotografía.

—¿Y cómo sé que está foto es de Burgess? Es de usted...

Barney dijo con paciencia:

—¿Puedo cerrar la ducha? Me está salpicando los pantalones.

—Hágalo. Quédese en el baño.

Barney cerró la ducha y al hacerlo se empapó. Cuando se volvió ella había desaparecido. Oyó la puerta del armario. Reapareció un momento después, llevando con la mano derecha el cinturón de una bata de toalla blanca. La izquierda le apuntaba con el arma.

—Llame a su amigo —dijo Claire English—. Prevéngale que estoy armada.

Barney pasó frente a ella hasta la puerta de la habitación. Elevó la voz:

—¡Ed! Puede entrar. Despacio. La dama tiene un arma.

La puerta se abrió, y Ed Tollman asomó la cabeza dentro de la habitación con cautela. Se detuvo de improviso, mientras Claire salía del baño con la 32.

—Me ha atrapado con uno de los trucos más viejos —dijo Barney con

timidez—. Miss English, Mr. Tollman. Ahora ¿queda todo aclarado?

Claire examinó la macilenta cara de Tollman como si estuviera haciendo un estudio preliminar para un retrato. Luego bajó el arma.

—Usted es el marido de Liz. Ella tenía su retrato.

Se dejó caer en una silla como una prenda de vestir desechada. El arma cayó al suelo. Sus hombros se estremecieron y comenzó a llorar. Y de pronto se estaba riendo.

—¡Oh, Dios! ¡Me sentía tan estúpida con esa arma y sin ropa!

Y luego todo era alegría, su preciosa cara renovada, con una esperanza resucitada.

—¿Pueden imaginarse lo que he pasado? ¿Qué pesadilla ha sido...? ¿Y qué maravilloso es no tener que seguir sola ya? Me siento como si hubiera encontrado un par de hermanos mucho tiempo perdidos. Hermanos, ¿quieren tomar una copa?

No había más que un vaso en el cuarto de baño. Claire sacó una botella de *whisky* de su maleta y llenó el vaso. Tomó un trago, todavía temblando y se lo pasó a Ed, que estaba al lado de ella, sentado en la cama. Barney en una silla frente a los dos se acercó a Ed y tomó a su vez, sintiéndose feliz. Así era mejor. Eran tres viajeros en una caverna refugiándose de una tormenta amenazadora. Por primera vez en varios días se sintió relajado.

Una luz pálida atravesaba la ventana opaca por la suciedad; el borde exterior estaba lleno de excrementos de paloma. La habitación tenía el olor rancio de los hoteles baratos... colchones hundidos y alfombras desgastadas. El olor estaba débilmente suavizado por el perfume del jabón de baño de la muchacha. Delicioso.

Barney le pasó el vaso, observándola tomar otro largo y sediento trago. Su mirada cayó sobre los hoyos gemelos encima de la clavícula. Sus pulgares encajarían con justeza allí, podría sentir el pulso golpear bajo la piel. Los ojos bajaron por el cuerpo delgado, hasta donde la bata se habría para revelar un poco de muslo. Sería agradable volver a verla desnuda, pero esta vez sin miedo... mejor que eso, en una postura accesible. Y de pronto allí estaba ella, tendida sobre la cama... de espaldas...

—¿Por qué me mira así, Mr. Burgess?

Barney se sorprendió. Ella todavía estaba sentada sobre la cama. Dios mío, pensó, una alucinación de buena fe. Puro cansancio. Se preguntó si se le vería tan agotado como Ed Tollman.

—Tengo una intriga —le respondió—. ¿Por qué no pidió ayuda a la policía?

—¿Y por qué no lo hizo *usted*?

Barney asintió con un poco de admiración. Además de todo, es inteligente.

—Tenían a la esposa de Ed.

Los ojos de ella se volvieron a Ed, que estaba al lado y su color esmeralda se suavizó. Estaba sentado tieso como una momia, dormido con los ojos abiertos. Claire se volvió a Barney.

—¿Y bien? Veo que no tiene el monopolio de la lógica, Mr. Burgess.

—Por favor, llámeme Barney.

—Bien, Barney. Llegué a la misma conclusión cuando descubrí que Liz había

desaparecido.

Eso también parecía razonable. Sólo que algo andaba mal. Tras un momento de reflexión Burgess supo qué era.

—Pero usted no se enteró de eso hasta que telefoneó al *sheriff* de Colorado. ¿O no fue usted?

—Oh, sí fui yo.

—¿Y también visitó a Ingrid Johns en Indianápolis?

—¡Sí! —Sus cejas se levantaron—. ¿Me siguió?

—Sólo. incidentalmente. Estábamos en la misma pista. Me preguntó—dijo Barney—¿cómo olfateó usted todo eso?

Claire English echó hacia atrás los hombros apoyándose en los codos.

—Comenzó cuando robaron mi estudio. Hace de esto tres semanas.

—¿Tanto tiempo? El conductor fue asesinado hace una semana solamente.

Ella asintió.

—Aparentemente volvieron por segunda vez. Por eso me oculté aquí, donde puedo vigilar el estudio; pensé que podrían volver una tercera vez, en cuyo caso iba a llamar a la policía. La sola publicidad del hecho me hubiera reportado diez mil dólares.

Barney la miró con sorpresa.

—Pero jamás hubiera vivido para leerlo en los diarios.

—Le he capturado a usted —replicó ella sonriendo.

—Porque no he querido mostrarme rudo —Barney hablaba provocativamente.

—Eso lo dice porque es hombre.

—Escuche, Claire ¡Tuve dos oportunidades para saltar sobre usted por lo menos!

—¿Sí...?

—¡Está actuando como una niña! ¿Sabe algo de armas?

—Sé cómo cargarlas, apuntar, disparar. ¿Hay algo más?

Barney terminó el *whisky*.

—Pues olvídelo. No sabe en lo que está metida. A estos hombres les gusta matar. Es su segunda naturaleza. Un arma es una tercera mano. No tienen que pensar antes de disparar. Usted sí porque usted es un ser humano. Es esa diferencia de fracción de segundo lo que le hubiera costado la vida.

Eso la tranquilizó, pero él sabía que no había comprendido del todo.

—Ya le he dicho que estoy muy contenta de que hayan aparecido ustedes dos, ¿no es así?

—Espero que no tenga qué aprenderlo de la peor manera —musitó Barney—. De cualquier modo, estamos perdiendo el tiempo. Siga hablando. ¿Qué le robaron la primera vez?

—Equipo fotográfico, y una colección de fotografías que saqué en México.

No descubrí que faltaba hasta después; en aquel momento pensé que era un asalto corriente, algún ladrón vulgar. En realidad, lo único extraño fue que entraron durante el día. —Estaban buscándola a usted.

—Ahora lo sé. Pero yo estaba trabajando fuera de la ciudad. No descubrí el robo hasta que regresé.

—Y no llamé a la policía.

—Lo hice, con respecto al robo. Pero supongo que no armé bastante alboroto; el equipo estaba asegurado. La policía no parecía muy interesada. Un par de días después descubrí que habían robado las fotografías. Alamo Tours había ordenado algunas copias, de manera que les escribí diciendo que no podía entregárselas. También pregunté por el conductor, ya sabe, por cortesía. Cuando me respondieron, mencionaron de pasada que había desaparecido.

» En ese momento —continuó Claire— decidí ponerme en contacto con los otros miembros del grupo; tenía la impresión de que querían las fotos por algún motivo confidencial. No comencé a preocuparme hasta que supe que el viejo matrimonio Barton había muerto, probablemente asesinados. Me asusté de verdad cuando me enteré de que Liz había desaparecido. De manera que cerré el estudio, tomé esta habitación en la vereda de enfrente, y traté de reflexionar y comprender todo esto. La única respuesta que hallé era que alguien estaba matando sistemáticamente a la gente que había estado en México conmigo. Fui en mi coche a Indianápolis, ya que era el lugar más próximo y persuadí a Ingrid de que se ocultara. Luego...

—Ingrid no lo hizo —respondió Barney—. Fueron esa noche y la mataron con el gas de su propia cocina.

Claire se puso pálida como el mármol.

—¡Oh, no...! ¡Pero ella me prometió marcharse en seguida!

—Tuvo que ocuparse de su gato. Resultó ser un gato muy caro.

—¿Y Rodney Aiken? El maestro... ya sabe usted. Traté de convencerle por teléfono que estaba en peligro, pero pareció creer que yo estaba ebria.

—Murió como un creyente, Claire. Su corazón falló a consecuencia de las torturas.

El mármol tomó un color marfil antiguo. Se incorporó en la cama, apretando su bata y llorando.

—Pero, por amor de Dios, ¿qué es lo que quieren? ¿Por qué nos están matando?

—Si supiéramos, eso —dijo con suavidad Barney— podríamos haber dado un paso gigantesco. Desgraciadamente, no sabemos nada... ni quiénes son, ni qué es lo que buscan, ni qué hay detrás de todo esto. A propósito...

—¿Qué Barney?

—¡Liz todavía está viva!

Ella le miró.

Haciendo un gesto afirmativo con la cabeza Barney continuó:

—La tienen con ellos. —Se levantó de la silla penosamente, el cuerpo le pedía a gritos un poco de sueño—. Y hablando de Liz, será mejor que volvamos a Chicago para ver si hay alguna novedad.

Claire saltó de la cama aterrorizada.

—¡No me deje!

—No tenía intenciones de hacerlo —respondió Barney, y se dijo para sus adentros... «Vaya bonita, podría tener toda clase de planes acerca de ti». Y, a pesar de su agotamiento miró como un hambriento su bata—. Esperaremos en el vestíbulo mientras usted se viste.. Luego Ed y yo tenemos que dormir algunas horas o no serviremos para nada. Puede venir con nosotros, para su protección... ¡Ed! ¿Ed?, ¡despierte, hombre!

Su presencia agregó fragancia al coche.

Llevaba un traje que hacía juego con sus ojos. El pelo dorado-rojizo estaba peinado en ondas que complementaban las increíbles curvas de su cara. Ed estaba en el asiento de atrás y ella sentada, al lado de Barney; él apenas podía mantener sus ojos en el camino. «Qué bueno» se decía... y aspiraba su perfume.

Claire se había recuperado de las sorpresas de las últimas horas; estaba casi animada. Barney sólo podía esperar que ella se diera cuenta de los peligros que correrían.

—Ahora —pidió Barney—, cuénteme sobre ese viaje a México.

—¿Me ha traído para eso?

—En parte.

—Ah, entonces tiene algún motivo más.

—Todo hombre tiene algún motivo más cuando tropieza con una hermosa mujer e imagina cosas...

Ella rió de buen humor.

—¡Hermosa! Un libertino que conozco me compara con ese anuncio de la TV donde la muchacha se vuelve de piedra porque él está usando un tónico inadecuado para el pelo. ¿No está usted exagerando un poco, Mr. Burgess?

—Por favor, dígame Barney.

—¿Eh, Barney?

—No lo creo. No lo olvide, niña, que estoy en condiciones de saberlo. Aquello que vi sonrojarse, no era mármol.

El rubor subió hasta su cuello, pero Claire no parecía enfadada. Miró por la ventanilla del coche.

—Supongo que jamás me permitirá olvidar eso.

—¿Por qué había de hacerlo? No es frecuente que un hombre tenga un

comienzo así.

—Los hombres...

—Ya lo sé, todos somos, iguales. ¿Y no sería muy desagradable para ustedes las mujeres, que no fuéramos así?

—Y, ¿qué pasa con las mujeres?

—También son todas iguales.

—¡Qué tontería!

—¡Créamelo! ¡Lo sé! Eso es lo que me ha conservado soltero todos estos años. Busco un tipo de mujer distinto.

Ella suspiró:

—Y ahora, dará comienzo a la vieja cantilena...

Él se volvió para mirarla.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted es igual que un hombre que conozco. Pero nada, nada en el mundo me induciría a pasar por eso, otra vez.

Barney iba a responder... «¿quién te lo está pidiendo?», pero en cambio se concentró en el volante. Hubiera sido una mentira petulante. ¡Por supuesto que se lo había estado pidiendo, a su modo!

—No hay nada que desinfe más de prisa los neumáticos de un hombre que comprender qué él no significa para una mujer más de lo que la mujer significa para él —dijo Barney. Era cruel, pero por alguna razón sintió vehementes deseos de defender su ego. Pero Claire equivocó el sentido. Pensó que hablaba de un romance del pasado que se había malogrado.

—Lo dice como si estuviera decidido a no permitirse volver a pasar por eso— Claire le miraba—. ¿Fue tan malo?

—Iba a hacerle la misma pregunta a usted —respondió Barney mirándola.

Rieron juntos. Luego Claire comentó:

—El mío resultó un desastre. Sucedió en ésa excursión a México. Él murió.

—¿John Torrance Talbot?

Ella asintió.

—¿Estaba liada con él?

—Jamás he oído algo expresado con tanta vulgaridad. Pero sí, supongo que puede decir eso.

—¿Liada hasta dónde?

—Está haciendo que me ruborice otra vez.

—Me gustaría que me contara eso.

—¡Usted no es más que un amigo de paso!

—¿Qué es lo que piensa que debe ser un detective? En verdad, Talbot puede ser la clave de todo este misterio.

Ella se quedó mirando la larga cinta de asfalto de la carretera.

—He pensado en eso. Pero no consigo unir las piezas.

—Está demasiado cerca. Yo podría ver algo que a usted se le escapa.

—Está bien... pero no me mire cuando se lo cuente. Hay algunas partes embarazosas.

—Soy mayor de edad.

—A veces me pregunto si lo soy yo. Me comporté como una tonta desde el primer momento. Pero considérela desde el punto de vista de una mujer. Allí estaba ese hombre, alto, delgado, joven, atractivo como el diablo, sin una preocupación en el mundo...

Ed Tollman habló desde el asiento de atrás.

—Liz me escribió diciendo que era muy arisco.

Barney se había olvidado de que Ed estaba con ellos. En cuanto a Claire English, se volvió para mirarle sorprendida:

—¿Arisco, Johnny? No comprendo cómo Liz puede decir eso. No era arisco conmigo, tampoco con Liz cuando la conoció mejor. Era un hombre a lo Errol Flynn... inquieto, alegre, bromista, arrollador... oh, no lo sé, podría ser el payaso del grupo. Johnny lo podía conseguir casi todo, porque nadie le tomaba en serio.

—Pero usted lo hizo —interrumpió Barney.

Claire encendió un cigarrillo, lo colocó entre los labios de Barney y luego encendió otro para ella. Esa acción trajo a su memoria las muchas veces que había prestado el mismo servicio a Johnny Talbot. Suspiró.

—Ese es mi problema. Me lo tomo todo en serio, hasta las bromas. Así fue como comenzó entre nosotros, como una especie de broma...

Se había fijado en él en el momento en que entró en la oficina de excursiones: Errol Flynn en pantalones y suéter. Inclinado sobre un mazo de folletos y mapas sobre el mostrador. Su cabeza se volvió cuando ella cruzó la habitación; sus ojos oscuros siguieron los movimientos de ella con una divertida intensidad que le dieron conciencia de lo ajustados que llevaba sus pantalones color carne en los muslos y nalgas, de cómo se destacaban sus pechos debajo del jersey. En general Claire no hacía alarde de su cuerpo. La mirada la puso furiosa.

—Vaya una pieza para un coleccionista —dijo él cuando ella llegó al mostrador. Claire examinó un folleto sin verlo, sintiendo el calor correr por sus piernas. No era posible que el hombre hubiera hablado de las estatuillas en la pared; no le había quitado los ojos de encima.

Sus palabras quedaron prendidas en el aire como la niebla y pensó que no se disiparía hasta que ella hiciera algo... tomara una actitud cualquiera a fin de disolver la expectación. Se decidió por la superioridad.

—Los niños no deben mirar así —le dijo fijando los ojos en él.

—¿Por qué no, si hay algo que vale la pena mirar?

En cierto modo, había salido bien. La hizo sentirse molesta consigo misma y

se afaná buscando algo en su bolso. Él continuó mirándola. Luego rió y se inclinó diciendo:

—Me he equivocado, Dama Ruborosa—y se alejó.

¡Maldita sea!, pensó Claire. Debería haber una píldora para el rubor crónico.

Cuando ella se volvió él estaba fuera examinando con admiración el descapotable color crema, con su tapicería de piel de leopardo. Un cigarrillo pendía de sus labios y tenía las manos en los bolsillos. La fresca brisa de diciembre alborotaba su mata de pelo negro, y de pronto ella tuvo la sensación de una alegría que no había experimentado jamás.

Luego vino el asunto de convenir la excursión, y quizás se mostró más hábil negociante que de costumbre con el menudo director. Cuando salió de la oficina, el joven se había marchado. No sintió pesar, cosa curiosa, sino alivio, como si hubiera escapado de algún peligro sutil.

A la mañana siguiente él estaba ayudando al monstruoso conductor a colocar el equipaje en el techo del autocar. Se sonrió con ella como si compartieran algún secreto.

—Déjeme llevarle la maleta —dijo—, la pondré debajo de la mía.

Todo lo que decía parecía tener un significado sexual. Por un momento ella no vio las maletas, sino a sí misma y al joven, tendidos juntos en el coche. Era aterrador. Claire pensó que quizás no debería haber dejado a aquel psiquiatra.

—¿Va usted a México? —preguntó ella dándole la maleta.

—Nada podría impedírmelo.

Se le ocurrió el pensamiento absurdo, adolescente, de que planeaba ir a causa de ella. Claire se alejó con rapidez.

Johnny Talbot no hizo más insinuaciones. Con los otros estableció con facilidad una camaradería. El anciano locuaz, Maynard Barton, había vivido en México como ingeniero durante los años veinte; el viejo Barton disfrutaba con la compañía de Johnny, porque el joven escuchaba sus interminables historias. Con la anciana Susan Barton, muy preocupada con la suciedad y los gérmenes, era tranquilizador y servicial. Era Johnny quien mantenía su termo lleno de agua pura para beber o si no disponía de eso, trataba el agua con tabletas química «Halazone» hasta que el termo arrojaba humo. El maestro calvo de Detroit, Rodney Aiken, había estudiado español en la secundaria; el vehemente deseo de Johnny de aprender ese idioma con Aiken no era más que; un calculado halago, y el interés que tenía Aiken por la sociología los llevaba a tales discusiones sobre sistemas penales y criminología que Claire no imaginaba donde habría adquirido Johnny sus conocimientos. Cuando abiertamente se lo preguntó, él dijo sonriendo:

—Solía ser un delincuente juvenil.

—¿Cuándo fue eso? ¿El año pasado?

Johnny la miró de arriba a abajo.

—Cuidado, podía tomar eso como un desafío.

Luego se fue a buscar el agua purificada de Sue Barton, dejando a Claire con el interrogante de si en verdad lo había dicho como un desafío.

Pero Johnny rara vez hablaba con ella cuando estaba atareado con los otros miembros de la excursión. Para cada uno de ellos tenía una expresión diferente. Con la bibliotecaria industrial de Indianápolis, Ingrid Johns, hablaba de un perro mudo que tenía cuando niño. En razón de su conexión con una compañía química, Ingrid tenía curiosidad acerca de las hierbas medicinales que usaban los indios; en Saltillo, Johnny llevó a Rodney Aiken al mercado y volvió con una bolsa llena de hierbas secas, cada una rotulada con su nombre mexicano.

Y el conductor... Claire jamás entendió la base de su amistad con Johnny. Kiddoo era un enorme balón que se llevaba bien con todos. Sabía poco acerca de México y su vocabulario español se limitaba a hacer arreglos con los hoteles y al servicio del coche. Debaba que el grupo hiciera lo que quisiera... Él se limitaba a conducir el coche y a ocuparse de él; el rumbo a tomar era cosa exclusiva de sus pasajeros. Sin embargo, Claire vio que nadie se hizo realmente amigo de él. Era tanto lo que se borraba a sí mismo que se desarrollaba un tipo de relación patrón-lacayo, que hacía imposible la amistad. Con Johnny, Kiddoo era diferente. Johnny era el único pasajero a quien él permitía tomar el volante ocasionalmente. Cuando se detuvieron en la estación de PEMEX, Kiddoo no quería dejar la *limousine* hasta que Johnny volviera del baño, o de donde hubiera ido. Los dos hablaban de carreras de automóviles; Claire al principio pensó que Johnny había sido piloto de carreras, luego cambió de opinión y decidió que era sólo su manera de comportarse con la gente, a lo camaleón. Tenía la sensación de que si preguntara cómo era Johnny Talbot, recogería una respuesta distinta de cada miembro de la excursión.

Su relación con Liz Tollman fascinó a Claire más que ninguna otra; íntima, y sin embargo desprovista del doble sentido e insinuaciones que tanto enervaban a Claire. Podían decirse cualquiera cosa, y ninguno parecía tomarlo personalmente. Era como hermano y hermana. Cuando Johnny le ofreció a Claire su asiento al lado de la ventanilla... en una forma tan espectacular que hacía imposible aceptarlo... Liz le dijo:

—Deja de actuar como un actor de cine, Johnny.

—Diablos, ella me hace sentir como si lo fuera. ¿Qué me aconsejas, Liz?

—No lo sé, pero procede en forma más natural. Terminaréis con bolsas debajo de los ojos.

Johnny miró a Claire.

—¿Lo ve? Todo el mundo se mete con nosotros.

Claire no veía nada a qué acogerse; él no le daba pie. De manera que no hizo nada, aun cuando deseaba hacerlo.

Era la única mujer joven soltera del grupo, y Johnny el único soltero. La apagada Ingrid y el meticuloso Rodney Aiken habían desarrollado un tipo de

romance platónico; se sentaban juntos y hablaban y hablaban, se veía que algo estaba creciendo. El viejo Maynard Barton tenía a su mujer, Kiddoo, él conductor, su coche y Liz Tollman... Liz tenía a todo el mundo. Liz era catalítica; cuando el grupo se separaba por alguna causa, ella hacía o decía algo que volvía a unirlos.

Cuando llegaron a Torreón, un animado oasis en la árida planicie, Claire se sintió atormentada por la sensación de que el tiempo se le iba de entre las manos. Estas eran las primeras vacaciones que se había permitido tomar en cinco años. Había estado trabajando mucho y cuando aproximaba el espejo a su cara, podía ver pequeños surcos alrededor de la boca. Tenía 30 000 dólares en el banco... no estaba mal para una mujer sola de treinta años. Nunca había intentado vivir sin hombres. Toma el placer cuando te plazca, se decía; despidete a los hombres con un beso y no les debas nada.

En alguna parte entre Torreón y Durango, Johnny, que estaba sentado detrás de ella, sopló con suavidad sobre su nuca:

—Ya te he mirado bastante —le murmuró en el oído—. Escapémonos en Durango y vayamos a bailar.

Ella asintió sin pensar. Experimentó un inmenso alivio.

En Durango, Claire se bañó, empolvó y perfumó su cuerpo. Estaba eligiendo su ropa interior más delicada cuando de pronto pensó: «Vamos, muchacha, ¿qué es lo que eres, una mujer fácil? Tómallo con tranquilidad». Y siguiendo un impulso le pidió a Liz, con quien compartía la habitación, que fuera con ellos. Lo lamentó desde el momento en que Liz se vestía. Su fresca belleza hizo que Claire se sintiera artificial y envejecida.

Johnny entornó los ojos cuando las encontró en el vestíbulo. Pero luego sonrió a Claire, y galantemente las ayudó a subir al taxi. Después de comer bailó con Liz y dejó a Claire que se entendiera con Lotario, una persona de la localidad, cuyo inglés consistía en «¿Puede concederme este baile, por favor?».

A las once Liz dijo:

—Estoy cansada, Johnny. Si me consiguieras un taxi...

Pero Johnny las llevó a las dos, y Claire estaba furiosa consigo misma.

—Supongo que debo agradecerle la preciosa noche —dijo en el corredor, después que Liz entró.

—Vayamos a mi habitación —propuso Johnny.

No, pensó ella *no*. ¡Tonto vulgar!

—¿No hay ninguna frase más sutil en su repertorio?

Johnny se reclinó contra la pared diciendo:

—Rod Aiken me contó una historia sobre un pájaro australiano. El macho hace un pequeño enramado para la hembra, lo decora con hojas de papel de estaño, papel coloreado y luego se pone a cantar. La hembra se acerca y observa. Si ella hurga en el enramado, es porque se queda. Si no, lo hace trizas.

Claire se rió.

—Eso me parece *mucho* mejor.

—Tengo una botella, hielo, una radio portátil que recoge música de El Paso...

—Estoy un poco cansada.

—Y una cama. Hasta la metería en ella.

Ella pensó «has vuelto a equivocarte» y en voz alta:

—Johnny, el pájaro australiano le dice a la hembra lo que va a suceder si se queda.

—Pero la hembra lo sabe...

—Mayor razón para no ser explícito.

—¿Qué dices, Claire?

—Digo, buenas noches.

—Claire, tienes un cuerpo hermoso. ¿Por qué no compartir tu fortuna? Yo creo que puedo mostrarte una o dos cosas, también.

—Buenas noches, *Mister* Talbot.

En la cama, en la oscuridad, Claire se sentía agitada. El hombre era imposible, un patán. Siempre había odiado a los hombres que eran crudos en su lenguaje, que no tenían finura. ¿Por qué tenía que ser así? ¡Podía haber sido tan maravilloso! Sentía que su cuerpo ardía, y sabía que de nuevo estaba ruborizada desde la cabeza hasta la punta de los pies, lo odiaba a él y a sí misma.

Al día siguiente se detuvieron en la excursión bastante tiempo para hacer una comida campestre en la salvaje y hermosa Sierra Madre. El aire era tan fresco debajo de los perfumados pinos que tuvieron que ponerse los jerseys. Claire sacó su cámara y tomó una fotografía del grupo. De pronto advirtió que John Torrance Talbot volvía siempre la cara.

—¿Qué sucede, Johnny? ¿Eres tímido?

—No quiero romper tu cámara.

—¡Santo Cielo! ¿No puedes pensar en algo más original que eso?

Johnny se levantó y se marchó. Después de unos minutos, Claire sin decir una palabra, lo siguió. Lo encontró mirando distraídamente una ardilla en la copa de un árbol.

—¡Te cacé! —le dijo mientras el obturador hizo «click».

Él le disparó una curiosa mirada de disgusto; duró una fracción de segundo. Luego sonrió.

—Ven acá, quiero mostrarte algo.

Caminaron alejándose de la *limousine*. Alguien había abierto una caja de cerveza y todos estaban bebiendo, excepto la anciana Sue Barton, que insistía en que la cerveza mexicana contenía agua impura. Cuando estuvieron fuera del alcance del oído, Johnny le dijo:

—Pensé que sabías que no quería que me fotografieras.

Lo dijo en un tono tan particular, que a pesar de lo absurdo que resultaba,

Claire comenzó a sentirse nerviosa, deseando no estar tan lejos de los otros.

—No seas tonto —le respondió esforzándose para parecer trivial— te daré una copia.

—Prefiero el original —estiró los labios en una sonrisa que en cierta forma no pudo quebrar la rigidez de su expresión—. Es mi religión... No quiero fotografías.

—No comprendo, Johnny.

—Digamos que soy un loco con respecto a ese tema. Dame el original.

—¡Vaya... desde luego que no te lo voy a dar!

La mano de él se dirigió a la cámara. Claire emitió un sonido entrecortado y echó a correr. Johnny la alcanzó y le arrancó la cámara. Ella se abalanzó, pero él cogió la muñeca y se la retorció. Cuando habló era con un tono helado y directo.

—Sólo quiero el original. No me hagas romper la cámara.

Temblando, sin poder creerlo, lo observó mientras sacaba el rollo de película y lo arrojaba por el despeñadero. Cuando le devolvió la cámara ella la tomó con la mano izquierda y arrojó la derecha con toda su fuerza sobre el rostro de él.

—¡Miserable!

Lo que luego sucedió fue algo cómo extraído de sus pensamientos nocturnos. Él la cogió de los brazos atrayéndola hacia sí. Ella trató de desprenderse, pero Johnny introdujo sus grandes dedos en su cuello, por debajo de la mandíbula, y forzó su cara hacia arriba y hacia él. Luego inclinó el rostro y sus labios se posaron sobre los de Claire.

La besó de una forma que la ultrajó y humilló, y sintió que le subían por las piernas oleadas de calor. Ella luchó, hasta trató de morderlo. Pero el brazo y la mano derecha de él, que la tenían de la cintura inmovilizándola, y la presión de sus labios era tan fuerte que no pudo maniobrar con los dientes. Comenzó a sentirse mareada.

Y de pronto comprendió que ya no la estaba coaccionando. Ella respondía, presionada contra él con todas sus fuerzas, moviendo su lengua sedienta. El descubrimiento fue tan impactante que se retiró con un grito.

Él la miraba. Sus ojos reían.

—¿Compensa esto lo de la película?

Claire no sabía qué hacer, ni qué decir. Se tocó el pelo con futilidad.

—Podría matarte, Johnny Talbot.

—Eso no es más que orgullo. Yo lo tengo, tú también. Si no lo tuviéramos, hace mucho que nos hubiéramos acostado juntos.

Ella le miró y pensó: « Ahora mismo, bajo los pinos, antes de que yo lo eche todo a perder» .

El claxon del coche sonó, y el embrujo terminó.

—Vendrán a buscarnos —murmuró ella, esperando que él tuviera alguna solución. Pero sólo la cogió de la mano y comenzaron a caminar.

—Esta noche —murmuró él cuando estuvieron a la vista del coche.

—Sí... —susurró Claire.

Pero esa noche el grupo descubrió que Mazatlán era muy sucio y que había demasiados turistas. Maynard Barton había estado en San Blas... cuarenta años antes y lo describió como un paraíso, de manera que votaron por seguir. Llegaron después de medianoche a causa de una rueda pinchada, y para la hora en que se registraron en un hotel, todos estaban agotados y furiosos con los mosquitos.

—Te veré luego —dijo Johnny cuando desaparecían en sus dormitorios.

—¿Cómo? —Claire estaba asombrada, pero él no le dio ninguna explicación. En la cama trató de permanecer despierta... por si acaso... pero al poco rato despertó, sacudida por Liz Tollman. El amanecer de un color rosa salmón bañaba la habitación y la brisa del mar se filtraba por las persianas.

—Tienes la visita de un caballero —murmuró Liz, luego se metió otra vez en la cama protestando acerca de los extraños hábitos, de una persona llamada Johnny Talbot.

Entretanto, él permanecía en el soleado porche.

—Tengo una embarcación, —dijo en voz baja—. Daremos un paseo río arriba.

—¿Los demás también vienen?

—No. —Los ojos de él la recorrían como la brisa, contra su pijama. Puede ver todos los poros de mi cuerpo, pensó Claire. ¡Bien!

Repitió la rutina de la preparación: la ducha, el perfume, los polvos, estudiándose en el espejo y pensando: « Tiene razón cuando dice que no se puede disfrutar de un panorama en soledad; sin él no es más que una apreciación intelectual de unos pechos cónicos y un estómago plano. Él le da emoción. Él lo desea y yo disfruto con que lo deseé ». Recorrió su cuerpo con las manos. « ¿Qué se sentirá siendo una flor; con ambos elementos, el masculino y el femenino? Ah, pero las abejas tienen que llevar el polen, de manera que nada trabaja solo ». De pronto sintió deseos de bailar; era como cuando ganó un premio por vender la mayor cantidad de galletitas « Girl Scout ». Decidió salir y decirle: No nos molestemos con el paseo por el río, la escena del galanteo, la representación del pájaro australiano. Hagámoslo *ahora*.

Pero él ya se había marchado del soleado porche de manera que volvió a su habitación y comenzó a elegir la ropa interior que se pondría. Eligió las mejores prendas, y luego pensó: « ¿Y qué sucede si se rompen? Me costaron ocho dólares noventa y cinco, y tendré que reemplazarlas con ropa mexicana ordinaria ». Escogió una *culotte* más barata, pero, « ¿para qué diablos? ». La dejó a un lado y se puso los *shorts* encima de su piel desnuda.

El río era una serpiente de agua clara ondulando a través de mangles y helechos gigantes. Pájaros de brillantes colores chillaban; las orquídeas pendían de los troncos de los árboles maravillosamente inalcanzables; en cierto momento chapoteó un lagarto. Claire se alegraba de haber venido.

—Hemos retrocedido al comienzo del tiempo. Todo va a empezar aquí —dijo ella.

Johnny sonrió y levantó los hombros.

—Vamos, Claire, ábreme una lata de cerveza.

—Has roto el encanto, miserable. —Ella abrió la lata más fresca y sacó la cerveza del hielo. Para ella mezcló ron y Coca-Cola. Lo observó beber, advirtiendo con placer la mata de vello que se veía por la abertura de la camisa. Estaba descalzo. Su brazo musculoso descansaba sobre la caña del timón; estudiaba la costa como un corsario. Está buscando un lugar para disfrutar de su presa, pensó Claire. Se sintió poseída de una deliciosa sensación de anticipo.

Una hora después Johnny protestó.

—El hombre a quien le alquilé el bote dijo que el río terminaba en una cascada. Tenía la impresión de que quedaba mucho más cerca. Si me ha engañado, lo mataré.

—¿Cómo te las arreglas para tener esas complicadas conversaciones? —preguntó Claire—. No hablas español.

—Lenguaje mudo —respondió él recuperando el buen humor; y con los gestos representó una cascada, un río, un lagarto, y un bote con tan cómica fidelidad que ella rió hasta que se le saltaron las lágrimas.

Luego siguieron por una curva del río y allí estaba la caída de agua, formando una cascada que se vertía sobre una laguna límpida como un cristal. Parecía un lugar cinematográfico para un romance en la jungla. El sol se quebraba en mil astillas a través de un dosel de hojas. Cerca de allí había un refugio con techo de paja con dos mesas absurdas. Una mujer de piel olivácea revolvía una olla sobre el fuego de carbón; cerca de ella un hombre en cuclillas partía cocos con un machete. El aire estaba impregnado con el perfume de las flores.

—¡Hemos llegado, Mrs. Crusoe! —dijo Johnny.

Comieron camarones secos y maíz en la primitiva hostelería, luego fueron a nadar. Decidieron que sería divertido no cambiarse de ropa sino secarse luego al sol. Claire fue la primera en meterse en el agua transparente; Johnny se zambulló desde una tarima; su largo, cuerpo cortó como una flecha la superficie, mientras las burbujas lo seguían como pececillos. Se abrazaron debajo del agua hasta que ella casi se asfixió.

Él la sostuvo.

Sin motivo Claire se sintió poseída por el terror. Hubiera gritado si hubiese podido respirar. Se revolvió y se retorció y luchó mientras él la retenía sin esfuerzo debajo del agua. El pánico le dio un sabor sangriento en la garganta. ¿Qué trataba de hacerle?

—*Suéltame, suéltame...*

Johnny la soltó. Ella luchó por llegar a la superficie y nadó hacia las piedras

sollozando y sollozando. Sentía un dolor agudo en el pecho.

—En nombre de Dios, ¿qué es lo que estabas haciendo? Casi me ahogo...

—Te hubiera salvado.

—Volvamos. No quiero nadar más.

Él se volvió de espaldas en el agua y quedó flotando.

—¡No...! —dijo perezosamente.

Claire tuvo el ridículo pensamiento de que era un psicótico. Actuaba de una manera extraña. ¿En qué se había metido? Estaba indefensa; la mujer de la orilla no le servía para nada, el hombre que partía los cocos se sonreía disfrutando del espectáculo. No podía comunicarse con ellos. Y la embarcación... ni siquiera sabía cómo hacer funcionar el motor.

Se incorporó con las rodillas flojas, temblando bajo el fuerte sol. Luego sucedió una cosa curiosa. De pronto no le importó. De cualquier manera, era absurdo. Johnny era un bruto, y se estaba divirtiendo con ella... ¡Bien, que se divirtiera! Jamás se había sentido más temeraria.

—Voy a pasear —dijo.

Él la miró divertido.

—¡Adelante...!

Trepó la pendiente rocosa hasta el borde desde donde caía la cascada. El sol se abría paso por entre los árboles. Se quitó la ropa mojada y la colgó en una rama, y estaba sentada desnuda al sol cuando apareció Johnny con una manta.

—Precioso nidito, ¿quiere que nos metamos en él, miss English?

Odiándolo, lo observó extender la manta. Ella se incorporó un poco se sentó sobre la manta y se quedó mirando los árboles. Luego sintió las manos de él y cerró los ojos.

—Esto —rió Johnny— es lo que quise desde el primer día.

—Elegiste una curiosa manera de conseguirlo —respondió Claire.

—Me parece que lo he hecho todo perfectamente bien. Aquí estamos.

—Aquí estamos... —Ella miró hacia arriba por entre las hojas; un halcón daba vueltas, graznando como el cuervo. Un milano púrpura oscuro volaba contra el cielo brillante; descendía en espirales perezosas en alguna parte sobre la montaña. Había algo muerto por allí, pensó Claire. La manta le hacía cosquillas en la espalda sudada; percibió el olor a humedad del bosque y pensó en la muerte, en la desaparición de todo; silencio, nada. Sintió una repentina ansia de vida, de comer, de beber, de reír y llenarse de amor. Estiró la mano y lo tocó.

—No —dijo Johnny.

—¿No?

—No...

Ella se volvió y con la nariz rozó el cuello de él.

—¿No, qué...?

Johnny rió de nuevo, y Claire sintió la risa dentro de su cuerpo.

—No quiero esperar.

Más tarde ella fumaba un cigarrillo con la cabeza apoyada entre las piernas de él.

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo Johnny—. Consigues lo que quieres.

—Supongo que sí. Aun cuando tengo, que luchar por ello. Pero ¿no le sucede lo mismo a todo el mundo?

—No a todos. Y algunos saben que jamás lo lograrán.

—¿Por ejemplo, quién?

—Yo. En verdad podría llegar a unirme contigo para siempre.

—Continúa...

—¿Para siempre...? —y él hizo un gesto dubitativo con la cabeza.

Claire pensó que ese gesto lo hacía muy pocas veces, y sintió que algo se endurecía dentro de ella.

—Eso de para siempre... —respondió con ligereza— ni siquiera sé cómo te ganas la vida.

—Vivo.

—No podría mantener a un *gigolo*.

—Desde luego, es como tener un elefante faldero. Muy divertido, pero ¿qué costoso!

—No podría soportar a un hombre que dependiera de mí. Nos amargaría a los dos.

—Debo disponer de dinero propio, ¿eh? ¿Cuánto podría necesitar?

—Millones.

—Bromas a un lado. ¿Cien mil?

—Estamos entrando en el terreno de las fantasías.

—Está bien —respondió él—. Pero no vayas a desmayarte cuando cubra ese cuerpo tuyo con billetes de mil dólares.

Ella rió.

—Los coseré en un bikini y los llevaré a la playa.

—Con un brillante de diez kilates en tu ombligo.

Esa tarde se emborracharon un poco. La mujer mexicana mató un pollo y lo puso a freír y Claire deseó poder detener el tiempo para siempre; la felicidad existía únicamente aquí, junto a esta pequeña laguna de la jungla. Esa noche durmieron sobre una estera en una cabaña con techo de paja. Los parásitos los hubieran devorado pero para evitarlo,, se friccionaron varias veces uno al otro con un repelente para insectos.

A la mañana siguiente llegó el grupo en la lancha, río arriba, algunos preocupados y otros simplemente curiosos por la ausencia de la pareja. Al principio hubo una tendencia a reír maliciosamente ante el hecho de que Johnny

y Claire evidentemente, habían pasado la noche juntos. Pero la satisfacción de Claire y la serenidad posesiva de Johnny pronto pusieron fin a la delicada situación. El reencuentro de todos los turistas se convirtió en una celebración. Ya era tarde cuando todos volvieron al hotel.

Esa noche, en la mesa, Claire no pudo probar bocado. Le hizo una seña a Johnny y se encaminó a la playa. Él la siguió y la besó en el cuello.

—Tengo una habitación para mí solo, con mosquitero. Es como una glorieta.

—¿Qué me has hecho, Johnny?

Él sonrió.

—Si no lo sabes ya, es mejor que consultes otro analista.

—Tú me entiendes... me haces sentir como si estuviera a punto de explotar.

—Apretaremos el gatillo —él la acarició.

—¡Maldito seas! Deja la puerta de tu habitación sin llave.

Tres noches más tarde, en el repleto hotel en Guadalajara.

Liz dijo:

—Creo que de aquí en adelante voy a tomar una habitación para mí sola.

—¿Por qué? —Claire la miró.

—Nunca duermes en ella. Morirás a fuerza de correr por los corredores de noche en pijama. Deja que él venga a ti.

—Liz... jamás he hecho esto antes. —Sintió otra vez la oleada de sonrojo.

—No tienes nada que explicarme. Tanto daría que tomarais una habitación juntos. Es un hombre endiabladamente atractivo.

La personificación de la masculinidad. —Liz se encogió de hombros—. Me alegro por tí, pero...

—¿Qué?

—Es tan... tan evasivo, tan misterioso con respecto a cómo se gana la vida. Vaya, esto no es asunto mío. ¿Por qué no me callaré la boca?

Claire fijó los ojos en el cielo raso moteado por las moscas. Este aspecto también la molestaba a ella. Johnny se ponía vago y jactancioso cuando le tocaba el tema y ella había dejado de hacerlo. Sus evasivas le producían una sensación curiosa, además la hacían enfadarse consigo misma. Después de todo, ¿qué le importaba? Cuando terminara la excursión se separarían y cada uno seguiría su camino; probablemente jamás volverían a verse.

Había algo más. De vez en cuando él solía desvanecerse como el humo y Claire se encontraba paseándose por el vestíbulo esperando que él se materializara...; Oaxaca... Taxco... Cuernavaca... ¿Se estaba cansando ya de ella? ¿Había encontrado otra muchacha? Una vez Liz le había dicho:

—No temas Claire. Volverá. Ha ido a buscar un restaurante de mariscos. —Y Claire sentía una cólera celosa porque él se lo había dicho a Liz y no a ella.

—Hubieras querido acompañarme —explicó Johnny cuando apareció—. Quería estar solo un momento.

—¿Por qué? —preguntó Claire ya aplacada.

—Para poder olvidarme de tu rostro. Ahora tengo el placer de descubrirte de nuevo.

Nunca podía ponerse seria con él; inmediatamente Johnny la eludía con sus bromas. Cuando él se sentó al lado de Liz en la *corrida* en la ciudad de México, Claire se puso furiosa.

—Llegué tarde —explicó Johnny—. Estabas sentada entre Rod Aiken y Mrs. Barton. ¿Qué podía hacer? ¿Quitar de un puntapié a alguno de ellos?

—¿Por qué llegaste tarde? He estado esperando fuera hasta que empezó el maldito espectáculo.

Él sonrió y sacudió su hermosa cabeza.

—Serás más feliz, Claire, si dejas a un lado tus tonterías.

—¿Qué tonterías?

—Dinero, orgullo, posesividad...

—¿Y qué hay de las tuyas?

—Nómbrame una.

—Persecución cínica del placer mezclada con un poco de sadismo.

—Puedo morir mañana.

—No si tienes prudencia.

—Si tuviera prudencia me daría por muerto hoy mismo.

Eso no tenía sentido. Claire se marchó y no volvieron a hablarse durante el resto del día. Pero por la noche, cuando él llamó a su puerta, ella saltó como si hubiera sido despedida por una catapulta; se obligó a caminar despacio hacia la puerta. Después pensó que cuando estaban solos todo andaba bien; la culpa tenía que ser de los otros.

—Abandonemos el grupo, Johnny. Vámonos a Acapulco.

—No podemos hacerlo ahora, querida.

Claire se encontró diciendo:

—Si es cuestión de dinero...

—Nada de eso. Tengo algo que hacer en Tula. Entonces veremos.

En Tula desapareció mientras estaban visitando las ruinas Toltecas, en la colina que hay detrás de la ciudad. Pasó una hora. De pronto Claire advirtió que Liz Tollman también había desaparecido. Cuando los otros se reunieron en la limousine para volver al hotel, Claire trató de ignorar las miradas que le dirigían. Al caer el sol Liz llegó sola, caminando hacia el coche. Detrás de ella se destacaba la silueta de una pirámide coronada por figuras de piedra de doce pies de altura, parecidas a las Parcas. Claire no le dijo nada a Liz; su tensión nerviosa ya estaba en un equilibrio muy precario.

—¿Dónde está Johnny? —Preguntó el viejo Barton.

Liz pareció sorprendida.

—No lo he visto desde que dejamos las ruinas de la Cancha de Pelota.

Johnny se acercó al automóvil desde el lado opuesto. Caminaba con paso garboso, como si acabara de realizar algo notable. Le sonrió a Claire, y la sonrisa tornó su ansiedad en ira.

—Sonrías como un libertino. ¿Estás alistando a todas las mujeres del grupo en tu harén?

—A todas, excepto a la vieja Sue, A esa la reservo para algún paraje de maravilla.

—Le cedo mi lugar —dijo Claire apretando los dientes—. *He terminado contigo.*

La sonrisa de Johnny se desvaneció.

—¿Estás loca? Y eso, ¿por qué?

—Liz acaba de volver. Tú debes haber venido por el camino más largo.

Él se quedó como de piedra.

—No entiendo qué quieres decir.

—Si no has pescado a Liz estoy segura de que lo habrás intentado a la manera de Talbot.

—¡Oh, demonios, déjate de tonterías! ¡Mira! He comprado algo para ti, eso es todo. Una miniatura de aquellos guerreros toltecas que están sobre la pirámide.

—Dáselo a Liz. —Respondió ella y entró al coche.

Aquella noche él llamó a la puerta de Claire y con suavidad pronunció su nombre. Ella estaba acostada esforzándose por no levantarse a abrirle. Pero después de un minuto se encontró abriéndola. Johnny ya se había marchado. Claire caminó por el vestíbulo y escuchó la voz de él en la habitación de Liz. Llena de perplejidad, Claire volvió a su habitación, tomó dos píldoras para dormir y se metió en la cama. Un cuarto de hora más tarde, mientras comenzaban a cerrársele los ojos cambió de idea. Por Dios, tenía que ir al cuarto de Liz y saber lo que estaba pasando.

De pronto fue de mañana.

Johnny no estaba en su habitación. Tampoco estaba su maleta.

Cuando no apareció para el desayuno, Claire, ahora sobresaltada, comenzó a hacer preguntas. El conductor, Kiddoo, dijo que Johnny había tomado un taxi dirigiéndose a San Juan del Río. Que le había dicho que allí se uniría al grupo a medio día, en la plaza del mercado.

Estaban tomando cerveza en un café al aire libre y comparando sus compras de artículos de paja, cuando Claire vio a Johnny al otro lado de la calzada, destacándose entre los mexicanos que tejían los sombreros. Se le veía acalorado, como si hubiera estado corriendo. Sus ojos investigaban el concurrido mercado; Claire trató de llamarle pero su garganta de pronto se secó. Entonces la voz del viejo Barton exclamó:

—¡Hey, Talbot! ¡Aquí estamos!

Johnny los localizó, saludó con la mano y comenzó a cruzar la carretera. En

ese momento se oyó un chillido espantoso y la estridencia de los frenos de un enorme vehículo. Pero el autobús venía demasiado rápido. Su hocico de bulldog lanzó a Johnny al aire, brazos y piernas agitándose como los de un muñeco de trapo. Cayó sobre el asfalto delante del autobús. Claire lo vio todo como si pasara allá muy lejos... muy lejos...

Vio a Johnny comenzar a arrastrarse sobre los codos. Luego las ruedas delanteras del vehículo pasaron por encima de su cintura...

Al volver en sí, Claire vio a Liz frotándole las muñecas y a Rodney Aiken mojándole la frente con un pañuelo empapado en cerveza.

—Johnny... —gimió.

—Se lo han llevado en una ambulancia —explicó Liz—. Tranquilízate, Claire.

—¿Muerto?

—Casi —musitó el maestro— tiene una hemorragia interna. Te llevaremos allá.

Consiguió ponerse en pie. Trató de no mirar la sangre donde Johnny había caído. Pero algo le llamó la atención. Era la estatuilla que había tratado de darle a ella la noche anterior. De pronto todo pareció adquirir un profundo significado. La levantó y se la guardó en el bolso.

En el hospital, Maynard Barton, con la cara grisácea comenzó a disculparse:

—Creo que fue culpa mía. Si no le hubiera llamado de esa manera...

—Déjela entrar, Maynard —dijo su mujer—. Él ha estado preguntando por ti, querida.

Claire entró a la habitación. Había una cabeza agonizante sobre la almohada.

—¿Johnny? —sollozó.

Él abrió los ojos completamente y murmuró:

—Mona... Mona...

Luego murió.

Así suceden las cosas, pensó Claire más tarde. Amas a un hombre, y él muere con el nombre de otra mujer en los labios.

Después de aquello, nadie pudo divertirse —dijo Claire—. Yo estaba como sonámbula. Cancelamos las visitas a Guanajato y a Dolores Hidalgo, y volvimos a los Estados Unidos.

Estaban comiendo en un restaurante de la carretera. Barney y Ed habían decidido evitar alimentos grasos... ambos tenían problemas... y Barney estaba tomando sopa de crema de espárragos con leche mientras Ed comía un plato de ostras y galletitas. Sin embargo, Claire parecía disfrutar ampliamente de un churrasco con patatas fritas; como si, habiendo arrojado su destino en el regazo, de Barney, hubiese arrojado también todas sus preocupaciones. El pensamiento lo deprimió un poco. Ed y Claire eran como dos huérfanos abandonados en el umbral de su puerta.

—¿Está segura de que mencionó el nombre de una mujer? —preguntó Barney—. ¿Mona...?

—Tenía la voz débil, pero yo lo oí.

—Mona significa, la hembra del mono en español. «La mona, aunque se vista de seda, mona se queda» [2].

—¿Qué quiere decir eso?

—Que la mona, aunque se vista de seda, siempre seguirá siendo una mona — Barney sonrió—. Johnny no puede haber tenido muy buen gusto... no lo tome como cosa personal... —agregó con rapidez—. Me refiero en lo que concierne a esa Mona.

El delicado rostro de Claire se ruborizó y Barney decidió que le gustaba eso. Ese canalla de Talbot había sido un individuo afortunado hasta que lo atropelló el autobús. ¡Vivan los chóferes mexicanos!

—De todas maneras —dijo Claire— Johnny apenas podía decir «hola» en español. De manera que no ha podido significar eso que dice usted.

Barney se encogió de hombros.

—Probablemente nunca lo sabremos. El director de la excursión se encargó del entierro de Talbot, ¿verdad?

Claire asintió.

—Pero yo pedí sus cosas y me las dieron.

—¿Y qué eran?

—Nada extraordinario. El reloj, la billetera... —se detuvo—. Había algo extraño. No tenía fotografías, ni instantáneas, ni ninguna de esas pequeñas notas o tarjetas profesionales que se acostumbra a guardar. Su billetera estaba casi vacía.

—¿Dinero?

—Muy poco. Menos de cien dólares mexicanos.

—¿Y la maleta?

—No se encontró. El hombre que le llevó desde Tula hasta San Juan del Río dijo que había llegado al taxi con las manos vacías.

—Pero... la tenía en Tula.

—No podría asegurárselo, ¿comprende? Estaba algo distraída por mi propia situación. —Apartó su plato con un gesto de disgusto—. Jadeaba como un puma. No podía considerar la estúpida muerte de Johnny sino en términos personales. Pienso que no estoy psicológicamente preparada para el amor.

Pero en cambio, querida, pensó Barney mientras la observaba cómo se llevaba la servilleta a sus labios, desde luego que estás hecha para el amor.

Ahora conducía Ed, Barney meditaba sobre la historia de Claire. Se abría en tantas direcciones que no sabía cuál elegir.

—Talbot habló de obtener mucho dinero —le dijo Barney a Claire—. ¿Tuvo usted la impresión de que realmente tenía algo grande entre manos? .

Ella negó con la cabeza.

—No tuve ninguna clase de impresión; Siempre estaba bromeando. Pensé que también era una broma.

—¿Y sus ausencias?

—Bien, *me llevó* a un restaurante de mariscos después de su desaparición en Cuernavaca. Y me trajo esa estatuilla de Tula. Presumo que me dijo la verdad, que lo único que quería era estar solo por un rato tal cómo afirmaba. Siempre me decía lo que había hecho cuando se iba... observar la gente, merodear por los mercados, tomar un par de copas y cosas así. He tratado de crearle... hasta después de muerto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Cuando volvimos a Estados Unidos, fui a su casa de Los Angeles para informar a sus parientes... el director de la excursión no lo había conseguido, y a lo sabe. Supongo que yo quería desentrañar el misterio de Johnny Talbot y luego tratar de olvidarlo. Pero la dirección era falsa y nadie en la vecindad sabía nada acerca de él. Desde luego, no tenía fotografías para mostrarles. No encontré pruebas de que jamás hubiera existido.

—¿Tampoco encontró a una muchacha llamada Mona?

—No la busqué.

—¿No recurrió a ningún archivo policial para obtener una fotografía de

Talbot?

—No.

Barney movió negativamente la cabeza.

—Sin embargo tenía razones para pensar que él había cumplido una condena. Era obvio que su cara y sus huellas dactilares estarían archivadas en alguna parte.

—No me regañe. No soy detective.

—Usted quería creer que era Mr. Virtuoso.

Ella tuvo un gesto de dureza.

—Supongamos que así fuera. —Luego Claire rió—. Me parece que usted está celoso.

—¿De un hombre muerto? —se burló Barney—. No soy de éstos, querida. A Talbot puedo olvidarlo con facilidad, pero creo que es la clave de todo lo que nos tiene en danza. Fue a México para llevar a cabo algo sospechoso. Utilizando el grupo de la excursión como pantalla.

Ella pareció sorprendida.

—¿Realmente, piensa eso?

Barney se limitó a mirarla.

—¿Y... utilizándome a mí...?

—Tal vez. Pero usted debe haberle impresionado mucho, porque le dijo más de lo debido —Barney se tiró de la nariz—. He tratado, de obtener alguna pista de él en Los Angeles, pero hay huecos en los que ni usted, ni ese director gordo de la excursión metieron las narices. Podríamos repasar la galería de los malhechores.

—Entonces, ¿por qué no lo hacemos?

—Por falta de tiempo. Aun cuando identificáramos a Johnny, tendríamos que averiguar con quién trabaja. Hasta con mucha suerte, nos llevaría algunos días. Entretanto, ellos tienen a Mrs. Tollman.

Ed se volvió en el asiento del conductor diciendo:

—Claire, ¿le dijo Liz por qué había ido Talbot a su habitación aquella noche?

—Johnny le pidió que me dijera que no había nada entre ellos. Liz le respondió que eso sería inútil, porque si yo no había creído a Johnny, menos la creería a ella. La única forma en que dos personas pueden convivir, según Liz, es confiar uno en otro,

—Liz es una mujer sensata, —exclamó Ed con suavidad.

Su evidente devoción fue demasiado para Claire. A pesar de sí misma, sé encontró diciendo:

—Liz no estaba enamorada de él, de manera que le resultaba fácil hablar. —Luego se sintió avergonzada—. Lo siento, Ed. No debí decir eso.

—No se preocupe —exclamó Ed—. Lo comprendo. Usted ha sufrido mucho últimamente.

—¿Le dijo Liz alguna otra cosa? —preguntó Barney.

—Me contó que había venido a mi habitación pero que no había podido despertarme... yo había tomado aquellas píldoras para dormir. Le dijo a Johnny que me vería por la mañana y me daría su mensaje, luego se volvió a la cama.

—¡Ahí está el asunto...!, exclamó Barney.

—¿Qué asunto? —preguntó Ed.

—¡La razón de que secuestraran a Liz! Johnny estaba trabajando en algo gordo, algo que le reportaría unos cien mil dólares. Imaginense una explosión en cuatro direcciones, de cerca de medio millón de dólares. Pero el botín... joyas, dinero, fórmula secreta, o lo que fuera... estaba perdido, robado u oculto, y la muerte de Johnny hizo saltar todo el asunto. Sus cómplices se enteraron de alguna forma de que Liz había sido la última persona con quien él había hablado, de manera que imaginaron que sabía dónde estaba el botín.

—¡Pero ella no lo sabe! —exclamó Ed.

—Mientras ellos crean que lo sabe, está a salvo. Deténgase en aquella estación de servicio; voy a ver si mis muchachos han averiguado algo.

Desdó la cabina telefónica exterior, Barney llamó a los dos hombres que había contratado para vigilar las amistades de Liz y las relaciones en su ciudad natal. No habían encontrado nada que indicara que Liz se hubiera puesto en contacto con nadie. Barney les dijo que abandonaran el caso y le mandaran las cuentas. Llamó a la policía de Chicago y sacó otro cuaderno de notas. La lista de personas perdidas había aumentado mucho durante su ausencia; el nombre de Liz había sido incluido en el registro de los «no urgentes». Barney también telegrafió a la policía de Los Angeles, solicitando información de cualquiera que usara el nombre real o ficticio, de John Torrance Talbot. Les pidió que enviaran una telefoto de cualquier persona sospechosa, con la esperanza de evitar pérdida de tiempo en un viaje a la Costa Occidental.

Volvió al coche pensativo. Las ruedas burocráticas giraban despacio y no veía manera de avivar el fuego de la policía sin poner en peligro la vida de Liz. Le pidió a Ed que les llevara al apartamento de Tollman, sin esperar encontrar nada.

Pero cuando Ed abrió la puerta del apartamento, Barney percibió el aire ligeramente viciado y entró; Ed apretó el brazo con nerviosismo.

—Alguien ha estado aquí —dijo en un susurro.

—¿Cómo lo sabe?

Ed indicó un interruptor en la pared.

—Eso pone en movimiento el abridor automático de la puerta, de manera que funcione cuando se pisa la rejilla. Siempre lo desconecto cuando salgo del apartamento. Ahora está conectado.

—¡Salgamos! —espetó Barney—. Cierre la puerta con suavidad.

Se encontraron con Claire en el vestíbulo.

—¿Quién más tiene una llave del apartamento?

—Liz y la encargada.

—Vaya y averigüe si es ella la que ha entrado.

Mientras Ed subía las escaleras, Barney examinó la calle y los callejones inmediatos. No encontrando nada sospechoso, volvió para encontrarse con Ed que esperaba en la puerta del apartamento.

—No ha sido la encargada. Tampoco ha visto entrar a nadie. Pero como puede ver, la entrada está oculta del resto del edificio. No podría ver a nadie, a no ser que estuviera en el vestíbulo.

—¿Hay alguna entrada posterior?

—Por el cuarto de calderas.

—Quédese aquí. Claire, entregue su arma a Ed.

Ella llevó la mano al bolso, luego se detuvo:

—Yo sé usar un arma.

—Désela a él; él la utilizará sin titubeos. Usted vuelva al coche; si alguien sale, vigile adónde va. No trate de detenerlo, ¿entiende?

En silencio Claire tendió a Ed Tollman la 32 y salió. Barney dio la vuelta al edificio, cruzó un fondo donde se arrojaban los desperdicios y bajó los escalones del sótano. Pasó por un depósito de carbón y una caldera.

Utilizó la hoja de su cortaplumas en la cerradura de Tollman y con suavidad abrió la puerta trasera, con el revólver listo.

La cocina parecía estar como la habían dejado; las tazas de café estaban aún sobre la mesa. Rápidamente revisó el resto del apartamento. Al no encontrar nada, abrió la puerta de la entrada y se encontró con el cañón de una pistola.

—Apártela, Ed. No hay nadie aquí.

Ed bajó la 32 de Claire y se la guardó en el bolsillo.

—¿Piensa usted que fueron ellos?

—No lo puedo afirmar, ¿y usted? Eche un vistazo.

Ed registró el cuarto, colérico. De pronto se encaminó hacia su tablero de dibujo y revisó sus papeles.

—No cabe duda que alguien ha estado por aquí. Guardé estos diseños en orden: primero el proyecto general y luego los diagramas de detalle, uno, dos y tres. Ahora están mezclados.

—¿Le falta algo?

—No. Aquí no falta nada.

Mientras Ed continuaba buscando, Barney estudió el interruptor para abrir la puerta. Se encontraba por lo menos a dos pies de distancia de la puerta, en forma tal que no podía haber sido desconectado accidentalmente por alguien que hubiera entrado. Además se trataba de una palanca imposible de desplazar por rozamiento. ¿Podría alguien haberla confundido con un interruptor de luz? Seguramente no, puesto que el interruptor de la luz estaba colocado en forma muy visible al lado del marco de la puerta.

—Creo —le dijo a Ed— que su esposa ha estado aquí.

Ed se enderezó de un Salto.

—¿Qué...! ¿Por qué?

—El abridor de la puerta ha sido dejado así deliberadamente. Ella quiso que usted supiera que había estado aquí.

El rostro de Ed adquirió un color ceniza.

—¿Si me hubiera quedado...!

—Por suerte no lo hizo, Ed. ¿Por qué no le dejó una nota?

—¿Estarían con ella...?

—Por supuesto, y si hubiera estado usted aquí, lo hubieran matado, o lo hubieran torturado para hacerla hablar. ¿No falta nada?

—Hasta ahora, no. —Ed se inclinó sobre la mesa de trabajo de Liz—. Jamás ponía las cosas en orden...

Barney se detuvo para observar con atención el tablero de ajedrez.

—Vea esto, Ed.

Ed se acercó y estudió el tablero.

—Esa jugada no pudo hacerse.

—Exactamente. Aquí es donde estaba la reina blanca cuando nos fuimos — Barney señaló una de las casillas del tablero, sin polvo—. Ahora está amenazada por una torre. No puede moverse sin dejar al rey en jaque. Usted sabe cómo trabaja la mente de Liz; ¿qué significado tiene esto?

—Me dice que está prisionera, —dijo Ed, reflexionando un minuto—. Acostumbraba a dejarme mensajes en acrósticos. Yo represento el rey, creo. Ella no puede moverse sin ponerme en peligro. —Se volvió hacia Barney—. Deben haberle mentido. Liz cree que ellos me retienen en alguna parte; por esa razón coopera.

—Sin embargo, no está completamente convencida —dijo Barney—. De otro modo no le hubiera dejado ese mensaje a usted. Más tarde pudo haber encontrado una oportunidad para conectar el interruptor y ha mezclado sus papeles tratando de cubrir todas las posibilidades. Siga buscando, Ed. Tuvieron alguna razón para traerla aquí.

De pronto recordó a Claire en el automóvil. Salió y se acercó a ella; Ed se les reunió en la puerta.

—Faltan los documentos de Liz.

—¿Qué documentos?

—Certificado de nacimiento, certificado sanitario internacional y el registro de la vacuna del perro.

—Esas son las cosas que ella necesitaría para salir del país —comentó Barney.

—¡México! —exclamó Claire.

—Llamaré al FBI —dijo Ed dirigiéndose al teléfono.

—Espere —exclamó Barney—. Vamos a pensarlo. Prepare café.

—¿Pensarlo? ¡En nombre de Dios, Barney... se la llevan a México! Allá no podemos actuar. Ahora es un caso internacional.

—Por eso debemos pensarlo. Vaya a preparar café.

Con violencia Ed llenó el filtro y lo colocó en la cafetera.

—Usted está en lo cierto con respecto a una cosa, Ed, —comentó Barney—. No podemos esperar ayuda de las autoridades de México. Tendremos que ir como turistas comunes, como van ellos. Si hay tiros, será una guerra privada.

—Entonces ¿por qué no apelamos al FBI? Tenemos pruebas suficientes para denunciar un secuestro.

—Tendrán que verificar nuestras declaraciones antes de entrar en la investigación. Eso llevaría dos, tres días. Por supuesto que podrían cerrar las fronteras inmediatamente.

—¿Y entonces?

—Pero ¿y si esos criminales se ven en un aprieto en la frontera...? Póngase en su lugar, Ed. Ya han cometido asesinatos en cuatro estados.

—Tendrían que abrirse paso a tiros... escudándose en Liz...

Barney asintió.

—Muy bien —decidió Ed—. Lo haremos a su manera.

—Mientras Barney se bebía el café sugirió que lo primero que había que hacer era organizar una investigación en la frontera, en Laredo.

—¿Por qué en Laredo? —preguntó Claire—. Hay un par de docenas de cruces de caminos.

—No podemos vigilarlos a todos. Es razonable pensar que han seguido la misma ruta que tomó la excursión. Por la misma razón tenemos que presumir que están viajando en automóvil.

—Es una suposición que no entiendo muy bien —arguyó Ed.

—Tienen a Liz y al perro. En un automóvil los tienen bajo su control, en un avión, Liz podría armar un alboroto.

Ed asintió gruñendo:

—De acuerdo, ¿y qué haremos?

—Utilizaré su teléfono. —Barney llamó a la agencia de detectives más importante de la ciudad. Cuando una mujer respondió, dijo—. ¿Maureen? Mire en su guía de investigadores privados a ver si conoce a alguien en Laredo, Texas... ¿No tienen a nadie registrado allí? Bien, entonces vea en San Antonio... ¿Amado Díaz? ¿Quiere darme su número...? Gracias.

Barney colgó y volvió a marcar. Le respondió una voz con un fluido acento mexicano-americano.

—Agencia Díaz. Habla Amado Díaz.

—¿De cuántos hombres dispone? —preguntó Barney.

—Soy yo solamente. Mi esposa me ayuda.

—¿Querría encargarse de un trabajo para mí?

—Antes me gustaría hacerle unas preguntas...

—Pregunte todo lo que quiera. El asunto es así. Es posible que una mujer con un perrito pretenda entrar en México, por Laredo.

Hoy o mañana. —Brevemente Barney describió a Liz Tollman y a Bogus—. Estará con varios hombres, probablemente, en un Buick negro último, modelo. No estoy seguro acerca del coche.

—¿Cuántos hombres?

—Por lo menos dos. Podrían ser tres o cuatro.

—¿Descripciones?

—No tengo información que darle sobre los hombres. Lo importante es la mujer.

—¿Por qué?

—El marido la está buscando.

—Comprendo. Iré en seguida a Laredo. ¿Qué debo hacer si la veo?

—Nada.

—¿Nada?

—Es importante que ellos no sepan que los vigilan —dijo Barney—. No deje que sospechen siquiera que usted está interesado en ellos. ¿Puede hacerlo?

—Trataré.

Si no puede, olvídelo.

—Bien, sí. Puedo hacerlo, se lo aseguro. Tendré que cruzar el río y dar unas vueltas por el lado mexicano. No será advertido. ¿Dónde debo encontrarme con usted?

Barney debió estudiar los horarios de aviones antes de llamarlo, pero... ya no tenía remedio.

—Hay una estación de autobuses en Laredo, ¿verdad?

—Al subir la colina, desde el puente.

—Estaré allí mañana a las ocho. Si no aparecemos, búsqenos nuevamente a las diez, y a mediodía.

—Muy bien. Acerca de los honorarios...

—Lo que usted considere que vale. Soy Barney Burgess, de Chicago. Verifíquelo con la policía de Chicago, si lo prefiere. Cargue la llamada en la cuenta.

—No será necesario, Mr. Burgess. Hasta la vista.

Barney condujo hasta el aeropuerto de Midway, dejó su coche en el aparcamiento y se informó de que el avión para San Antonio saldría dentro de cuatro horas. Barney y Ed se quedaron dormitando en la sala de espera hasta que Claire les despertó diciendo que estaban anunciando el vuelo. Barney volvió a dormirse en el momento en que se ajustó el cinturón en su asiento; no despertó

hasta que Claire comenzó a sacudirlo.

—Estamos llegando. Usted es el compañero de viaje más aburrido que jamás he tenido.

—Y usted la más deliciosa —respondió Barney, estropeando la galantería con un bostezo como para desencajar la mandíbula.

Alquilaron un automóvil y se dirigieron a través de una cálida llovizna hasta Laredo. A las 7.30 de la mañana estaban tomando café en un reservado del restaurante de la estación de autobuses. La sala demasiado caldeada adormeció a Barney otra vez; cabeceó varias veces antes de que un susurro lo despertara de golpe.

—¿Barney Burgess?

La voz provenía del reservado inmediato. Barney miró por encima de la división, viendo a un hombre joven delgado de tez olivácea, vistiendo uniforme kaki. Llevaba una gorra roja.

—¿Amado Díaz?

—Soy Díaz, sí.

—No le he visto llegar.

—Nadie ve a un hombre en uniforme; los maleteros usan esto al otro lado del río. —La cara de Díaz se ensombreció—. Pero ha sido una pérdida de tiempo y esfuerzo.

—¿Por qué?

—Esa mujer cruzó por aquí ayer a las diez de la mañana, cinco horas antes de que usted me llamara.

Barney silbó.

—Están volando bajo. Venga aquí y dígame todo lo que sepa.

El joven, entró en el reservado, se sentó al lado de Ed y sacó algunas anotaciones del bolsillo.

—Logré algunas descripciones de los hombres, tomadas de las copias de sus tarjetas de turistas. Había tres: Green, Brown y Garner, Con ellos estaban la mujer y el perro.

Barney leyó las anotaciones cuidadosamente escritas:

- John Green, edad 38, comerciante, protestante, casado, West Faro 1220. Los Angeles. Lugar de nacimiento: Chicago.
- Philip Brown, edad 41, comerciante, protestante, casado, West Faro 1220, Los Angeles. Lugar de nacimiento: Denver.
- Charles Garner, edad 29, vendedor, protestante, soltero, West Faro 1220. Los Angeles. Lugar de nacimiento: Crescent City, California.

—Jamás ha visto tres hombres más claramente falsos —dijo Barney—. ¿No lo husmearon las autoridades?

—Tenían las narices tapadas por los billetes de veinte dólares que les dio cada

uno de los hombres.

—¿Veinte dólares? Podían haberles sacado a nuestros hombres diez veces más.

Díaz levantó sus delicadas cejas.

—¿Sólo por ayudar a una mujer a huir de su marido?

Barney consideró que ahora Díaz no podía hacer nada que alarmara a los secuestradores. Además tenía otro trabajo que encargarle. Así que, brevemente, esbozó la historia del secuestro y los asesinatos. Amado Díaz quedó pensativo.

—Esto duplica la cuantía de mis honorarios, Mr. Burgess. Es un asunto peligroso.

—No haga la cuenta todavía. Tengo otro trabajo para usted.

Barney estudió las anotaciones de Díaz. El coche tenía un permiso de importación temporal a nombre de Philip Brown. Era un Buick negro, modelo 1964, con matrícula de California.

—Quiero que investigue ese coche. Puede haber sido robado. En caso contrario infórmese bien acerca del propietario. Y averigüe todo lo que pueda sobre Green, Brown y Garner con la policía de California. Añada otro nombre a la lista: John Torrance Talbot, altura 6 pies y 3 pulgadas, peso 180 libras, más o menos, pelo negro y... —se volvió a Claire— ¿qué color de ojos?

—Azules —respondió Claire— pero con un matiz de gris, como bruma de humo.

Barney la miró por un momento. Luego se volvió a Díaz:

—Ese es un alias también, pero la policía puede tener un cargo contra él. Averigüe qué vínculos unen a los cuatro. Puede haber una muchacha implicada, llamada Mona. Si usted sabe de alguien conectado con ellos aquí en Estados Unidos, no lo pierda de vista. Me pondré en contacto con usted en su oficina.

El joven asintió.

Barney le indicó a Ed que extendiera un cheque por 500 dólares para cubrir los gastos. Díaz lo cogió y miró a Barney.

—¿Usted planea entrar en México, detrás de ellos?

—Sí.

—Entonces necesitará un permiso especial para su revólver. Yo podría tratar de acelerarle el trámite.

Barney pensó: «Cuando vea al miserable de mi sastre le diré todo lo que pienso. El traje no me ha abierto ninguna puerta».

Díaz le escoltó a través del fárrago burocrático de los permisos para portar armas, lubricando el camino con algunas cuñas. Al enterarse de que Claire tenía un arma, Díaz sugirió que Barney también la llevara. Seguramente se extrañarían, pero Díaz le aseguró que iba a ser más fácil que obtener un permiso para que una mujer portara armas en México.

—Los mexicanos no consideran elegante que una mujer se proteja a sí

misma —dijo Díaz sonriendo—. ¿Y quién soy yo para decir que están equivocados?

A las once ya estaban rodando a toda velocidad por la desértica llanura llena de mosquitos al sur de Nueva Laredo. La ruta era nueva y Barney mantenía el velocímetro alrededor de las 90 millas por hora. El cielo se había aclarado, excepto una bruma baja que atrapaba y retenía el calor del mediodía como un sudario.

—Hasta ahora —dijo Barney a Claire— están siguiendo la misma ruta que tomó el grupo. Debemos suponer que se mantendrán en ella.

—¿Por qué?

—Creo que están buscando algo. Han decidido que ninguno de su grupo lo tiene así es que han regresado a verificar la teoría de que Johnny lo ocultó en alguna parte a lo largo del camino. De cualquier manera, ésta es nuestra hipótesis de trabajo. Claire, necesito que usted piense retrospectivamente y señale todos los lugares donde se detuvieron, cada uno de los atajos que tomaron.

—Muy bien.

El tono de Claire era sombrío y Barney la miró. El labio superior le sudaba; el calor era sofocante dentro del coche. Después de dejar Nueva Laredo, Claire había cambiado su blusa por una especie de corpiño que dejaba su bronceado diafragma al desnudo.

—¿Por qué está tan triste?

—Es este recorrido por el « Sendero del Recuerdo » —musitó Claire—. Es doloroso.

Barney frunció el ceño; la sombra de Johnny Torrance Talbot estaba comenzando a molestarle. Sacó un mapa de México de la guantera y lo arrojó al regazo de Claire.

—Mientras se lamenta por la muerte de su amado, podría ser útil. Marque la ruta que siguieron en el mapa. Ponga una X en todos los lugares en que se detuvo la excursión.

Claire lo miró asombrada. Luego extendió el mapa sobre su regazo, hurgó en su bolso, sacó un bolígrafo y comenzó a marcarlo. De vez en cuando echaba una mirada furtiva al árido paisaje, miraba el velocímetro un poco nerviosa, y volvía al mapa.

Ed se impacientaba en el asiento de atrás.

—Comienza a sentirme como un tercer pie, Barney. No sirvo para nada. ¿No hay algo que pueda hacer?

—Duerma mientras pueda —respondió Barney—. Tendrá que reemplazarme en el volante. No nos detendremos en ninguna parte.

El día se hacía más sofocante a medida que el sol subía. Barney oyó un largo

suspiro a su lado y miró para ver a, Claire desabrochándose la falda y quitándosela por las caderas.

—Espero que no le importe, Barney.

—¿Quiere que los arroje fuera del camino?

—No tiene por qué mirar.

Llevaba unos *shorts* a cuadros debajo de la falda.

—Podría habérmelo dicho —comentó Barney.

—¿Para echar a perder su momento lujurioso?

Barney rió y volvió los ojos a la carretera. Era una chica estupenda, aceptaba las bromas, y era una verdadera mujer. De pronto deseó que no hubiera secuestradores, ni Liz, ni un marido molesto roncando a intervalos detrás de ellos. Lo que los dejaría a él y a Claire, solos en el coche, como en una luna de miel. ¡Mi Dios, pensó, me estoy volviendo sentimental con esta mujer!

—Aquí —dijo Claire cuando se acercaban a un villorrio de adobe—. Esta fue nuestra primera parada.

Barney se detuvo frente a un edificio largo que anunciaba cerveza, gaseosas y souvenirs. Todos los letreros estaban escritos en inglés. Dejando a Ed dormido en el coche, entraron con Claire al lugar. Uno de los lados estaba lleno de anaqueles y cajas colmadas de artesanías mexicanas. Al otro lado brillaba una barra de cromo plateado.

—¿Qué hicieron aquí? —preguntó Barney a Claire.

—Caminar, mirar las chucherías. Algunos tomaron cerveza, los otros tomamos refrescos.

—¿Qué hizo Talbot?

—No lo sé. Todavía no me había fijado en él —se sonrojó— en verdad, no podría decir lo que hizo nadie. Para mí, no eran individuos aún, solo un grupo.

Barney caminó hacia el cantinero de chaqueta blanca.

—«¿No ha visto a tres hombres y una mujer con un perrito?» [3].

El cantinero repitió las palabras de Barney, esperó un momento luego preguntó:

—«¿Cuándo?».

—Ayer por mediodía.

El cantinero se alejó meneando la cabeza.

—«No me acuerdo, señor».

—No recuerda haberlos visto —explicó Barney cuando se abrían paso hacia afuera entre un torrente de pasajeros que habían bajado de un autobús Greyhound—. De cualquier manera no creo que hayan entrado todos. Probablemente uno se quedó en el coche con Liz y el perro.

Cuando ya estaban otra vez en carretera, Claire preguntó:

—Usted habla muy bien el español, ¿dónde lo aprendió?

—Un curso acelerado de seis semanas en la Escuela de Lenguas del Ejército hizo ese milagro. Si uno dice una sola palabra en inglés, le lavan la boca con jabón del ejército.

—¿Y luego, qué?

—Que uno comienza a escupir.

—Me refiero, qué sucedió luego del colegio.

—Me tiñeron el pelo de oscuro, oscurecieron mi cara, y me enviaron a Alemania Oriental.

—¿Alemania, después de aprender el español?

—Los caminos que utilizan los militares están más allá de toda comprensión. Yo simulaba ser un revolucionario cubano.

—¿De veras? .

—Cuando en realidad era un agente ruso que se había infiltrado en el ejército a fin de robar una fórmula secreta para el jabón del Ejército.

—¡Barney Burgess, es usted un charlatán!

Barney se alegró de oírla reír. Johnny Talbot parecía muy lejano.

En Monterrey, le dijo que no necesitaba señalar todos los lugares de la ciudad que habían visitado, salvo que pudiera describir con exactitud los movimientos de Talbot. Puesto que ella no pudo hacerlo, fueron al hotel donde se había alojado la excursión y efectuaron una rápida escapada hasta Horsetail Falls. Pasaron frente a una cervecería y una fábrica de artesanías visitadas por el grupo. Mientras Barney conducía por una larga pendiente hacia Saltillo en el borde de la planicie central, se sintió absurdamente optimista,

—Deberíamos estar acercándonos a ellos —dijo, entrecerrando los ojos por el infernal resplandor del mediodía—. Nosotros buscamos un Buick negro con tres hombres, una mujer y un perro. Si no estoy totalmente equivocado, ellos buscan algo mucho más pequeño.

—Pequeño, ¿como qué?

—Más pequeño que una maleta. Johnny debe haberlo llevado consigo.

Claire se mordió el labio.

—Eso me recuerda algo.

—¿Qué? —Barney se enderezó.

Ella miraba por la ventanilla.

—Nos detuvimos en alguna parte por aquí. Recuerdo haber visto esa colina con la columna arriba. —Señaló un ruinoso muro de adobe a cincuenta yardas de la carretera—. ¡Allí!

Barney apretó los frenos y se arrimó a la cuneta.

—Johnny quiso que nos detuviéramos —continuó Claire— dijo que era una emergencia, y por supuesto todos pensaron... y a se imagina. Se bajó del coche y

se dirigió hacia el muro. Luego volvió corriendo, comentando que necesitaba algo de la maleta. Estaba nervioso mientras el conductor se la bajaba; nadie le miró por discreción. Todavía no nos conocíamos. Luego Johnny tomó su maleta y corrió hacia la parte de atrás del muro. Volvió como veinte minutos después, diciendo que lamentaba la demora y el viejo Maynard Barton salió con esa monserga de las diarreas aztecas...

—¿Volvió Talbot con la misma maleta que había llevado atrás del muro?

—No puedo decirlo. En realidad no me fijé. Parecía bastante lógico. Todos pensamos que tenía algún remedio en la maleta.

—Si era urgente, no hubiera venido a buscarla. ¿Y por qué había de tomar su remedio detrás del muro?

—No lo sé. No es el tipo de cosas que me planteo mentalmente.

Barney bajó del automóvil y se dirigió al muro. No había señales de que lo hubieran visitado recientemente. Un matorral de tunas crecía detrás de las ruinas, bastante grande como para ocultar un coche. Barney trató de imaginar la escena: Algún tipo de señal en el camino, quizás un trapo colgado en un cactus... Johnny iniciando su actuación... un hombre u hombres, esperando detrás de este muro, ya sea para recibir algo de él o para entregarle algo. Pero ahora no había nada más que cactus, espinos y algarrobos.

Barney volvió al coche.

Saltillo se extendía en un anfiteatro de montañas sombrías. El sol era un globo de oro que se iba ocultando. Barney se detuvo en una estación de servicio para inquirir acerca de un Buick negro, modelo 1964, pero el dependiente se encogió de hombros.

La ciudad en sí misma no ofrecía ningún indicio: aquí Johnny había ido al mercado con Rodney Aiken. Ambos estaban ahora muertos; lo que hicieron, perdido para siempre.

Compraron comestibles y luego siguieron hacia el oeste a través de la alta meseta del norte. Claire preparó unos emparedados dentro del automóvil y se los comieron sin detenerse. Ed tomó el volante cuando se puso oscuro y levantaron los cristales para protegerse del aire frío de la noche. Claire se enroscó en el asiento de atrás como un gatito, la falda cubriéndole las piernas y los brazos cruzados sobre el pecho. Barney permaneció despierto comparando el mapa de Claire con la carretera. Había dos puntos marcados: uno era un restaurante en un cruce de carreteras y el otro un caserío de adobe. Ambos estaban a oscuras y cerrados durante la noche. Ninguno podría haber ocultado un Buick negro.

Barney dobló, el mapa, se acomodó en una posición relativamente cómoda y trató de dormir. El dial luminoso de su reloj señalaba las 2 de la madrugada.

El sol estaba alto cuando despertó. El coche se había detenido. Ed apoyado en

el volante fumaba, rendido por la fatiga. El asiento posterior estaba vacío.

—¿Dónde está Claire?

—La llamada de la naturaleza...

Barney miró hacia afuera, hacia los campos y a unas pocas cabañas, con el humo azul surgiendo de sus chimeneas. Un río cortaba el sendero verde a través de la meseta terrosa.

—¿Dónde estamos?

—Atravesamos Torreón hace una media hora. No había una maldita cosa que se moviera. Registré todas las calles en busca de un Buick negro estacionado, pero sin suerte.

Barney gruñó:

—Debió despertarme.

—¿Para qué?

—No hay mucho turistas que viajen por aquí. Los secuestradores son más notorios, pero también lo somos nosotros. Suponga que nos han visto y que ahora vienen detrás de nosotros.

—¡Demonio! ¡Pero ellos no nos conocen! —protestó Ed.

—Pero un automóvil, recorriendo las calles al alba, evidentemente buscando... —sacudió la cabeza—. Bien, ya no tiene remedio, pero no lo haga otra vez, Ed.

Barney encendió un cigarrillo y esperó irritado; estaba tenso y disgustado. Por fin dijo:

—Esa muchacha debe haber encontrado un salón de belleza. —Descendió del coche se despegó y se dirigió hacia un grupo de pimenteros a un costado del río. El lecho de rocas tenía cien yardas de ancho pero la corriente seguía un canal serpeante que no tenía más de veinte pies de lado a lado. Encontró a Claire donde el río daba vuelta, bajo los árboles. Sus ropas estaban a un costado del agua. Estaba arrodillada en el agua que apenas le llegaba a los muslos, sin mirar a nada.

—Su coche la espera, *madame*.

Claire dio un salto y lanzó un grito.

—Debo haber estado soñando despierta. —Entonces recordó que, estaba desnuda. Barney fue recompensado con un repentino rubor que le cubrió todo el cuerpo; Claire hizo un frenético intento de cubrirse con sus manos, volviendo la espalda.

—Parece una virgen —dijo Barney.

—¡Maldito, sea! Alcánceme la ropa.

—¿Olvida usted que es así como nos conocimos? Hemos pasado por todo eso antes, incluyendo el agua.

—Bien, ¡entonces salga de aquí!

—Mire, querida —gruñó Barney— he visto cueros crudos antes. Si quiere que

me marche, me marcharé.

—¡Usted es un gruñón! —lanzó una carcajada—. Me sentía tan acalorada y sudada en el coche ayer... estoy acostumbrada a bañarme todos los días. De veras, es así...

Barney se sentó en una roca y se quitó los zapatos y los calcetines y se internó en el agua para alcanzarle la ropa. Claire permaneció de espaldas en una actitud de sumisión curiosamente atractiva.

—¿Qué le doy primero?

—¿No lo sabe?

—Conocí una muchacha cierta vez que lo primero que se ponía era el sombrero. Otra...

—No importa, deme la *culotte*, por favor.

Se la alcanzó por encima del hombro, dejando que sus dedos se demoraran sobre su piel fresca. Ella se la puso con facilidad y dejó que el elástico se ajustara suavemente alrededor de su cintura.

—¿Y ahora...?

—Parece que se está divirtiendo, ahora deme los *shorts*.

Se los tendió. Y ella se los puso, trastabilló y hubiera caído si él no la hubiera sostenido del brazo.

—¿Ahora el corpiño, verdad? .

—¡Experto...! —sonrió ella.

Deslizó los brazos por las hombreras e intentó abrocharlo en la espalda.

—Yo lo haré —se ofreció Barney.

Ella dejó caer las manos y permaneció quieta mientras Barney trataba torpemente de prenderlo. La hizo dar vuelta... ella se puso rígida.

—Barney... es demasiado pronto...

—Nunca es demasiado pronto, en cambio con frecuencia es demasiado tarde.

—Precisamente estaba pensando en Johnny y en mí en aquella laguna de la jungla. Me siento muy lastimada, Barney.

Barney la sacudió.

—Maldita sea, ¡él está muerto y tú estás viva!

—Más o menos.

—¿Quieres estar muerta?

—Algunas veces.

La sacudió de nuevo.

—No me harás creer eso. Su muerte no te impidió trabajar. No impidió que corrieras por todo el medio oeste tratando de salvar tu vida. Casi me disparaste un tiro para lograrlo. ¡Quieres vivir tanto como cualquiera!

Claire levantó su rostro hacia él suspirando. Sus ojos verdes estaban inexpresivos y vacíos.

—¿Quieres apostar?

Él la atrajo hacia sí y se inclinó hacia sus labios. Eso fue todo, un contacto de los labios. Ella no hizo nada ni para impedirlo ni para colaborar.

La apartó.

—¿Lo ves, Barney?

—No te molestaré de nuevo.

Caminó hacia la orilla, se secó con el pañuelo, se puso los zapatos y volvió hacia el coche. Esperó hasta que Claire apareciera y subiera a la parte posterior del automóvil y entonces arrancó sin mirarla.

Una hora después Barney vio un trío de buitres. Se alejaron volando cuando pasó el coche.

—Bogus —exclamó Ed.

—¿Quién?

—¡El perro de Liz!

Barney consiguió detener el coche cien pies más adelante. Retrocedió y Ed saltó del coche. La disección se había producido rápidamente en el aire seco y cálido; los buitres habían cumplido su trabajo. Ed no tocó el perro. Lo movió con el pie. Cuando volvió al coche, parecía tan muerto como el perro.

—Le han volado la mitad de la cabeza. Parece como si hubiera sido un balazo en la nuca. Como al conductor de St. Louis —hizo un gesto de desaliento—. Sigamos, Barney. No tiene objeto enterrar lo que queda.

Barney condujo en silencio. Luego de cinco minutos, Ed angustiado preguntó:

—¿Qué demonios significará esto?

No había manera de explicárselo con rodeos.

—Significa que ahora que han cruzado la frontera ya no necesitan de la buena disposición de ella. ¿Qué otra cosa podría ser? —replicó Barney.

—Sí —comentó Ed con un tono desalentado—. ¿Qué otra cosa...?

Barney comprendió que Ed había equivocado el sentido. ¿Qué otra cosa le estaban haciendo a Liz? ¡Pobre tipo...!

—Por lo menos —era Barney quien hablaba— sabemos que seguimos la pista correcta.

Media hora más tarde se detuvo en una estación de servicio de PEMEX en la aldea de Cuencamé, a mitad de camino entre Torreón y Durango. El dependiente era bajo y moreno, con un bigote cayéndole a los lados de la boca.

—¿Tres hombres?

—Sí.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Buick negro? ¿Sesenta y cuatro?

—Entonces sí. Pasaron por aquí ayer.

—¿Ayer? ¿A qué hora? —Se volvió hacia Ed, que tenía dificultad para permanecer tranquilo—. Estuvieron aquí ayer. Estoy tratando de averiguar a qué hora. —Volvió a preguntarle al hombre—. ¿A qué hora pasaron?

El hombre pensó y le dijo que le parecía que alrededor de las dos de la tarde. Lo recordaba bien por la forma extraña en que habían actuado los hombres. Primero el Buick se había detenido frente a los surtidores, y dos de ellos se habían dirigido al cuarto de aseo. Cuando volvieron fue el tercero. La mujer no se bajó, trajeron una botella de Coca-Cola al coche. El empleado supuso que estaba, enferma, porque la habían arropado en una manta a pesar del tiempo caluroso. Una bufanda le cubría la cara.

La tienen atada y amordazada, pensó Barney.

Le dio al dependiente diez pesos y volvió al coche, sin decirle a Ed una palabra sobre la conclusión a que había llegado.

—Todavía la están tratando bien —comentó cuándo estuvieron de nuevo en la ruta—. Le trajeron bebida fresca.

—No morirá de sed —respondió Ed con amargura— antes de que la violen y le corten el cuello.

Barney mantenía los ojos en la carretera. El único consuelo que podía ofrecerle era que estaban acortando distancia. El otro coche sólo les llevaba dieciocho horas de ventaja.

Claire dijo que recordaba bien el viaje anterior entre Durango y Mazatlán; durante ese período, Johnny Talbot no se había alejado de su vista. Pasaron rápidamente por Durango, luego de prisa por El Salto, y ascendieron por la impresionante cima de la Sierra Madre a media tarde. Al atardecer se detuvieron en una estación de servicio en el cruce de caminos donde la ruta de montaña intercepta el camino de la costa. Al norte estaba Mazatlán, al sur San Blas.

—Trataremos de ahorrar tiempo; —le dijo Barney a Claire, que estaba cumpliendo su turno en el volante— bajaremos a preguntarle a aquel hombre si sabe hacia dónde se dirigieron.

Barney y Ed bajaron del coche y entraron. El administrador se mostró displicente. Había visto muchos Buicks negros con patentes de California; esta era, después de todo, la ruta costera principal entre California y la ciudad de México. ¿Los señores necesitaban gasolina? Si no era así, sería mejor que se apartaran de los surtidores para poder atender a otros coches.

—Insolente —murmuró Ed mientras subía al asiento de adelante al lado de Claire.

Barney gruñó y se sentó al lado de Ed. Golpeó la puerta al cerrarla y se fijó en Claire. Ella miraba hacia adelante con fijeza, como si estuviera en trance.

—¿Qué te pasa?

Una voz masculina habló desde el piso entre los asientos.

—No se vuelvan. Tengo una cuarenta y cinco apuntando al cuello de la dama.

La voz no traslucía emoción alguna. Este hombre era un profesional. Podría matar al más mínimo pretexto.

—¿Han entendido? Nadie se mueva, nadie hable —se aclaró la garganta—. Bien, señora, ponga en marcha el motor y diríjase a la carretera.

Claire maniobró con lentitud. Dio el contacto y puso la palanca en velocidad. Al soltar el pedal del embrague el coche dio un salto.

—No vuelva a hacer eso —dijo la voz—. Tengo el dedo en el gatillo. Si da un salto, se disparará y el tiro le dará en la espalda. ¿Comprendido? —Como Claire no respondió él la conminó— ¡respóndame!

—Sí. —La voz de ella chirrió como un gozne enmohecido.

—Bien, entonces andando.

Ella condujo con las manos apretadas sobre el volante. En la intersección aminoró la marcha y se pasó la lengua por los labios.

—¿Hacia qué lado?

—Al sur. Póngalo en cuarenta millas y manténgalo en esa velocidad. Ya le diré dónde debe dar la vuelta.

Claire llegó a las cuarenta y se mantuvo ahí.

El hombre rió.

Barney pensó, si su gatillo es tan sensible como dice ese maldito cualquier movimiento repentino podría matar a Claire y provocar un desastre que nos mataría a todos incluyéndolo a él. Era indudable que planeaba deshacerse de sus cautivos en el primer camino lateral. De manera que cuando Claire aminorara la marcha... No tendría nada que perder si le hacía frente al arma a último momento.

Oyó un crujido cuando el raptor volvió a subir a su asiento. Barney levantó los ojos al espejo retrovisor. El hombre tenía una cabeza grande y redonda; el pelo color ratón con grandes entradas. La piel parecía una fruta de cera. Era joven, menos de treinta años. Barney pensó que debía ser Garner. Sus gafas con armazón de plata enmarcaban unos ojos grisáceos no más expresivos que un reloj. Por un instante sus miradas se encontraron.

Un rugido llenó el coche y el espejo estalló. Barney sintió un punzante dolor en la frente y en la mejilla. Miró a sus compañeros; Ed Tollman con los ojos fijos

hacia adelante temblaba como un perro mojado. Claire luchaba con el volante.

La voz dijo:

—Conserve los ojos fijos adelante, muchacho. La próxima vez que se haga el listo, le arranco una oreja de un disparo.

Barney sintió la sangre caliente goteando en la comisura de la boca. Se acumulaba entre los labios, luego bajaba y goteaba de la barbilla. No hizo ningún movimiento para limpiarla. Al maldito le gustaba tirar del gatillo.

El automóvil estaba saturado de olor a pólvora y a sudor nervioso. Claire había recuperado el control y mantenía el velocímetro exactamente en los cuarenta. Se había comportado bien bajo la amenaza del arma, pensó Barney. La enviaba. Ella por lo menos tenía algo que hacer.

—Lo he hecho con habilidad, ¿no es así? —comentó el hombre riendo—. ¿Tienen idea de quién soy?

—Garner —respondió Barney.

—¡Bien, maldito sea! De manera que usted es el listo. Tiene razón, camarada. Soy Garner. ¡No se mueva!

Barney se quedó rígido al sentir que Garner se levantaba y le metía la mano dentro del bolsillo interior de su chaqueta. Le quitó el arma y la billetera con habilidad. Luego exploró los bolsillos de Ed Tollman, y tomó el bolso de Claire que estaba entre ella y Ed.

—Llevan ustedes mucha ferretería —dijo Garner— ¡como si anduvieran de caza! —rió como si se tratara de una broma ingeniosa—. ¡Bien, Claire English! Esto me resulta agradable. Pensaba que estaba bajo tierra, Claire, También Edward Tollman, el fiel marido de Liz, y Barney Burgess, detective privado, ahora en su último caso. ¿Hay alguien más en este safari? No se molesten en responder.

Andaban por un terraplén muy alto cruzando una zona llana de matorrales. El sol poniente pintaba las nubes de un rojo intenso. Barney oyó el crujido de los resortes del asiento cuando el hombre se inclinó.

—Les miro a ustedes, patanes y siento algo parecido a la envidia, pronto va a aclarárseles todo el misterio... la vida, la muerte... todo. Y usted, Burgess, ¿cómo se siente?

Barney se sentía con la cabeza vacía y furioso, como si profesionalmente se hubiera introducido en un escenario donde se representaba una obra en la que nadie conocía sus papeles y todas las actitudes eran de amateurs.

—Tengo curiosidad —dijo Barney—. ¿Cómo, nos ha localizado?

—Todavía trabajando, ¿eh? Como las muchachas en Pompeya que continuaban realizando sus tareas hasta que las cubrió la lava. ¡Admiro el espíritu!

De manera que Garner no era un criminal ordinario. A pesar del latido en su oreja, Barney se preguntó quiénes eran este hombre y sus compañeros. Parecía

una asociación curiosa.

—¿Quiere que se lo cuente? —preguntó Garner como si estuviera divirtiéndose—. Mis socios estaban viendo fantasmas. Veían enemigos debajo de cada alcantarilla. De manera que yo me separé en Durango para asegurarme de que no nos seguían. Vi este coche, con un hombre y una mujer adelante y otro hombre detrás. Curiosa combinación, dos hombres y una muchacha; no es el tipo corriente de turistas. Así es que tomé un taxi y miré de cerca al hombre que estaba en la parte de atrás y reconocí a Tollman por un retrato que llevaba su mujer. Dejé el taxi y alquilé un coche frente al hotel... algún turista de Oregón estará denunciando un maldito crimen a la policía en este mismo momento. Les he visto en la estación de servicio, allí arriba, en las montañas, y entré en escena. Estaban verificando todas las estaciones de servicio. Muy listos, pensé, porque el Buick consume mucha gasolina. Subí a las montañas y me detuve en aquella estación de servicio que dejamos. El administrador se imaginó que estaba loco cuando le deslicé un billete y le dije que no echara a perder mi broma. Estaba seguro de que ustedes se detendrían allí para obtener información. Y, en consecuencia... caí sobre la damita, y aquí estoy. Y aquí están ustedes.

Los otros no sabían que ellos les seguían, pensó Barney, y estaban inquietos. Eso significaba que Liz Tollman no corría más peligro que antes... ¿pero cuánto peligro era? De algo estaba seguro: si Garner lograba matarlos, Liz también moriría.

Barney pensaba ahora con gran claridad; el latido había cesado. Estaba oscureciendo; con la oscuridad se presentarían oportunidades que eran demasiado arriesgadas a la luz del día. El asunto era, entonces, hacer hablar al asesino.

—¿Quién mató al perro?

—Uno de mis compañeros. Green tiene úlcera y es un caso nervioso grave. No puede soportar el ruido ni la espera. Estaba convencido de que Liz nos estaba conduciendo por una pista equivocada. —Volvió a reír— ¿Eddie, supongo que no le molesta que la llame Liz? Hemos estado juntos tanto tiempo, que tenemos una relación en cierto aspecto informal, casi íntima, podríamos decir.

Ed se estremeció al lado de Barney, luego deliberadamente se relajó. Barney lo aplaudió en silencio; Ed ya estaba listo para entrar en acción, pero bajo control. Eso significaba que, cuando llegara el momento, podría contarse con él.

—¿Pero por qué han matado el perro? —insistió Barney.

—Green comenzó a darle bofetadas a Liz, aún cuando sabía que ella había dicho la verdad. Sólo la estaba castigando porque a él le dolía el estómago. El perro se soltó y mordió a Green. Dejamos que matara el perro. ¡Qué diablos... Lo calmó por un rato!

Liz en un coche con tres locos. Una pesadilla. Se alegraba de que no fuera su mujer. Podía imaginar lo que estaba pasando en el interior de Ed Tollman.

—¿Los otros asesinatos también calmaron a Green?

—Oh, fui yo quien los hizo. Deténgase aquí, Claire.

Claire frenó cuando se aproximaban a un camino de tierra que interceptaba la carretera. Barney sintió un frío en la espina dorsal; todavía no estaba bastante oscuro. Dos peones aparecieron por el camino con burros cargados de plátanos.

—Siga conduciendo —ordenó Garner; Barney se sintió mejor.

Comenzó a hacer trabajar sus músculos sin moverse, contrayéndolos y aflojándolos, preparándose.

El camino se apartaba de la costa y ascendía por las estribaciones de las colinas. Garner continuaba hablando en un tono amistoso que le dio qué pensar a Barney. El hombre parecía bastante sensato, pero en cualquier momento podría correrse la cortina para revelar su retorcida psicología. Barney trató de analizar el tipo de alteración; no se atrevía a hacer su juego sin saber cómo reaccionaría Garner. Pero no podía llegar a ninguna conclusión por la forma en que actuaba.

Garner se sentía bien. La gente siempre se había apartado de él antes de descubrir cuán lleno de amor estaba. Solo en un momento como éste, cuando tenía un arma en la mano, podría retener su atención y convencerles de que era su amigo.

—¿Usted los mató? —preguntó Barney con cara ceñuda—. ¿A la pareja de ancianos, aquellos de Colorado, al conductor, a todos ellos?

Garner se preguntó si el detective lo había captado. Algunas personas advertían que formaban parte de su fantasía, y eso los hacía reales, tan reales como él mismo.

—A todos ellos —respondió Garner con amabilidad.

—Pero ¿por qué?

¿Por qué? Eso probaba que el detective no había intuido nada, y Garner se sintió apesadumbrado con la disipación de su fantasía. La fantasía destruía los temores que habían aherrojado su vida. Temor de no poder graduarse en la escuela de farmacia... temor de perder su trabajo en la droguería... temor de que otros pensionistas hurgaran en su habitación mientras él estaba trabajando. La fantasía había comenzado cuando la muchacha entró con una receta falsificada, pero era tan hermosa que él se la preparó a pesar de todo. La muchacha volvió varias veces; él no había dejado de pensar en ella... la próxima vez le pediría que saliera con él. Pero la oportunidad nunca se presentó. La policía le arrestó, ella dio su testimonio en el juicio y él fue condenado a dos años. En su fuero interno se encontró una vez más desdeñado y condenado a asociarse únicamente con otros traficantes. Y hasta ellos se burlaron de él, por haber sido un estúpido. Pero Garner escuchó y aprendió a mezclar los alcaloides y se formó una clientela. Descubrió dónde obtener heroína pura y dónde estaban

los hombres que proporcionaban el capital siempre que algún otro corriera el riesgo. Y pensaba: ¡Por Dios que lo lograré!

Conoció a Green y a Brown cuando salió de la prisión. Fumaban grandes cigarros y vestían trajes que desde lejos se advertía que estaban hechos a medida. Pertenecían a *country-clubs*, y tenían casas de verano y mujeres elegantes y mandaban a sus hijos a colegios particulares. Ellos le despreciaban, pero a él no le importaba. Eran capaces de jugarse cien mil dólares en una apuesta si tenían la oportunidad de ganarse un millón; eso era lo que importaba.

—Pero entonces —dijo Garner a sus nuevos amigos—, vi la forma de evitar el riesgo para mí mismo. Conocí a un individuo joven en la playa que había cumplido una condena por robar un automóvil. La droga estaba aquí en México; todo lo que el muchacho tenía que hacer era entregar el dinero y recoger la droga. Hablaba español... me parece que lo había criado un matrimonio mexicano en California...

—¡Johnny...?, no sabía que... —súbitamente Claire calló. Su pelo estaba recogido en la parte superior de la cabeza, pero algunos cabellos se le escapaban como hilos de oro. Garner sintió una humedad en las palmas de las manos, se acercó y tocó el pelo con sus dedos. Luego le pellizcó el cuello... al principio con suavidad, después con fuerza. Sintió que la piel de la muchacha se erizaba, pero ella no se movió. Garner se acercó un poco más y le deslizó la mano dentro de la blusa, entre los pechos. El corazón de Claire latía contra la palma de su mano. La retiró. Este no era el momento; el detective estaba atento. Una vez estuviera muerto el detective, Garner conseguiría que ella le deseara, como debió de desear a Johnny Talbot.

Garner había estado esperando detrás del muro de adobe. El tocadiscos estaba oculto por los cactus; dentro de él estaba la nevera portátil en la que había introducido el dinero en México. Estaba esperando con el dinero guardado en una maleta idéntica a la que Johnny había llevado. Entonces, Johnny apareció caminando por detrás del muro. Depositó su maleta y abrió la otra.

—Está todo ahí, —dijo Garner—y más vale que vuelvas cuanto antes con los turistas.

—No le importa esperar —respondió Johnny—, los tengo a mi disposición. —Rió y terminó de quitar los cerrojos de la maleta—. Un par de papeles de estos son un montón de dinero. Va a ser un hermoso viaje. —Johnny encendió un cigarrillo, y se puso en cuclillas a mirar el dinero—. ¿Supongo que no se te habrá ocurrido quedarte con esto y mandar al diablo la compra de la droga...?

Garner recordó los ojos de Green y de Brown, cuatro pedazos de piedra.

—No lo disfrutaríamos por mucho tiempo. Mejor es que hagas lo que debes hacer.

Johnny recitó en un tono aburrido:

—Seguiré con el grupo hasta que lleguemos a Cuernavaca. Desde allí llamaré por teléfono al número que me has dado y concertaré el encuentro. Me entregarán la nevera portátil blanca y yo les daré la verde. La traeré de vuelta y me encontraré contigo en la estación de Monterrey. Colocas la droga en la nevera portátil y lo pasas a través de la frontera. Y eso es todo.

—Correcto.

Johnny lo miró de soslayo.

—Haces que parezca bastante complicado. ¿Por qué?

Garner no respondió. La verdad era que tenía miedo de tocar la droga. Un aduanero había dejado pasar la nevera, sin saber que el aislante había sido reemplazado por dinero. Otro lo sacaría, también ignorante del hecho de que había 25 libras de heroína pura entre las paredes esmaltadas. Sólo dos veces tendría Garner que tocar la droga: para ponerla en la nevera y cuando se la entregara a Brown y a Green.

En Monterrey la nevera portátil había permanecido en el apartamento de Garner, desconectada y vacía durante tres semanas. Luego éste había ido al lugar convenido, en la estación de autobuses. Esperó durante tres días; y para evitar sospechas del hombre que vendía los billetes paseaba de un lado, a otro, fuera de la estación.

Pasó una semana.

Visitaba la estación dos veces al día.

La mayor parte del tiempo permanecía echado en la cama mirando el cielo raso, viendo los ojos como piedras de Green. « Si se te ocurre la idea de quedarte con este dinero, Garner, puedes olvidarte de ello. No lo disfrutarías mucho tiempo». Brown observaba en silencio. Brown hablaba rara vez. Su silencio era peor que las amenazas de Green.

Era obvio que Talbot no vendría.

En un momento de pánico, Garner telefoneó al contacto, quien le dijo que Johnny había sido atropellado por un autobús en San Juan del Río. Garner lo verificó con la agencia de turismo, que confirmó la historia. Durante dos días permaneció en un hotel de San Antonio, sin saber qué hacer. No podía comer ni dormir, no hacía más que sudar. El tercer día se encontró mirando hacia la calle, ocho pisos más abajo. Pero luego pensó: Siempre estoy a tiempo para eso. Entrevistarme con Green y Brown no puede ser peor que suicidarme.

Los buscó y les, dio la mala noticia.

—¡Estúpido! —vociferó Green—. El mexicano te ha engañado. ¡Se ha quedado con el dinero y ha matado al muchacho por añadidura!

Garner volvió a México con Green y Brown y buscó al contacto. Juan Santoza no parecía mexicano; era muy alto rubio y de ojos azules, de finas y aristocráticas facciones. Miró el 45 en la mano de Green, se encogió de hombros

y salió caminando del bar delante de los otros.

—Jamás he visto el dinero —dijo en inglés cuando estuvieron en el automóvil—, no me lo ha enseñado ni una sola vez, a pesar de que he estado con él en tres ocasiones.

—Cuéntenos qué sucedió —gruñó Green. Brown estaba en el volante; el mexicano sentado a su lado. Green y Garner detrás de ellos, Green sosteniendo la automática.

—Me encontré con el *señor* Talbot en Cuernavaca, como se había planeado —dijo Santoza—. No tenía el dinero; deseaba arreglar un segundo encuentro para el intercambio. «Muy bien» le dije, y sugerí la ciudad de México. Pero una vez más falló en traer el dinero. Dijo que tenía miedo de que yo tuviera amigos esperando y de que cogiéramos el dinero sin darle nada en cambio. Entonces le propuse que eligiera el lugar. Quedamos en que sería San Juan del Río en tal y cual momento. Fui allá y nos encontramos por la mañana temprano. Tampoco había llevado el dinero.

—¿Y usted había llevado la droga? —preguntó Green.

—¿Después de fallar dos veces en traer el dinero? Él no confiaba en mí, así es que yo no confié en él. Talbot me dijo: «Deme la droga y yo le daré una llave del lugar en donde está el dinero».

Respondí: «Permítame ver la llave». Me dijo que no la había traído. Pero que tenía algo que me conduciría al lugar donde había ocultado la llave.

—Eso, señores —continuó—, era demasiado. En cierto momento debe afrontarse un riesgo. Le dije que si me daba la llave y me decía dónde había ocultado el dinero, le daría la droga. Desde luego, no pensaba dársela hasta tener el dinero, pero, eso no se lo dije. Talbot ofreció llevarme a donde estaba la llave, pero que antes debía despedirse de una mujer.

—Cuando se fue —continuó Santoza— le seguí. Vi cuando lo atropelló el autobús, y aprovechando la confusión lo registré. No encontré nada en sus bolsillos. Fui al hotel donde se había hospedado en Tula y supe que se había mudado sin maleta alguna. Supuse que alguno de los otros turistas tenía su equipaje. Volví a buscarlos pero se habían ido. Yo no podía entrar en los Estados Unidos. Vendí la droga a otro comprador y traté de olvidar el asunto. Esa mujer de quien iba a despedirse era evidentemente de su confianza. Ella tenía el dinero, *señores*; no sé cómo, lograrán recuperarlo, pero les deseo buena suerte.

Green miró a Brown cuando el mexicano concluyó su historia. El hombre silencioso hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No le creemos —dijo Green.

—¡Es verdad, lo juro!

Brown detuvo el coche en una oscura entrada de automóviles, y Green ordenó a Garner que cambiara de lugar con el mexicano. Cuando Garner pasó al asiento delantero, Green le entregó la pistola. El peso de la misma sorprendió a

Garner; nunca había tenido una pistola en sus manos. Apoyó el 45 en el respaldo del asiento y observó a Green golpear el rostro del mexicano con sus pesados puños. *¡Oh! El brillo de la sangre, el chasquido de los nudillos sobre la carne.* Garner se estremeció de excitación.

—Señores —boqueó el mexicano—. ¡No puedo cambiar mi historia porque es la verdad!

Green sacó una navaja de su bolsillo y la abrió.

—¿Sabe lo que voy a hacerle?

,—No...

—Quítese los pantalones y lo sabrá.

Los ojos del mexicano giraron en sus órbitas. Su rostro estaba empapado de sudor.

—*¡No por favor!* ¡Preferiría morir! —sus ojos imploraron a Garner—. Por favor, no les deje...

Fue entonces cuando Garner sintió el golpe del 45 contra la palma de su mano y escuchó un rugido que lo ensordeció. Un chorro rojo brotó y empapó todo. El cuerpo, del mexicano cayó como un árbol tronchado, sobre el regazo de Green. Green lo miró con fijeza y luego apartó con brusquedad el cuerpo. Cayó entre los asientos.

—¿Por qué has disparado?

—Santoza no sabía nada —respondió Garner.

—Estaba asustándolo, nada más. Pedazo de idiota. Devuélveme la pistola.

Garner lo miró preguntándose porqué había tenido miedo de Green. Pero eso había sido antes de haber notado el 45 saltar en la palma de su mano, y ver a un hombre vivo convertirse en un montón de carne.

—Me quedaré con la pistola: —¿Tenía la voz más fuerte o era sólo su imaginación? Se sentía como un gigante.

—No se te puede confiar eso. ¡Dámela, estúpido!

Garner dirigió el cañón hacia la bulbosa nariz de Green.

—No vuelva a llamarme estúpido. Estoy cansado de eso. —Apretó el gatillo. La bala hizo volar el sombrero de la cabeza de Green saliendo por la ventanilla posterior. Green cayó hacia atrás en el asiento, con los ojos despavoridos. Garner movió el arma cubriendo a Brown—. ¿Quién es el jefe, ahora?

Green miró a Brown quién asintió.

—Muy bien, —espetó Green—. Eres el jefe, ¿y ahora qué hacemos?

—Enderece para el campo. Arrojaremos a este mexicano y luego registraremos su casa. Si no encontramos nada volveremos a los Estados Unidos. Tengo una idea. Estoy lleno de ideas...

No encontraron el dinero entre las pertenencias del mexicano. Volvieron a los

Estados Unidos. La docilidad de sus compañeros no engañó a Garner; sabía que pensaban matarlo cuando encontraran el dinero y ahora tratarían de matarlo por puro placer. Con la 45 siempre en la mano no sentía temor. Qué cosa más fabulosa era el poder. Nunca se había sentido tan fuerte. Podría matarlos. ¡Podría matar a cualquiera!

En la agencia de turismo esperaron hasta que el conductor Kiddoo se marchó en su *limousine*. Garner mandó a Brown que se detuviera junto al camino, en un lugar desierto. Obligaron a Kiddoo a detenerse y bajar de su coche. El hombre montaña no era nada, una simple masa de gelatina aterrorizada. ¡Qué diferencia establece una pistola! Casi se desplomó cuando Garner le apuntó. Hizo que subiera al coche de ellos y Brown condujo hasta donde Garner le indicó que se detuviera. Todos descendieron del automóvil y Kiddoo, Green y Brown le precedieron por una callejuela.

—¿Lo estás secuestrando? —preguntó Green a Garner, con respeto.

—Puede ayudarnos:

—¿Este hipopótamo? ¿Qué puede hacer?

—Puede decirnos quién era la preferida de Johnny durante la excursión a México ¿Puedes hacerlo gordito?

El conductor se lo dijo, con las mandíbulas temblando.

Aquella noche se dirigieron a St. Louis, al estudio de Claire English. Ella no estaba. Discutieron acerca de dejar alguno para esperarla, pero nadie quiso separarse de los demás por si se encontraba el dinero. Así que se llevaron algunas cosas para hacer que pareciera un robo... el archivo de fotos, que según Green, ayudaría a identificar a los miembros de la excursión. Volvieron a San Antonio y sustrajeron de la agencia los nombres y direcciones. Garner sabía que tenía que continuar en movimiento; cada vez que se detenían, Green y Brown se volvían más ásperos y él sentía que su dominio se relajaba. Al interrogar más a fondo a Kiddoo se enteró de que Johnny no había visto a Claire el día en que fue muerto, ni se le había acercado el día anterior. Pero Johnny parecía haber cultivado la amistad de una vieja, Mrs. Barton. Garner sólo podía concebir una razón para que Johnny se dedicara a una mujer de sesenta años: quería que le hiciera algún favor... que ocultara o pasara de contrabando alguna cosa a través de la frontera. A Brown y a Green les pareció lógico así es que marcharon a Colorado. Garner simuló ser un pariente de Johnny y, con el conductor, se aproximó a la casa y pidió ver los recuerdos que los Barton habían traído de México.

—¿Desea ver las cosas que trajimos de México? —preguntó el anciano—. Cómo no, esperen un momento.

Un minuto más tarde apareció en la puerta con una escopeta apuntando el estómago de Garner.

Ahora muchachos, lárquense por ese camino. Usted no es pariente de Johnny ni sé le parece en lo más mínimo. Usted se parece a algo que se arrastra cuando

sale debajo de una piedra. Kiddoo, aquí presente, parece estar a punto de vomitar. ¡Largo, los dos!

Al volverse para marcharse, Garner sintió de nuevo el sabor de la antigua desesperación. ¡Derrotado por un viejo! Los otros se volverían contra él. Pero entonces empuñó la pistola.

—¡Cállense la boca! —gritó cuando empezaron a hacerle preguntas.

Se sentó en el automóvil con la automática sobre las piernas y esperó a que oscureciera. Cuando oyó que el coche de los Barton salía retrocediendo de la entrada de automóviles de su casa, hizo que Brown condujera hasta donde la carretera describe una curva a través de un profundo paso en la montaña. Cuando llegaron los Barton le dijo a Brown lo que debía hacer; le hubiera gustado hacerlo personalmente, pero no podía conducir y mantener al mismo tiempo la pistola.

—¡Ahora! —le ordenó a Brown y éste torció el volante con violencia mientras seguían al lado. Garner vio a la anciana mirando fuera de la ventanilla: Su pelo gris estaba recogido en un moño en la nuca. Parecía muy asustada. Entonces el automóvil de los Barton saltó por encima de la valla y Kiddoo vomitó sobre el asiento de atrás.

—¿Y para qué hiciste eso? —preguntó Green;

—Ahora no podrán hablar —respondió Garner.

—Desde luego; pero tampoco podrán hablar con nosotros.

—Podemos registrar su casa, ¿no es así?

Pero la búsqueda tampoco dio ningún resultado.

Garner sentía la necesidad de seguir andando. La mujer de Chicago, dijo Kiddoo, también se había mostrado amiga de Johnny. Allí se dirigieron y estacionaron en la calle donde se encuentra el apartamento de los Tollman, y esperaron hasta que Liz Tollman se dirigió al edificio.

—¡Ahora, andando! —ordenó Garner, apoyando su pistola en la espalda del conductor—. Ya sabe lo que tiene que hacer.

Garner se quedó detrás de un árbol observando a Kiddoo aproximarse a la muchacha en el vestíbulo. Ella pareció sorprendida mientras el conductor gesticulaba. Con el ceño fruncido, dejó la bolsa de pan y le acompañó afuera.

—¿De qué se trata, Elbert? —preguntó ella—. ¿Qué tipo de problema...?

Vio a Garner cuando avanzó desde atrás del árbol. Abrió la boca, pero él la asió mientras Green se acercó del otro lado y cogió el perro. Garner aspiró su perfume y pensó. A ésta no debo matarla. Pero ella era fuerte y se estaba liberando cuando Brown la golpeó detrás de la oreja con una linterna. La muchacha se desplomó y Brown se agachó para levantarla.

—Apártese de ella —gruñó Garner—. No vuelva a tocarla con sus sucias manos.

Recuperó el sentido cuando salieron de la ciudad. Garner le dijo que haba

dejado a un hombre vigilando su apartamento; sólo tenía que hacer una llamada telefónica y su marido moriría. La muchacha insistió en que no sabía nada de los asuntos, privados de Johnny Talbot; Garner simuló llamar por teléfono y ella lloró y suplicó para que le creyeran. Garner decidió que estaba diciendo la verdad. Y esa vez Green y Brown estuvieron de acuerdo.

—¿Y ahora, qué?—preguntó Green. No nos sirve para nada.

—Nos sirve de rehén—respondió Garner.

—Tenemos a Kiddoo.

—Una mujer es mejor que un hombre.

—¡Estás loco! —Green estaba pálido—. Dos secuestros, dos asesinatos... —De pronto su palidez se volvió amarilla y se apretó el estómago—. ¡Y ahora mis úlceras! Nos estás arrastrando a un verdadero desastre, maldita sea. —Sus ojos ya no eran como piedras, revelaban sufrimiento. Brown se mantuvo en silencio, pero tampoco era el de antes. Garner jamás se había sentido tan poderoso y confiado.

—Volveremos a St. Louis —dijo—. Su amiga ya debe haber regresado.

En el camino, el gigantesco Kiddoo volvió a vomitar. Liz Tollman le refrescó la cara con un pañuelo mojado y trató de calmar sus temores, pero el conductor sólo atinaba a lamentarse. Garner de pronto decidió liquidarlo. La hermosa muchacha le estaba dedicando toda su atención.

En St. Louis dejaron a Liz en el coche con Brown; ella se conduciría bien mientras pensara que tenían a su marido como rehén. Claire English todavía no había llegado, pero en el anotador de su oficina Green encontró varios números de teléfono. Uno era el de los Barton, en Colorado; otro el de Tollman, en Chicago. También había direcciones de Indianápolis y Detroit.

—Esa muchacha está sobre nuestra pista —gruñó Green.

—Pues iremos a Indianápolis. Primero, echemos otro vistazo.

Garner llevó consigo al conductor. El gabinete oscuro era exactamente lo que estaba buscando, pequeño y a prueba de ruido.

—Bien podría ayudar —le dijo al hombre grande—. Registre ese armario.

—¿Qué es lo que debo buscar?

El conductor grandote se había convertido en un perro, moviéndose automáticamente en respuesta a la voluntad de Garner.

—Ya lo sabrá cuando lo encuentre. Levante los ojos —dijo Garner.

El conductor levantó la mirada y Garner sostuvo la pistola a seis pulgadas del rollo de gordura de su cuello y tiró del gatillo. Por un instante Garner pensó que iba a desmayarse. La habitación se achicó hasta que el espacio se hizo imperceptible; las paredes eran como una película pegada a sus ojos. De repente estuvo fuera de la habitación, fuera de su propio cuerpo.

Es una pesadilla, pensó. Estoy tendido en el camastro de mi celda y estoy soñando todo esto, el hombre muerto, Green, Brown, la mujer que está allá

afuera, hasta sueño conmigo mismo...

Green entró a la habitación y miró hacia abajo al bulto caído.

—¡Maldito maniático! —exclamó.

Garner sonrió y volvió la pistola hacia Green. El hombre resolló.

—Tranquilízate, Garner... Sabes lo que haces... pero...

—Y no lo olvido nunca.

—¡Es que estás dejando pruebas en todas partes! Por eso me enfurezco. ¿Y ahora, cómo nos deshacemos del cuerpo de Kiddoo? Necesitaríamos una grúa.

—Déjelo.

—La mujer sentirá pánico.

—Yo me ocuparé de ella.

Cuando volvieron al coche, Liz preguntó:

—¿Dónde está Elbert?

—Le he dado dinero para el billete de autobús. Va camino de su casa.

—¿No irá a la policía?

—No, porque sabe que la tenemos a usted.

Ella se mordió el labio.

—Supongo que tiene razón...

—Si la gente cumple las órdenes, usted no sufrirá daño, alguno. Recuerde eso.

Durante un tiempo largo ella pareció perpleja. Luego Garner se detuvo especialmente en Terre Haute para comprarle al perro algunas galletitas. La mujer pareció relajarse y Garner pensó: ¡Qué inocencia! Confiar en un hombre solo porque piensa en alimentar a un miserable perro. ¡Lo bueno vendrá cuando ese hombre, al fin, trate de arreglarse con ella!

En Indianápolis encontraron a Ingrid Johns asustada y con las maletas preparadas para, salir de viaje. Pero la presencia de Liz la confundió. Les dejó entrar.

—Sólo queremos hablar—dijo Garner—no tiene porqué tener miedo.

—Pero Claire English dijo que nuestras vidas están en peligro.

Garner sonrió:

—Está tratando de arrojar tierra a los ojos de todo el mundo. Sólo buscamos lo que nos pertenece y creemos que lo tiene ella. Si mantiene su actitud, alguien saldrá lastimado. Usted no quiere que eso ocurra. Díganos adónde se fue ella.

Ingrid todavía desconfiaba, aun cuando despidió a una vecina que llegó hasta su puerta y luego tranquilizó a la policía. Garner persistió con suavidad, y finalmente admitió que Claire había mencionado haber prevenido a Ronald Aiken en Detroit. Garner les dijo a los otros que volvieran al coche.

En el vestíbulo Green exclamó:

—Está demasiado asustada para hablar. ¡Por favor, otra, muerte, no!

—Mañana no estará asustada —sonrió Garner.

—Pero nosotros nos habremos ido.

—Y ella no sabe a dónde vamos. Vaya al coche y espéreme.

Vio el miedo otra vez en los ojos verdes de Green y sintió un divertido desprecio. ¿Cómo es que alguna vez obedeció órdenes de este peso ligero? La vida era tan hermosa estos días...

De nuevo con Ingrid, experimentó un surgimiento de afecto. El pelo gris... los ojos suaves...

—Usted se parece a mi madre.

—¿Qué va a hacer?

Estaba sacando una aguja hipodérmica del bolsillo de arriba de su chaqueta. Contenia un sedante que había comprado en Terre Haute.

—Esto la hará dormir hasta que nos marchemos.

La cara de ella se plegó como si fuera a llorar.

—¡No hablaré!

—Lo sé. Pero mis compañeros están preocupados.

—¿Me hará daño?

—Despertará dentro de unas horas sintiéndose muy bien. —Con lentitud ella le tendió el brazo; Garner sintió el calor seco de la piel, vio la vena azul latiendo. Puso la inyección y le miró los ojos. Vio allí, resignación y le hizo sentir algo cálido hacia ella. ¡Pobrecilla!

Pero mañana Ingrid lo olvidaría y lo odiaría.

Se sentaron a conversar de libros y de drogas; sabía tanto de drogas como él. Había sido única hija, y ahora que habían muerto sus padres no tenía a nadie.

Garner la miró con comprensión mientras ella se dormía.

Llevó a su silla al lado de la cocina, la sentó en ella, abrió la puerta del horno, dio vuelta la llave del gas, sin encenderlo, y se dirigió al estudio a esperar. Media hora después con un pañuelo en la nariz, entró, y vio que la cara de la mujer estaba roja como una cereza. Cerró la puerta con llave y bajó por las escaleras. ¡Pobre ser solitario! ¡Sus pesares habían cesado!

En Detroit vio las tabletas de nitroglicerina y comprendió que Aiken sufría del corazón. Pero Aiken hablaba sin necesidad de ser estimulado: Johnny había estado en la habitación de Liz la noche antes del accidente fatal... Aiken no podía dormir y había escuchado la conversación. Esto era nuevo. Green quería volver al coche para interrogar a Liz, pero Garner no lo permitió.

—Este hombre sabe más de lo que declara.

—No lo creo.

—Lo que usted crea, Green, no importa.

—Está bien, está bien —se apresuró a decir Green—. Ayudó a Garner a llevar a Aiken al sótano. Garner conectó el torno para ahogar el ruido, luego quitó

la cinta aislante de los cables. Aiken comenzó a balbucear.

—¡Oh, Dios, moriré! ¡Les he dicho todo lo que sé...!

Green miró a Garner.

—Está mintiendo—dijo Garner.

Durante un tiempo Garner pensó que mentía. Aiken parecía soportar una gran cantidad de electricidad, aún cuando gritaba y se retorció en el piso. Garner estaba tan absorto aplicando los cables tratando de leer en los ojos dilatados de Aiken, que no advirtió que el cuerpo ya no se retorció, hasta que Green dijo con voz débil:

—Está muerto.

Garner se incorporó. Se sentía cansado. ¡Era una gran responsabilidad esto de ser un gran hombre!

—Estaba diciendo la verdad —dijo Garner— pero uno no puede fiarse de nadie. —De pronto rió, sorprendiéndose a sí mismo. Green se volvió apretándose su úlcera.

Después de admitir Liz haber hablado con Johnny en la habitación del hotel, Green propuso volver a Chicago y apoderarse del marido de Liz. No le creyeron cuando la muchacha insistió en qué Talbot sólo le había hablado de Claire English. Al no encontrar a Ed Tollman en Chicago, habían tomado la decisión de repetir la excursión a México. Quizás algo estimulara la memoria de Liz.

—Ella cree que cuando encontremos el dinero, la dejaremos ir —dijo Garner reclinándose en el asiento—. Se ha estado portando bien, pensando que tenemos a su marido. ¿Y no es curioso? Ahora me he apoderado de usted.

Ed respondió con cuidado:

—Si me mata, no puede utilizarme.

—Ya he pensado en eso. Pero no importa demasiado. Su esposa no sabe nada. En cambio me he apoderado de la muchacha que lo sabe —y acarició a Claire.

—¿Yo? ¿Qué le hace pensar eso? ¿Cree usted que le diría algo?

—¿Entonces lo sabe? —Garner rió.

Ella siguió conduciendo. El sol se había puesto. La media luna derramaba una luz lívida sobre el paisaje espectral. Los dos hombres al lado de Claire estaban muy silenciosos.

—Bien —exclamó ella de pronto—. Quizá lo sepa.

Garner no se sorprendió. Soy mucho más listo que tú, querida, pensó. Soy mucho más listo que todos.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Porque en realidad no sabía a qué se refería Johnny hasta que usted ha mencionado algo... —Garner podía percibir el miedo de ella—. Johnny no dijo que se trataba de dinero. Dijo que si algo le sucedía a él, yo debería ir a cierto lugar...

Hablaba de prisa. Garner pensó que mentía. Por supuesto que podía no ser

así. Si Talbot se lo había dicho a alguien era más lógico que fuera a la muchacha con quien se había estado acostando.

—Dígame dónde es —dijo Garner. Presionó el cañón de la 32 sobre la oreja derecha de ella—. Dígamelo o le volaré esa hermosa cabeza.

—Entonces jamás lo encontraría—respondió ella.

Garner estudió el delicado perfil en la semioscuridad y se preguntó cuántos millones de años habría tardado Dios en producir esa belleza. ¿Por qué lo había dotado a él de tanto amor por la belleza y de tal fealdad personal que la colocaba más allá de su alcance? Qué maravilloso sería hacer estallar la carne de todas las mujeres hermosas que le habían rechazado y de todos los hombres bien parecidos que se habían reído de él.

Bajó el arma.

—No creo que usted sepa dónde está.

—Podría conducirlo al lugar, directamente, desde aquí mismo.

—¿Queda muy lejos?

—Quedará a un día, creo. Tendría que estar allí para saber dónde era, exactamente. Fue un lugar donde nos detuvimos. No podría indicarle dónde es, tengo que llevarle personalmente.

Garner se compadeció de ella. Era un buen intento, pero sólo estaba ganando tiempo. No podía culparla. En su lugar habría hecho lo mismo.

—¡Deténgase! —conminó.

Ella se paralizó:

—¿Para qué?

—No necesitamos a estos dos. Tampoco necesitamos a mis compañeros. Nos libramos del exceso de equipaje. De vuelta por aquí y entre en ese claro, entre los arbustos que hay allá.

El sendero de tierra estaba atravesado por surcos y pedazos de rocas que hacían sacudir el coche con violencia. Después de un cuarto de milla la huella daba vuelta bajo un elevado eucalipto.

—¡Deténgase aquí!

Claire detuvo el coche. La polvareda que levantaron los envolvió y luego siguió de largo. Garner se quedó sentado pensando. Había un problema, los dos hombres sabían que iban a morir. Si alguno viera la oportunidad de huir, no se quedaría porque al otro lo fueran a matar. Podía dispararles a ambos en el coche, pero el segundo hombre saltaría sobre él en el instante en que se hiciera el primer disparo. Sostendría el 45 en una mano y la 32 en la otra y haría fuego con ambas simultáneamente, pero eso provocaría una espantosa confusión en el automóvil. Y necesitaba el automóvil por varios días, todavía. Y esta vez no tendría a Green ni a Brown para liberarse de los cuerpos, como había ocurrido cuando lo del mexicano. Sus ojos se desviaron hacia la muchacha. Era fragante, la deseaba, y la tendría. Le enseñaría el placer de arrojarlo todo por la borda, principios,

reglas, todo...

—Déme las llaves —dijo Garner—. Deje encendidos los faros.

Ella se las dio y él las guardó en el bolsillo. Entonces abrió la puerta posterior y descendió. Tenía las dos armas apuntando al automóvil.

—Vayan saliendo de a uno. Todos por este lado. Bien, detective... usted primero...

Observó al hombre mientras salía y pensó: Está pendiente de mis ojos, saltará sobre mí en el instante en que yo desvié la mirada.

—Dése la vuelta y ponga sus manos contra el capot y eche los pies hacia atrás. Así está bien. Ahora el marido fiel. Hágalo despacio. Al lado del grandote; eso es. Le toca el turno a la damita. Muy bien. Ahora caminen hacia la parte de adelante del coche. Quédese ahí, Claire. Ustedes avancen un poco. Un solo movimiento y disparo. Así está bien. Deténganse.

Garner se colocó entre los faros.

—Muy bien. Ahora dense vuelta.

Los faros los encandilaron. Garner estaba seguro de que no podían verlo contra el resplandor.

—Miss English. Póngase de espaldas a mí.

—¿Qué? —preguntó ella como si tuviera la lengua pegada al paladar.

—Tengo un trabajo para usted. Dése la vuelta.

Ella se dio la vuelta y tambaleó, con sus tacones apresados en el suelo rocoso.

—Sé que usted no sabe dónde está el dinero, pero pienso que usted sabe más que aquella muchacha, Tollman, que está en poder de mis compañeros. De todas maneras vamos a ir de caza, solos usted y yo.

—¿De caza? —tartamudeó Claire.

—De caza. ¿O prefiere morir?

—¡No...!

Garner caminó hasta colocarse detrás de ella.

—Aquí.

—¿Qué...?

—La 32. Estire la mano.

Como en un sueño Claire estiró la mano, derecha. Sintió el metal caliente de la 32 contra la palma de su mano. Instintivamente la empuñó.

—No, no se dé la vuelta. —La voz de Garner parecía venir desde las lejanas montañas. Absurdamente, Claire pensó en Dios—. Ahora escúcheme bien. Va a ser sometida a una prueba, Claire. La que podría llamarse una prueba de vida o muerte. ¿Está escuchándome?

—Sí... estoy escuchando.

—La 32 está cargada y tiene quitado el seguro. Lo que necesito que haga es disparar a matar contra esos hombres.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Claire.

—Y nos pondremos en marcha.

Claire se tambaleó:

—¡No...! —dijo débilmente.

—Solo la primera vez resulta difícil. —Sintió la mano de él sobre la suya, forzándola a una posición de nivel conveniente. Sintió que el sudor de su espina dorsal comenzaba a extenderse. La mano de Garner se separó y la de ella bajó —. Todavía no lo entiende, ¿verdad? —continuó Garner con paciencia—. De cualquier manera son hombres muertos... los mataré yo si usted no lo hace. Lo único que importa es usted, Claire. ¿Ahora, comprende?

—No...

—Si usted no les dispara, les dispararé yo, y a usted también. De manera que elija. Comenzaré a contar. Si uno de ellos no está muerto, cuando cuente cinco, le dispararé a usted este cuarenta y cinco en la espalda. Uno... Dos...

Para su horror, Claire vio la 32 levantarse en su mano. Se detuvo apuntando a Ed Tollman.

—No —dijo Garner detrás de ella— el detective primero. Él es peligroso. Tres... —un círculo de metal caliente presionó en la nuca de Claire—. Es mejor que se decida ligero, querida. Cuatro...

Barney se arrojó en una especie de zambullida horizontal, calculada para llevarlo más allá de Claire y al mismo tiempo llegar a la sombra entre las luces de los faros.

Estaba a mitad del trayecto cuando salió el disparo. Sintió el silbido rozar su oído antes de tocar el suelo, rodando, con la cabeza entre las rodillas.

En el instante en que sus pies golpearon la tierra, se estiró y saltó hacia la oscuridad entre los faros. Fue a dar contra una forma blanda. Era Claire luchando en los brazos de Garner. Barney trató de tomar la mano armada del hombre la encontró y asió la muñeca en el momento en que éste trataba de levantarla. La forzó hacia abajo. Sonó un segundo disparo y Barney oyó el gruñido de Ed y el golpe del puño en la cara de Garner. El brazo se aflojó. Barney soltó el arma de la mano inerte, mientras aquél se asía a Claire para sostenerse. Los botones de su blusa saltaron, hubo un ruido de tela rasgada y Garner cayó de bruces con un ruido sordo.

Durante un momento los tres permanecieron respirando ruidosamente mirando la figura inmóvil. Luego las chicharras reanudaron su estridente sonata en las copas de los árboles, un perro aulló a lo lejos y todo volvió a la normalidad.

Claire fue la primera en moverse, examinándose, palpando la blusa rota y el corpiño. Pero en realidad no sabía lo que estaba haciendo. Sus labios comenzaron a temblar. Trastabilló y cayó en los brazos de Barney, aferrándose a él como si fuera un árbol sólidamente enraizado en medio de una inundación.

—Todo el tiempo he estado enviándote un mensaje telepático: « ¡dispara alto... dispara alto! ». ¿Lo recibiste, Claire?

—¡No lo sé! Sólo podía pensar en que uno de nosotros tendría que morir. Cuando llegó a cinco, disparé automáticamente. No apuntaba a nada. — Retrocedió y le miró a la cara, los ojos abiertos y redondos—. Y... permaneciste allí, esperando... ¡Confiaste en que no iba a matarte!

—Tenía que correr el riesgo.

—Barney, no vuelvas a hacerlo nunca más. No me conozco hasta ese punto.

—Ninguno de nosotros se conoce hasta que no se enfrenta con la elección.

Los ojos de ella brillaban a la luz de los faros.

—Me siento bien —exclamó ella—. ¿Crees que esto ha sido como para

sentirse así?

—Ya lo creo, querida.

—Como si hubiera tomado un baño.

Luego se interpuso lo inmediato. Claire retrocedió y se arregló la blusa. Barney se dirigió a donde estaba Ed arrodillado al lado de Garner; éste permanecía inmóvil.

—¿Cómo está?

—Todavía inconsciente.

Barney se inclinó sobre el psicópata. La parte inferior de su cara parecía desplazada. Le tomó la mandíbula, la movió y se oyó un ruido áspero.

—Le ha roto la mandíbula, Ed. ¿Dónde aprendió ese golpe?

Ed Tollman se miró al puño.

—He estado deseando golpear algo desde hace mucho tiempo, supongo. Desde que se llevaron a Liz. En una época practiqué el boxeo. El instructor me dijo que tenía un puño de « lirio » .

Barney rió:

—¡Vaya lirio!

—Supongo que le he dado duro.

—Podrá hablar. Claire, alcánzame la botella de agua.

La trajo del coche y Barney vertió un poco sobre la cara del hombre. Volvió en sí quejándose:

—Mi mandíbula...

—Está rota —le dijo Barney—. Ahora nos toca a nosotros.

Los ojos de Garner se movieron de uno a otro. Luego suspiró y pareció relajarse.

—¿Pueden darme un cigarrillo, primero? —hablaba farfullando como si estuviera borracho.

—No le daremos nada —le respondió Barney. Ni siquiera muerte.

Los ojos de Garner se agrandaron.

—Lo que vamos a darle es sufrimiento, horas, días, si fuera necesario... hasta que nos diga dónde está Mrs. Tollman.

—No lo sé.

—No estaba planeando vagar por todo México sin encontrarse con sus compañeros otra vez, ¿no es cierto? Le están esperando en alguna parte. ¿Dónde?

Garner cerró los ojos. No se escuchaba el menor ruido, ni siquiera el de su respiración.

—Está muerto —dijo Claire.

—No lo crea. Está reteniendo la respiración.

—¿Para qué?

—Tratando de matarse. Es un viejo truco de los psicópatas. Nunca aprenderán que no puede hacerse.

Siguieron mirándolo. El rostro de Garner se volvió oscuro; las venas se hincharon, el pulso latía en sus sienes. Después de tres minutos se oyó un jadeo largo y baboso y los ojos se le abrieron de golpe.

—¿Lo ves? —Hablabla Barney—. En el momento en que pierden la conciencia el cuerpo recupera su dominio. No quiere morir. Ahora, Garner, ¿lo dirá?

—No —respondió en su farfulleo—. Máteme. ¿Qué más puede hacerme?

Barney golpeó con el dedo índice la mandíbula de Garner. Este lanzó un gemido.

—Podemos hacerle esto. ¿Va a hablar?

—No.

Barney tomó la barbilla de Garner entre sus dedos y la movió con suavidad de un lado al otro. Los huesos crujieron; Garner dejó escapar un quejido y se desmayó.

—Más agua, Claire—pidió con calma Barney.

Ella se inclinó sobre Garner con la botella. Un hilo de agua cayó sobre la cara de Garner.

—¿Esto, no le desagrada demasiado? —preguntó Barney a Claire.

—¡Por supuesto que me desagrada! Hasta le tengo lástima a pesar de todo... hay que pensar que es un psicópata y que no es responsable. Pero tiene que hacerse, ¿no es cierto?

—Así es.

—Hace unos momentos tuve que afrontar una alternativa cien veces más difícil.

En los ojos de Ed Tollman no había piedad.

—Es como limpiar un pollo. Desagradable, pero necesario.

Los ojos de Garner parpadearon al abrirse.

—Ahora, comencemos de nuevo —le dijo Barney—. ¡Allá va! —Volvió a tocar la mandíbula. Garner dio un alarido.

—Hotel... Playa Hermosa...

—¿Es allí donde lo están esperando los otros?

—Sí.

—¿Dónde queda?

—En San Blas.

Barney miró encima del hombro de Claire.

—¿Existe esa localidad?

—Sí. Estuvimos allí durante la excursión.

Barney se enderezó.

—Ed, busque algo con qué atarlo.

—¡No...! —gritó Garner—. ¡Usted prometió matarme!

—No le hice tal promesa, Garner. Le necesito vivo. Tendrá la oportunidad de

hacer algo bueno en este mundo antes de que la ley se haga cargo de su futuro, si es que tiene alguno.

Ed se volvió para decir que no había ninguna cuerda en el automóvil.

—Mire en mi maletero —dijo Barney—. Un par de camisas servirán para el caso.

—Use esto —dijo Claire quitándose su blusa de seda—. De todas maneras me la ha desgarrado.

Barney probó la seda cruda. Le fue imposible romperla de un fuerte tirón. La retorció en forma de cuerda y su perfume le llegó hasta la nariz.

—Es un hombre afortunado, Garner —dijo Barney en tanto le ataba las muñecas—. Maniatado con Chanel Número Cinco. —Dio dos vueltas ajustadas alrededor de cada muñeca y luego las anudó detrás de la espalda de Garner.

—Me impide la circulación de la sangre —barbotó Garner.

—Para ser un hombre que quiere morir arma demasiado escándalo por una tontería. ¿Qué cree que se siente al morir? —Barney tomó la camisa que había traído Ed—. Es doloroso. He observado morir a varios hombres. No parecían felices.

Ató los tobillos de Garner juntos. El psicópata trató de darle un puntapié, pero Barney le golpeó en la mandíbula y Garner se sometió. Lo llevó al automóvil y lo dejó caer en el suelo entre los asientos.

Mientras Barney conducía hacia el sur por la carretera de la costa, Ed le preguntó:

—¿Qué sigue en la agenda ahora?

—Iré al hotel y hablaré con Green y Brown,

—¿Les *hablará*?

—¿Y qué quiere? No puedo dispararles. Ni siquiera puedo armar mucho escándalo hasta que hayamos conseguido arrancarles a Liz.

—Usted habló de utilizar a Garner. ¿Cómo puede fiarse de él?

—No necesito fiarme de él. Entiendo que Green y Brown gozan de situaciones aparentemente respetables en los Estados Unidos. Supongo que ahora ya están dispuestos a aceptar, sus pérdidas y olvidarse de todo el asunto. Recuerde que pende sobre ellos la amenaza de ser considerados cómplices de asesinato. Me parece que ya están maduros para hacer un trato. Ofreceré canjear a Garner por Liz. Lo matarán, por supuesto.

—Le matarán a usted—respondió Ed.

—No lo creo, si puedo acercarme lo suficiente para explicarles mi proposición.

—¿Cuál proposición?

—Que si no vuelvo con Liz, usted entregará a Garner a la ley. Saben que los

arrastrará junto con él... o si eso no lo saben con seguridad, no pueden arriesgarse a que suceda.

—Pero... ¡dejar que esos dos salgan sanos y salvos...! —comenzó a decir Claire preocupada.

—Yo no soy el brazo de la justicia —respondió Barney—. Me pagan para que devuelva a la esposa de Ed, nada más.

—Pero si están libres, ¿qué les impedirá secuestrarla otra vez?, ¿o a mí?

—¿Qué le parece si liberamos primero a Liz y discutimos eso luego?

Pero Claire no quería desistir:

—Si te matan, Barney, quizás nunca recuperemos a Liz. Ed y yo no lo podríamos hacer solos.

—Estoy de acuerdo —dijo Ed instantáneamente—. Yo iré en lugar de usted.

—Tardarán más en sospechar de una mujer que de un hombre. Es cuestión de entregar un recado, únicamente.

—Claire, sólo lograrás que te retengan como a otra fuente de información y una fuente aún mejor que Liz. Y usted, Ed, ¿qué haría si viera a Liz? ¿Qué haría...?

—No lo sé Barney...

—Ese es el asunto. No lo sabe. Podría perder el control y malograr todo el negocio. Además, a ustedes dos les conocen por las fotografías. Nunca llegarían a estar suficientemente cerca para poder explicárselo. —Barney dio una palmada sobre el volante—. El debate ha terminado.

Era más de medianoche cuando llegaron a San Blas.

Habían pasado siglos desde los días en que los galeones de Manila se detenían aquí; el puerto estaba lleno de cieno y los grandes edificios gubernamentales eran ruinas sin techos; Ahora la ciudad consistía principalmente en casas de adobe alrededor de una plaza central con chozas de barro y estacas diseminadas por toda la costa.

El hotel estaba a una milla del centro. Claire condujo a Barney por una huella arenosa que les llevó a una playa desierta a media milla del hotel. Una horda de mosquitos se congregó enseguida en el parabrisas del coche, pero la brisa era limpia y el aire suave. La luna estaba muy baja hacia el oeste; en treinta minutos más se ocultaría detrás del horizonte.

Barney le dio su 45 a Ed.

—Téngale lista. Claire, ya tiene su 32. ¿Cree que podrá disparar?

—Ahora sí.

—Bien, vamos a utilizar una contraseña; estará oscuro cuando regrese, de manera que no podrán verme. Claire, tú espera en el coche, lista para encender los faros. Ed, usted hágase una trinchera en la arena a doce, yardas de distancia.

De esa manera podrán hacer un fuego cruzado. Si vuelvo con Liz y todo está bien, gritaré «Feliz Navidad», ¿comprendido?

Ed y Claire asintieron.

—Si no tengo a Liz, pero no hay peligro, diré «Feliz Año Nuevo». ¿Cuáles la festividad que sigue?

—Cuaresma, Pascua...

—No. Primero de Abril. Diré «Primero de Abril». Eso significa que la situación es complicada, manténganse cubiertos y esperen otra señal mía. La otra es Primero de Mayo. Ya saben lo que eso significa. Enciendan los faros y abran fuego tan pronto puedan ver a quién disparan.

—¿Y qué sucede si no vuelves? —preguntó Claire.

Barney se encogió de hombros:

—Pues entonces deben pensar que me han liquidado. Pero denme una hora antes de tacharme de la lista de los vivos. Después de eso, sugiero que llamen a la policía. —Se dirigió al coche y tomó la billetera de Garner y su anillo de sello—. Si llega a aparecer alguien, es mejor que lo amordacen. Podría hacer que todo se perdiera si alguno gritara en el momento inoportuno. Y cuidado con los dedos. Podría morder.

Hizo una inclinación de cabeza frente a Ed, luego miró a Claire.

—Puedo acompañarte un trecho —era Claire la que hablaba.

—Bien, pero no demasiado lejos.

Juntos caminaron penosamente por la arena suave hacia el mar. Encontraron que era más fácil caminar por la arena mojada, apenas más arriba de la línea de la marea. Claire se quitó los zapatos y caminó descalza al lado de él. Adelante, el hotel iluminado parecía un postre helado, con sus hileras de balcones y fuentes rutilantes en el jardín. Hacia la derecha de ellos la marea se extendía en ondas fosforescentes; a su izquierda algunos cocoteros emplumados estiraban sus cuellos por encima de la tupida vegetación. Claire no había reemplazado la blusa con que habían atado a Garner; el pudor parecía superfluo después de lo que había ocurrido. Barney advirtió que el arreglo que le había hecho a las hombreras de su corpiño levantaba más el pecho izquierdo que el derecho. En otro momento lo podía haber encontrado divertido.

Se detuvo y le puso la mano en el hombro.

—Hasta aquí —dijo.

Ella cayó en sus brazos sin pronunciar una palabra y levantó sus labios hasta los de él. Comenzó como el otro beso, un mero roce de la piel; pero luego los labios de ella se entreabrieron y él probó la miel de su boca. Acarició con sus manos la espalda de Claire y sintió el cuerpo de la muchacha apretarse contra el suyo.

—Diez minutos, ¿importaría?, —susurró ella.

—No puedo pescar y cortar carnada al mismo tiempo —respondió Barney

—Será mejor después.

—Te esperaré.

Se volvió y se alejó por la arena. Barney se quedó mirándola hasta que desapareció en la oscuridad. Luego siguió avanzando hacia el hotel. Se sentía mal sin su 45. De pronto tuvo conciencia de que no tenía nada que le protegiera más que su ingenio.

No había ningún Buick negro en el aparcamiento. Barney despertó al sereno, quien llamó al empleado.

—¿Dos hombres y una mujer?

—*No hay señor.*

—¿Pero estuvieron aquí?

—*No, señor.*

Barney sacó un billete de la billetera de Garner. Le dijo al empleado que cogiera las llaves, quería registrar todas las habitaciones.

Ropas de dormir, ojos asombrados, gruñidos de indignación y ronquidos de borrachos, niños aturcidos, bebés llorando, cuerpos desnudos sin mantas, olor de perfumes baratos y repelentes de insectos, arena y pescado, paredes húmedas y colchones viejos. Pero no hallaron a Green ni a Brown.

Y tampoco a Liz.

Barney volvió al vestíbulo rascándose la mandíbula. No podía entender por qué motivo, si Brown y Green estaban registrando toda la carretera, pasaron de largo por este hotel. Miró al empleado, un joven, delgado con un cuello largo cuya cabeza se inclinaba a un lado a la manera de un pájaro.

—No lo comprendo —dijo en español—. Iban a dejar un mensaje. ¿Está seguro de que no lo han dejado?

—*No, señor. Nada, nada.* —Cerró la boca.

—¡No, ellos no saben nada! Los dos hombres no se quedaron en el hotel. Vinieron ayer por la mañana y pidieron ver cierta habitación —el muchacho se encogió de hombros—. Eso no está prohibido. Me dieron cincuenta *pesos* y les mostré la habitación. Me hicieron esperar en el balcón mientras ellos la registraban pero como no se llevaron nada... —estiró las manos—. Luego siguieron río arriba. No sé lo que pasó allí. Después de tres horas volvieron y se marcharon.

—¿No dejaron un mensaje?

—Ninguno, ya se lo he dicho.

—Antes me estaba mintiendo.

—Pero esta vez, le aseguro..;

—¿Le dieron instrucciones para que se fijara en un hombre determinado? Pequeño, con una cabeza grande, ojos grises...

—No me dieron instrucciones.

Barney dejó el hotel disgustado y volvió al coche diciendo:

—¡Feliz Año Nuevo! —Claire y Ed se quedaron mirándolo. Garner estaba atado sobre la arena. Barney se acercó caminando y le dio un puntapié en las costillas.

—¡Miserable mentiroso!

Garner rió:

—No se puede fiar de mí. ¡Tendrán que matarme!

Barney negó con la cabeza.

—Por nada del mundo, Garner. Ahora tenemos gente que lo hace en escala de producción masiva, a la manera como fabrican automóviles. Un hombre le cura la mandíbula, otro le corta el pelo y le afeita. Si tiene una muela careada, el dentista se la arregla. Si piensan que usted está loco, le mejoran antes de matarlo. La sociedad exige el pago total... una mente sana en un cuerpo sano. Tardará mucho tiempo en morir, Garner.

—¿Podemos hacer un trato? —preguntó Garner, inmóvil.

—Está en un pésima posición para hacer tratos.

—Estoy en una posición muy buena. No tengo nada que perder —volvió a reír; salía como un sonido líquido—. Escuche, usted dijo que iba a entregarme a Brown y a Green. ¿No es verdad?

—Voy a canjearlo por Liz, sí.

—Está bien. Le diré todo lo que sé.

—Otra mentira...

—No, escuche. Tenía razón con respecto a ellos, no quieren que me arresten. Soy el que puede denunciarlos cuando volvamos a Estados Unidos, y tienen mucho que perder. Por eso les permití que se adelantaran, porque sabía que no se arriesgarían a perderme.

Supongo que ha pensado lo que harán cuando le atrapen.

—Por supuesto, tratarán de matarme. Pero quizás no lo logren.

—Bien. Hable.

Garner explicó que él debía seguir detrás de Green y Brown y alcanzarlos, si encontraban el dinero. El último lugar en que Johnny pudo dejarlo era en Tula, porque se había marchado del hotel de Tula sin maleta. Garner tenía que ir allí si es que no se encontraba con ellos. En Tula la búsqueda llegaría a su fin, ganaran o perdieran.

Barney llevó a los otros a un lado.

—Parece lógico —les dijo—. Yo le creo.

—Yo también —respondió Ed.

—Podríamos ir directamente a Tula y esperarles —sugirió Claire.

Barney la miró con el ceño, fruncido.

—¿Has recordado algo?

—¿Acerca del dinero? No, pero recuerdo las ruinas de Tula. Allí podría tenderseles una trampa con facilidad.

—¿Ve usted algo malo en eso?—preguntó Barney a Ed.

—¡Dios, ya lo creo! Si encuentran el dinero antes de eso, matarán a Liz.

Barney asintió y se volvió a Claire.

—¿Dónde fue la última vez que recuerda haber visto la maleta de Johnny?

Luego de un momento, ella respondió:

—Estoy segura de que el último lugar fue en Oaxaca.

—Bien, podemos dejar de lado Guadalajara y Oaxaca, puesto que sabemos que no enterró el dinero allí. Iremos directamente a Taxco.

Subieron por la lujuriente cuesta del Pacífico a las agazapadas montañas de Nayarit. Claire estaba sentada al lado de Barney, mientras Ed, en el asiento de atrás, vigilaba a Garner que estaba tendido en el suelo. Barney sintió el contacto de la mano de Claire en su rodilla. Ella se inclinó y apoyó la cabeza en el hombro de él.

—¡Más demoras...! —dijo con suavidad—. Parece como si estuviéramos otra vez en el mismo punto que cuando comenzó el viaje.

—A mí no me lo parece.

—No estamos más cerca de Liz.

—La diferencia eres tú.

—¡Oh, sí! —deslizó la mano dentro de la camisa de Barney—. He perdido todo mi orgullo. Quiero vivir mientras pueda...

—Me harás volcar el coche. No puedo hacer dos cosas al mismo tiempo.

Ella miró por encima de su hombro; luego murmuró:

—Cuando Ed se duerma...

—Cuando duerma, tendrás que vigilar a Garner. Es nuestro chivo emisario, nuestro Judas; sin él, no podemos hacer ningún trato con Green y Brown.

—¡Oh, tú...!

Suspiró y se apartó para encender dos cigarrillos, uno para ella y otro para Barney. Un rato después se quedó dormida. En la posición en que estaba le incomodaba para conducir, de manera que le bajó la cabeza poniéndola sobre su regazo. De cuando en cuando se agachaba para besar sus labios entreabiertos. ¿Será lo mismo, —se preguntó—, cuando pase el peligro...?

Decidió dejar ese problema para después.

Siguió conduciendo, los faros taladrando la oscuridad. Los neumáticos susurraron a través de la dormida ciudad de Tepic; el motor se detuvo cuando bajaron por la costa hasta un desfiladero, luego comenzó a trabajar cuando trepó por el otro lado y llegó a la planicie de Jalisco, ondulada y pulida por los vientos.

Claire se despertó a las 4 de la madrugada bostezando. Barney detuvo el coche mientras ella y Ed cambiaban de lugar. Verificó las ataduras de Garner, se aseguró de que las puertas de atrás tuvieran el seguro y volvió al volante; Media hora más tarde Ed estaba roncando, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Barney advirtió que Claire abría su bolso detrás de él, se peinaba y

retocaba el maquillaje. La mayor parte del tiempo fumaba y bostezaba. Hizo una anotación mental: Quizás algún día podría traerle café a la cama y observarla hasta que estuviera lista para comenzar el día. Estaría desarreglada y entumecida, pero tibia y perfumada debajo de las sábanas...

La visión le hizo apretar fuerte el acelerador. Delante, el cielo del este se volvía púrpura, luego color lavanda. El humo se escapaba por las chimeneas de los tejados de las pocas cabañas al lado del camino. La carretera, una cinta de color pizarra, se estiraba interminablemente hacia adelante. El velocímetro subió a 90, 95. El borde del sol apareció como, la plancha redonda de una cocina al rojo, entre dos montañas púrpuras. Barney se estiró para bajar las viseras para el sol.

Sintió de golpe una ráfaga de aire frío en la nuca un instante antes de que Claire lanzara un grito. Miró hacia atrás y vio que la puerta del lado derecho se había abierto y que ahora el viento la cerraba de nuevo, con violencia.

En la carretera un muñeco de trapo rodaba y giraba... como tratando de alcanzar el coche que se distanciaba...

Barney se quedó petrificado de terror pensando que era Claire quien se había caído. Pero no, Claire estaba sentada allí, con ambas manos apretadas contra la boca. Su terror se convirtió en desesperación mientras él aminoraba la marcha del coche; muy atrás, el cuerpo de Garner estaba tendido en la cuneta de grava como un saco postal caído. Largos trazos de alquitrán brillaban sobre la ruta.

Describió una lenta vuelta en U. No había necesidad de darse prisa; Garner no podía estar vivo con una caída cómo esa, a esa velocidad.

—¿Qué sucedió, Claire?

—Por Dios, Barney, ¡no lo sé! De pronto la puerta se abrió...

—¿No estabas vigilando?

—¿Tenía que hacerlo todo el tiempo?

—Sí.

—Bien, no he podido. Señor, no se había movido durante tres horas. No puedes quedarte sentada, mirando y mirando... —Su voz se quebró, Barney sintió cólera y desaliento.

—Calla la boca. Ya chillarás después.

Ella tragó y guardó silencio.

Barney detuvo el coche en un lugar donde podía ocultar el cuerpo del tránsito que pasaba. Garner había caído de bruces; su cara había sido rebanada como un cuchillo. Tenía el cuello roto; ambos brazos, y las dos piernas se veían en posiciones imposibles. Donde se le había desgarrado la ropa, su carne parecía como una hamburguesa. Alrededor de una muñeca tenía un fragmento de la blusa de Claire.

Barney caminó por la ruta y encontró otras partes de la camisa y de la blusa. Sus extremos empapados en sangre no habían sido ni cortados ni rotos. Volvió al cuerpo.

—Todavía estaba atado cuando cayó —dijo. Examinó la puerta de atrás. Hizo presión en la cerradura, movió la manivela desde dentro. El resorte de la cerradura hizo click—. Debe haber empujado la manivela con la cabeza, luego se arrojó.

Claire se asomó fuera, al coche del otro lado de donde estaba Garner y vomitó. Ambos hombres evitaron mirarla.

—¿Pensaría él que podía escapar? —preguntó Ed.

—La muerte era la única huida en la que pensaba.

—¿Eso significa que mintió con respecto a que iba a encontrarse con Green y Brown?

—No lo sé. Mi palpito vale tanto como el suyo.

El sonido distante de un motor alertó a Barney.

—¡Pronto, arrastrémoslo debajo del coche! ¡Claire, ayúdame! Tienes que hacerlo... Ed, saque la rueda de repuesto y simule estar cambiando la rueda de atrás.

El vehículo que se aproximaba tomó la forma de un camión militar. El cuerpo estaba bien oculto debajo del coche. Ed y Barney se arrodillaron al lado de la rueda de atrás y simularon estar levantando el coche. Claire próxima a la parte de adelante del auto, tenía el rostro color verde y estaba inquieta. El camión aminoró la marcha y Barney con la mano le hizo señas de que siguiera. El camión volvió a adquirir velocidad; una media docena de soldados, con los rifles en bandolera saludaron a Claire con la mano. Ella sonrió y los hombres silbaron y gritaron. El camión pasó y pronto se desvaneció a lo lejos.

Barney se enjugó la cara.

—Vamos a ponerlo bajo tierra antes de que venga alguien más.

Cargaron el cuerpo en el maletero y partieron a través del paisaje solitario. Barney buscó una zanja honda pero parecía no haber ninguna en este campo árido. Detuvo el coche en una depresión rocosa.

—Tendremos que cavar, Ed. Saque las palancas del *criket* y de las cubiertas.

La tierra era rocosa; con dificultad amontonaban la tierra floja con sus herramientas, Claire estaba utilizando el tapacubos de una rueda como pala para limpiar el hoyo. Trabajaba febrilmente, el pelo sobre los ojos. Se le rompieron las uñas y sus rodillas desnudas estaban arañadas por las piedras afiladas.

Finalmente Barney dijo:

—Ahora puedes descansar, Claire. Nosotros terminaremos.

—No quiero descansar.

—¿Tienes que discutir todas las cosas?

Ella arrojó el tapacubos de la rueda y lo miró furiosa.

—Quiero ayudar, ¿no lo comprendes? Siento que tengo la culpa.

—Mira, Claire. Te lo diré una vez más. Saltó mientras estaba atado. Con la cabeza apretó el botón del seguro. No podías hacer nada.

—Lo mismo podía haber sucedido si yo hubiera estado allí —dijo Ed.

—Entonces, ¿por qué no puedo ayudar? —preguntó Claire.

—Porque, si hay algo que no puedo soportar son las mujeres con las rodillas ensangrentadas y las uñas rotas —respondió Barney.

Ella volvió al coche.

El calor se hizo más sofocante a medida que el sol ascendía. Los dos hombres

volvieron a cavar. Cuando el agujero fue suficientemente hondo, empujaron a Garner dentro, lo taparon con tierra, arreglaron el suelo, y lo cubrieron con piedras. Finalmente acabarían por encontrarlo los perros y los buitres. Lo importante era que el cuerpo permaneciera enterrado bastante tiempo para que ellos se alejaran.

De vuelta en la carretera, Barney dijo:

—Nuestro señuelo está muerto. ¿Hay alguna sugerencia?

—Tienes que echármelo en cara, ¿no es así? —Claire todavía se sentía culpable.

—Sólo estoy estableciendo un hecho, Claire. No será mencionado otra vez. Lo que ahora necesito son sugerencias atinadas acerca de cómo sacar a Liz de las manos de Green y de Brown.

—Si algo le pasa a ella, nunca me lo perdonaré...

—Basta, Claire. —Ella guardó silencio—. He pensado en tratar de llegar hasta Brown y Green por detrás, pero no me gusta la idea. Es verdad que podrían pensar, que Garner está cubriendo sus espaldas, pero el lobo tiene una ventaja sobre el cazador. Puede quedarse callado y saltarle encima inesperadamente, Garner nos lo ha demostrado.

—¿No podríamos hacer lo mismo? —preguntó Ed.

—¿Te refieres a una emboscada?

—La idea fue de Claire. Ella sugirió Tula.

—Y la objeción era que si encontraban el dinero primero, sería el fin de Liz.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —gruñó Ed.

—Es su decisión. Podemos tratar de alcanzarlos o podemos adelantarnos y esperarlos.

—¿Qué posibilidades tenemos si nos adelantamos a ellos?

—Creo que buenas —respondió Barney—. Saben que Johnny pasó muchas horas en las ruinas. Saben que abandonó Tula sin la maleta. Si yo estuviera en su lugar, buscaría debajo de cada piedra. Eso nos dará mucho tiempo.

La boca de Ed se endureció.

—Elijo la emboscada. Vayamos a Tula.

Claire permaneció en silencio toda la mañana, a pesar de los intentos de Barney para hacerla hablar.

Se detuvieron en Guadalajara, donde despachó a Ed y a Claire a comprar provisiones para una semana. Él fue a una tienda donde adquirió una tienda de campaña, unos prismáticos potentes, una media docena de *blocks* de dibujo y varios lápices de carbón. En el departamento de juguetería eligió varias yardas de tela pintada de *camouflage*. Claire lo recibió con el mismo silencio cuando volvió al coche.

—Compartiremos una tienda de campaña en las ruinas —dijo Barney—. No tiene objeto observar las formalidades en un momento como éste.

—Al contrario —dijo Claire con dureza—. Es cuando se necesitan.

Eran las 4 de la madrugada cuando llegaron a Tula. Las calles estaban desiertas. Eso le convenía a Barney, porque no quería que nadie supiera que acampaban en las ruinas.

—Continúa por el centro —dijo Claire de pronto—. El camino de la zona arqueológica tuerce a la izquierda al otro lado del río.

—Ah... —dijo Barney—. ¡Habla!

Ella estiró la barbilla y miró directamente hacia adelante.

—He cometido un error —admitió Barney.

El camino ascendía súbitamente hacia una planicie moteada con montones de piedra oscura. Barney apagó sus faros y se dirigió a una plaza dominada por una pirámide de cinco pisos de cumbre chata. Cruzó la plaza y pasó frente a un par de túmulos bajos no tocados por las piquetas de los arqueólogos. Entre estos montículos sacaron sus provisiones y las llevaron a una barranca profunda. Armaron la tienda debajo de un pimiento cuyas bayas colgaban como ornamentos de Navidad. Barney y Ed llevaron las estacas y extendieron el *camouflage*, mientras Claire calentaba agua en una cocina de butano.

Al amanecer el aire fresco de la montaña estaba impregnado del aroma del café y del tocino; esto llenó a Barney de optimismo. Observó a Claire por encima de la sartén, la cara brillante a causa del fuego.

—Cuando haya concluido todo esto, Ed —dijo Barney— voy a buscar a cierta muchacha y me la llevaré con este equipo de camping hasta Costa Grande, al norte de Acapulco. Conozco —playas donde no se ve a nadie durante días enteros. Tampoco es necesario vestirse, salvo... que uno sea remilgado, y Claire levantó la mirada hacia Barney, apartándose el pelo de los ojos. Luego volvió a inclinar la cabeza.,

Después de desayunar, Barney se colgó los prismáticos del cuello, y se puso un block de dibujo debajo de su brazo.

—Ustedes dos descansen. Voy a planear nuestra estrategia.

Caminó hacia la pirámide agazapada en el centro de la planicie. Se detuvo para mirar una figura de piedra reclinada en sus codos. Tenía la cabeza levantada y su cómica cara miraba sorprendida, como si hubiera estado dormida y un gato le hubiera saltado en el estómago.

—Ese es un *Chac-mool*, —dijo Claire detrás de él.

—¡Ah, sí...?—exclamó volviéndose:

—Lo utilizaban para sostener calderos o alguna cosa, en la entrada del templo.

La miró asombrado. Su voz tenía un tono de alegría forzada; ciertamente no era cordial. Se había vestido con *shorts* blancos que dejaban al descubierto la

mayor parte de sus muslos bronceados, y un *soutien* de alguna tela elástica que no requería tirantes.

Barney frunció el ceño y siguió caminando.

—¿Te molesta si te acompaño? —preguntó mientras apretaba el paso para situarse junto a él—. Puedo enseñarte cosas. Esa a la cual te diriges, es la pirámide de Quetzalcoatl. Esas gigantescas figuras en lo alto se llaman Atlantes. Son representaciones de guerreros toltecas; sostienen el techo. —Cuando subían las escalinatas, ella continuó, jadeando—. Había un gran vestíbulo delante de la entrada. Y en el otro lado está el Coatepantli, o muro de la serpiente. Muestra la serpiente emplumada devorando seres humanos.

En la cumbre de la pirámide Barney se detuvo y la miró.

—Actúas como si estuvieras drogada.

—¿Te parece? —hablaba con ligereza—. ¿No será porque esperamos encontramos con un par de asesinos de sangre fría?

Barney le preguntó con tranquilidad.

—¿Qué es lo que te está molestando, Claire?

—Este fue el último lugar en que estuve hablando con Johnny—respondió mirando sus sandalias.

—¡Me partes el corazón!

—¿Tienes que ser tan *maldito*?

Barney se dirigió a la esquina noroeste de la pirámide. Dominaba el panorama de la ciudad del otro lado del río. A través del follaje, podía ver el camino cruzando el puente y zigzagueando hacia las ruinas. Había un aparcamiento en la entrada y un pequeño conjunto de edificios de adobe.

—¿Qué es aquello que hay allá?

Claire había venido a colocarse al lado de él, el viento la despeinaba.

—Barney, por favor, no nos hagamos daño el uno al otro...

—¿Quién está haciendo daño?

—He tenido un romance con Johnny. Todavía me duele.

—¡Está bien, de manera que todavía duele! ¡Entendido! ¿Qué es aquello?

—El museo. Venden folletos, bebidas frías y un montón de cosas.

Barney abrió su block de dibujo e hizo una marca en él. Con su lápiz señaló el sur, hacia un lugar hundido, con la forma de una I mayúscula.

—¿Y eso?

—Ese es el patio de la pelota. Tenían anillos altos en la pared a través de los cuales debía pasar la pelota. Una especie de *basketball*, excepto que los anillos eran verticales. Usaban una pelota de goma dura y la arrojaban con las manos. Era una ceremonia para el dios de la lluvia, Tlatoc. No era un asunto comercial, como nuestros juegos.

—¿No querían que lloviera para que crecieran las cosechas?

—Sí.

—Entonces era un asunto comercial. —Barney dibujó el patio de pelota en su block, luego cruzó frente a la pirámide para detenerse en el lado, norte. Indicó un pequeño edificio de piedra en el centro de un gran cuadrado.

—Ese es el *adoratorio*, un pequeño altar.

Barney lo dibujó, luego indicó un montículo ligeramente más alto que la pirámide, antepuesto solamente a un talud.

—Lo llaman la Gran Pirámide —dijo Claire— dicen, que fue construida por los Aztecas.

Él la marcó en su block

—Tienes buena memoria.

—Tomé notas durante la excursión.

—¿Para qué?

—Soy fotógrafa. Tengo que identificar lo que fotografío.

Había olvidado por completo que ella tenía una vida profesional propia. Por alguna razón, eso le molestó.

Cuando volvieron al campamento, Barney se sentó y con rapidez bosquejó dos mapas idénticos de la zona. Dio uno a Claire y el otro a Ed.

—¿Dónde está el tesoro escondido? —preguntó Claire haciendo un mohín—. He visto mejores mapas en las paredes de las escuelas de primer, grado.

—No fui a primer grado —respondió Barney.

—Lo supe cinco minutos después de haberte conocido.

—En el jardín de infancia —respondió Barney, verificando su pistola— me calificaron con una A en descanso.

—¿Cómo pueden estar de bromas, ustedes dos? —gruñó Ed. Estaba estudiando el mapa con toda atención.

—¿Qué quiere que hagamos, mordernos las uñas? —Barney deslizó el 45 de nuevo en su pistolera—. Relájese, Ed, esto no va a ser fácil. Vamos a ensayar. Ed, tome usted la pistola de Garner. Claire, usted tendrá que llevar su bolso. Con esa ropa, no veo en qué otro sitio puede ocultar su arma. —Se puso de pie—. Vamos.

Cuando llegaron a la base de la pirámide, Barney explicó:

—Uno de nosotros estará arriba de la pirámide todo el tiempo observando el camino con los prismáticos. Si ve un Buick negro, grita «¡Olé!». Entonces correremos todos a las posiciones que he marcado. La pirámide nos ocultará de la entrada, de manera que tenemos tiempo para prepararnos. Los dos tendrás muros bajos para ocultaros. Os protegerán y os prestarán un punto de apoyo para vuestras miras.

—Tú no tendrás un muro de acuerdo con este mapa —dijo Claire.

—Yo soy el señuelo. Ahora, Claire, sube a la cumbre de la pirámide y hazme

la señal, luego baja corriendo y toma tu posición.

Cuando ella comenzó a subir, él la detuvo y le dio un block de dibujo.

—¿Para qué es esto?

—Nuestro pretexto y protección. Somos artistas dibujando las ruinas.

Lo ensayaron una vez y Barney le preguntó a Claire si la podían ver cuando corría a través de la cumbre de la pirámide.

—No lo sé —jadeó.

—Probémoslo nuevamente. Esta vez, mira. Si tú puedes ver el camino, también te pueden ver ellos.

—Así lo hicieron.

—No veo el camino. No lo hagamos más. Me duelen mucho las piernas.

Barney bajó los ojos para mirarlas.

—¡Qué feo aspecto tienen...! De cualquier manera tendrás que volver a subir. Harás la primera guardia. Ed dormirá y yo vigilaré desde fuera de la tienda, con el fin de poder despertarlo si tú gritas.

Ed durmió, Barney vigiló y Claire se sentó sobre la pirámide y bosquejó.

A la puesta del sol Barney subió.

—Te relevo. He comido, Ed ha preparado judías con tocino.

—Y yo estoy quemada por el sol.

—Hay una pomada calmante en mi maleta.

Barney se sentó y vio avanzar la oscuridad. Las luces se encendían en la ciudad y la música llegaba desde el otro lado del río. Gradualmente los sonidos fueron desapareciendo; las luces apagándose una a una. A las once Claire se reunió con él.

—¿Has dormido? —preguntó Barney.

—Lo suficiente. —Le tendió el tubo y se sentó dándole la espalda—. Ponme un poco de crema.

Barney le frotó los hombros y espalda mientras vigilaba el camino.

—¿El estómago, también?

—Uh-huh. —Se sentó de espaldas sobre las piedras—. ¡Oh... todavía están calientes!

Barney le extendió la crema por la piel. La luna estaba en creciente, pero había bastante luz para ver el arco de su abdomen y la oscura depresión del ombligo.

—¿Y las piernas? —preguntó él.

—En el momento en que lo desee, Mr. Burgess.

Trató de ser clínico, pero la piel de ella estaba caliente bajo de sus manos. Se incorporó y con los prismáticos estudió el camino con cuidado.

—Barney...

—Sí, Claire...

—¿Eres un hombre o una rata?

—Soy bastante hombre, para ti.

—Entonces, creo, que ha llegado el momento de probarlo —respondió Claire. Él bajó los prismáticos.

—Estamos aquí, un cielo de terciopelo, terciopelo negro, con agujeros, por donde brillan las estrellas, en la cima de una pirámide... ¡una pirámide! Y... tú te quedas ahí mirando a la nada a través de un par de prismáticos. Acuéstate a mi lado.

—Eso —respondió Barney— sería más de lo que podría soportar o permitirme.

—Siempre ha habido algo que me lo ha impedido. Ya llegará nuestro momento —Barney se movió quedando a horcajadas sobre el cuerpo de la muchacha, ocultándole el cielo tachonado de estrellas, como si fuera una montaña—. Y entonces, yo seré el gran sacerdote y tú la virgen del sacrificio.

Ella se burló de él.

—Tus acólitos me hacen reír.

—Desconfío de que prueben el producto por adelantado. Siempre me tomas entre dos fuegos. Claire, *tengo* que vigilar el camino.

—Eres un tunante concentrado en una sola cosa.

—Ed vendrá a reemplazarme dentro de una hora. Si todavía estás despierta...

Ella se incorporó.

—Ya hemos hablado bastante. No le quitemos toda la magia. —Bajó como una sonámbula.

Ed llegó temprano.

—¿Cree que vendrán esta noche, Barney?

—No, si es que están buscando en toda la carretera. Pero quizás decidan pasar de largo por algunos lugares, de la misma manera que lo hemos hecho nosotros. De manera que pueden aparecer en cualquier momento. No abandone su puesto de vigía.

—No se preocupe.

—Y haga una señal si ve un coche.

—Bien.

—Siga gritando hasta que obtenga una respuesta. ¿Entiende? Barney se marchó. Cuando llegó al pie de la pirámide, la sangre le golpeaba en la garganta. Entró en la tienda.

—¿Claire?

—Aquí, Barney.

Él se volvió y ella le tomó la mano y se puso de rodillas sobre la manta atrayéndolo hacia sí.

Luego cogieron la manta y la pusieron bajo un árbol y miraron hacia arriba, las

estrellas y el humo.

—« Los que vamos a morir» —musitó Claire—. Siempre me he preguntado cómo podían soportarlo los gladiadores, qué era lo que los motivaba. Oh, ya sé que no podían evitarlo, pero dime, ¿cómo se adaptaban a la idea de « puedo morir dentro de cinco minutos» , como una dieta diaria?

—Voy a ser profundo. Sólo morimos una vez.

—¿Cómo es que elegiste una profesión tan peligrosa?

—Es tan peligrosa como sentarse en la ventanilla del cajero de un banco. Soy yo quien la hace peligrosa.

—¿Por qué?

—Me hace valorar la vida.

—Sí. Eso lo entiendo. Todo intensificado. Pero... ¿y después?

—No tomo por adelantado los problemas de mañana. El mañana nunca llega.

—Pero llega, Barney.

—Nunca.

—Espera y verás.

—Dormiré mientras espero —dijo riendo.

El quiso levantarse, pero ella lo presionó hacia abajo.

—Tiéndete aquí. Yo vigilaré por ti, —Barney se tendió y se quedó dormido mientras ella lo cubría.

Horas más tarde despertó con las cosquillas del pelo de ella. Claire estaba tendida a su lado debajo de la manta.

Observaron ascender el lucero de la mañana, tan brillante que era un disco visible. Luego salió el sol, y el púrpura se volvió rosa y el rosa amarillo. Sin ganas, Claire lo dejó y se dirigió a la tienda a preparar el desayuno. Luego Barney la acompañó a la pirámide; era su turno de vigilancia.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó ella.

—Huronear por ahí y buscar el dinero.

—¿De veras crees que está aquí?

Él se encogió de hombros:

—¿Quién sabe?

A mediodía Ed relevó a Claire para que pudiera almorzar. Se preparó un emparedado y caminó hasta donde estaba Barney revisando el túnel de drenaje del patio de pelota. Luego lo siguió hasta las partes no excavadas de las ruinas.

—Busquemos allí —dijo ella, señalando una barranca ahogada por la maleza. Bajo un arco de arbustos espinosos ella sonrió con travesura y le tendió el tubo de crema.

—Me arden otra vez las quemaduras de sol.

Claire se esponjó debajo de sus manos como un gatito cuando lo acariciaban. Un momento después se sentó y se quitó el corpiño.

—¿Te acusaron alguna vez de ser demasiado sexual? —le preguntó Barney.

—Al contrario. «Frígida» era la palabra que usaban.

—Y, ¿era así?

—No quería gastarme. Pero no comprendía cómo era el asunto... Uno se vacía, pero inmediatamente vuelve a llenarse. ¡Es maravilloso! —extendió los brazos.

Mientras caminaban colina arriba Barney le preguntó:

—Pero ¿no quieres encontrar el dinero?

Ella se encogió de hombros:

—Hay cosas más importantes.

—De acuerdo. Pero si encontrara el dinero aquí, estaría seguro de que ellos no lo habían encontrado en otra parte y matado a Liz.

Pasó ese día y la noche. El dinero no se encontró, ni tampoco apareció la presa. Mediada la mañana, Barney y Ed estaban sentados frente a la tienda, tratando de decidir qué hacer cuándo oyeron la voz de Claire:

—¡Olé! ¡Olé! ¡Olé!

Barney respondió con un grito. La cara de Ed se tornó gris.

—Revise su arma, Ed.

Las manos de Ed temblaban. Se le cayó la pistola, Barney la recogió, metió una bala en la cámara y se la entregó.

—No puedo dejar de temblar, Barney.

—Recuerde que tienen a su mujer.

—Sí. ¡Liz! Tienen a Liz... —pudo controlarse.

Barney se metió un block de dibujo debajo del brazo y subió a la plaza central. Claire ya había tomado su posición detrás del muro bajo. Estaba muy pálida.

—¿Dónde están, Claire?

—Han dejado el coche y se dirigieron al patio de pelota.

—¿Todos ellos? ¿Liz también?

—Sí.

—¿Cómo van vestidos los hombres?

—El alto tiene un traje gris. El más bajo, uno color marrón chocolate.

—Los dos visten trajes. Eso significa que van armados. ¿Cómo tienen a Liz?

—Camina entre ellos, pero no la tocan.

—Bien. No sabemos de qué lado vendrán. Trataré de quedar entre ellos y Liz. Luego os explicaré la situación. Cuando haga este gesto —levantó ambas manos, con las palmas hacia arriba— tu sales a la vista con la pistola. Espero que sean bastante listos para no empezar a disparar. Si alguno de ellos saca un arma... de cualquier tipo... dispara a matar, Claire. Elige al hombre de traje color chocolate. ¿No me fallarás?

Ella movió negativamente la cabeza con dureza. Barney corrió a la pequeña fortaleza de Ed. Le dio a Ed las mismas instrucciones, si bien el blanco de Ed sería el hombre corpulento vestido de gris. Ed parecía muy sereno ahora, y Barney se sintió aliviado.

Tomó su posición en las gradas de la Gran Pirámide, con el block sobre las rodillas, de cara al espacio cuadrado. Puso un cigarrillo apagado en su boca y dibujó algunas líneas sobre el papel. Hacía la mímica del dibujante,

Barney oyó el roce de zapatos sobre la grava hacia la derecha. Bien, venían por la Entrada Número Uno. Se esforzó en continuar dibujando durante otros treinta segundos. Luego levantó la cabeza.

Los tres estaban directamente entre él y el lugar donde se ocultaba Claire. Liz vestía una falda floreada y una blusa blanca, sandalias atadas en forma de T. Parecía limpia. Caminaba con un aire tieso, casi altivo. La expresión de su cara era de frío desdén como diciendo, no soy como estos animales. Pero nadie le prestaba atención excepto Barney, que oía tales cosas con los oídos de su imaginación.

El hombre más próximo a Barney era el de traje gris. Era corpulento y gordo, de mejillas congestionadas y nariz chata. Un cigarro pendía de sus gruesos labios. Podía haber sido un carnicero retirado o un ex-pugilista. Barney decidió que era Green. El otro hombre era pequeño y esquelético, con un cutis de rata, esmirriado. Su costoso traje marrón le colgaba sin forma. Parecía más bien un jockey viejo que un criminal de nota. Debía ser Brown.

—¿Tiene fuego?—preguntó Barney.

Green le envió una mirada molesta y negó con su cabeza grande, en forma cortante. Barney se levantó y caminó hacia él, con el block en su brazo izquierdo. Green se detuvo, colérico.

—No tengo cerillas, hermano. ¡Fuera de mi paso!

Barney parecía conciliatorio:

—¿Puede entonces darme fuego con su cigarro? Lamento molestarle, pero he estado chupando este maldito cigarro durante una hora.

—Está bien—dijo el hombre pequeño vestido de marrón—. Yo tengo cerillas.

Por un instante formaron un cuadro vivo. Liz estaba entre sus dos raptores, un poco hacia atrás. Por supuesto, como no conocía a Barney no había animación en sus hermosos ojos, que estaban subrayados con ojeras azuladas. Barney planeó cómo pasar por el lado derecho de Green para alcanzar a la mujer. Por el raballo del ojo vio a Brown buscar en su bolsillo una caja de cerillas de papel. La mano seca apenas había dejado el bolsillo cuando se oyó un *¡splat!*, desde el escondite de Claire. Brown hizo una pirueta lenta y cayó de bruces. Todavía no había golpeado el piso cuando Barney oyó el rugido del 45 de Ed Tollman. Green se aferró a su chaqueta, el rostro mofletudo furioso por la sorpresa.

Barney saltó más allá de él y cogió a Liz por la cintura. Ella gritó y comenzó

a luchar. Él con un puntapié la tiró al suelo cubriéndola con su cuerpo.

—Su marido está conmigo, Mrs. Tollman. Quédese en el suelo. ¡No levante la cabeza!

Los ojos de ella se dilataron. Barney sacó su pistola y se volvió. Sabía que otras armas habían disparado y que las balas habían silbado a través del patio, pero no tenía la menor idea de quién había disparado. Vio a Ed salir como una flecha de su refugio, corriendo hacia ellos. Una cinta roja caía desde su frente. Green se estaba levantando apoyado en sus codos, apuntando a Ed.

—¡Ed, cuidado! —gritó Barney.

Pero Ed Tollman no podía ver otra cosa que su mujer. Corrió como un ciego, olvidado del arma. Barney apuntó a la ancha espalda de Green y disparó dos veces. Dos desgarrones aparecieron en la hermosa tela, uno abajo, en la espina dorsal, el otro una pulgada debajo del cuello. Green saltó como un conejo. Luego cayó en una zambullida de brazos y piernas extendidos y se arrojó sobre las piedras como si fueran sus amigas. La parte de atrás de su chaqueta se tornó colorada. Estaba tendido allí, pacíficamente.

El tiempo se detuvo en la planicie. Todo, parecía recortarse en el filo de la navaja, como si estuviera pulido y esmerilado.

Barney miró hacia donde había caído Brown; sólo había un sombrero y una mancha zigzagueante sobre las piedras, como la huella de una serpiente. La huella lo llevó detrás de la figura reclinada del *Chac-mool*. Y allí estaba Brown, apoyando la pistola sobre el vientre de la piedra. Era una visión ridícula; los labios contraídos, dejando al descubierto sus dientes manchados. El pelo negro de indio cayendo sobre los ojos. Al lado, en actitud imbécil, el *Chac-mool* mirando a Barney con un estupor de siglos.

Hizo un disparo, pero la bala rebotó en la estatua y la cabeza de Brown desapareció de la vista. Buscó otro blanco.

La pistola de Brown apareció debajo de la oreja cuadrada del *Chac-mool*.

Un dolor blanco y caliente chamuscó el brazo derecho de Barney. Dejó caer el arma. Se arrastró para recuperarla, pero para su sorpresa su mano derecha no le obedeció. Un disparo dio en el pavimento a su lado. Intentó coger la pistola con la mano izquierda y levantarla para disparar, pero no hizo fuego. Claire English se acercaba por detrás de Brown con una expresión de sonámbula. Sostenía su 32 a no más de un pie detrás de la cabeza del hombre y disparó. Brown cayó. Claire apuntó y disparó una vez... y otra. Cuatro disparos sacudieron sus brazos; los ojos estaban vidriosos y los labios mostraban las encías. Era una mujer totalmente desconocida para Barney, perdida en un frenesí homicida, incapaz de detenerse.

Cuando se aproximaba, ella le apuntó.

—¡Claire, soy Barney!

—¿Barney? —era una voz débil, como la de una niña. La 32 cayó de su mano; Barney la tomó y la hizo sentarse en el suelo; Quedó allí pestañeando.

—¿Ya terminó todo?

—Sí.

—¿Liz?

Él se volvió para mirar a los Tollman. Estaban abrazados. Ed lo saludó con la mano. Su rostro nuevo, vivo. Liz lloraba y reía.

—Ella está bien.

—¿Y... esos... dos?

—Los dos están muertos.

Claire se tocó la frente.

—No recuerdo nada.

—La primera vez afecta a algunas personas de esa manera. Has estado magnífica.

—¿He matado a alguien?

—¿No recuerdas haber disparado ese primer tiro?

—Lo último que recuerdo es verte ir hacia ellos. Vi al más bajo buscar la pistola. Luego nada.

De manera que Mr. Brown, el gran hampón, murió a causa de un fósforo. Barney decidió no decirle eso a Claire. Ni comentar los cuatro tiros que le disparó a la cabeza.

—Ahora puedo caminar —dijo Claire poniéndose de pie—. Quiero ver a Liz. Caminé bastante insegura. Las dos mujeres se abrazaron y lloraron.

—¿Qué le ha pasado en la cabeza? —preguntó Barney a Ed.

Un trozo de roca. ¿Y a su brazo?

Barney miró hacia abajo. La sangre goteaba de sus dedos, pero podía moverlos.

—No es mucho. Un araño que por un momento me inutilizó el brazo.

Eran como viejos amigos encontrándose después de un viaje largo y peligroso. Liz Tollman cogió la mano sana de Barney.

—Me ha salvado la vida. Ed dice que las palabras no bastan, pero por ahora es todo lo que puedo hacer.

Sintió las sirenas aproximándose desde la ciudad. Una motocicleta y un coche de policía entraron al cuadrado. Barney dijo:

—Aquí viene la brigada roja. Déjenme hablar a mí.

—Se adelantó y luego volviendo la cabeza. —No mencionéis el dinero. Si se enteran de eso, jamás saldremos de aquí.

La policía los confinó durante una semana en el hotel principal de Tula, con un guardia en cada habitación. A sugerencia de Barney... y expensas de Ed... la policía cablegrafió a Indianápolis, Detroit, Chicago, St. Louis, Colorado y Texas. Los cables que llegaron en respuesta comenzaron a cambiar la balanza a su favor; la llegada del rudo *sheriff* de Colorado, acompañado por el experto del laboratorio, les trajo la libertad. La muestra de pintura encontrada en el deshecho coche de Barton respondía exactamente a las raspaduras del Buick negro.

Durante la larga semana, Claire había estado impaciente y enojada con Barney. Él pensó que era una reacción de los disparos y la frustración de estar encerrada. Se mostró suave con ella.

Cuando estuvieron en libertad, Ed y Liz se dispusieron a coger el autobús para Monterrey, desde donde volverían en avión a su casa.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Ed, sacando su libreta de cheques.

—Cinco mil cubrirán todo.

—Tengo ocho. Con mucho gusto se los daré.

—No sea tan generoso. Ustedes dos podrán utilizarlos para tomarse vacaciones. Esta vez vayan juntos.

Liz tenía de la mano a Ed, como si fuera para toda la vida.

—No volveremos a separarnos, Mr. Burgess.

Se despidieron y Barney se dirigió a la habitación de Claire. Ella estaba cerrando su maleta.

—Lo que llega con facilidad se va ligero —dijo Barney meneando el cheque—. ¿Dónde nos los gastamos, querida? ¿En Acapulco?

—No, Barney.

—Tienes razón. Yo también estoy harto de México. ¿Qué te parece Barbados? Claire le daba la espalda, bregando con el cerrojo de su maleta.

—Barney, no creo que tenga deseos de...

Todavía está bajo los efectos de la impresión, pensó él.

—Bien, vayamos a un lugar tranquilo. Hay algunas islas en las Indias Occidentales que son bastante poco visitadas. Nadaremos, pescaremos, viviremos al aire libre...

Ella se volvió entonces para mirarlo. Sus facciones de camafeo estaban

rígidas.

—Barney, necesito un descanso.

—¿Cómo...?

—Tengo que estar sola un tiempo. Algunos días, por lo menos. Tengo mucho en qué pensar. Especialmente con respecto a ti y a mí. Si llego a la conclusión de que no era una cosa pasajera, te telefonaré.

Todo ha terminado, pensó Barney. Los obstáculos femeninos de siempre. Pero ya ha tomado su decisión. Miró el cheque de Ed Tollman, frunció el ceño y se lo guardó en su bolsillo.

—Claire, ¿adónde vas?

—Creo que será mejor que no lo sepas. ¿Por qué no vas a Acapulco y me esperas? Digamos tres días. Te cablegrafiaré por *American Express*.

Barney sonrió.

—¡Confía en una mujer que cargue los dados! Tú sabrás dónde estoy yo, y yo no sabré dónde estás tú...

—Barney, tendrás que ser paciente conmigo.

Barney se acercó y la besó en la mejilla, se volvió y salió. Oyó que la maleta hizo un click final cuando él cerraba la puerta.

Bajó por la colina y cruzó el río dirigiéndose al lugar arqueológico. Había allí una docena de coches y tres autocares. Los turistas se escabullían por todas partes. Barney reconoció al capitán de policía posando para los fotógrafos, señalando las resquebrajaduras en el *Chac-mool*, donde había golpeado la bala de Barney. Hombres de chaqueta blanca vendían helados que llevaban en carritos; mujeres viejas vendían chicharrones; las banderas flotaban desde un puesto donde se servía cerveza fría y gaseosas. Un grupo de hombres, mujeres y niños se apiñaban con curiosidad alrededor del área cercada por una cuerda, donde Green había muerto. La mancha era más grande de lo que él la recordaba. Barney pensó que la habían agrandado; sin duda alguna la renovarían después de cada lluvia.

Se marchó. ¿Dónde podría estar el dinero? Aquí no, de eso estaba seguro., había registrado las ruinas con mucho cuidado. Algún día darían con él, descolorido por el moho y deshaciéndose, un descubrimiento accidental hecho por alguna viejecita de Dubuque.

Un desaliñado chiquillo con una camisa rota sostenía una estatuilla de arcilla.

—¿Quieres comprar un mono?

—No. —Barney siguió caminando. Hasta los niños aquí estaban en el juego.

El muchacho lo siguió:

—¿Mono? Como los grandotes... Mono...

Barney se detuvo como si le hubieran hecho un disparo. El muchacho

retrocedió, pero luego que Barney le dio un puñado de pesos de plata, sonrió y salió corriendo como si pensara que Barney se los sacaría. La estatua era una miniatura de las figuras de los guerreros sobre la pirámide. Barney la dejó caer en el bolsillo y corrió al hotel. Claire se había marchado. En la parada de taxis, cruzando la calle, le preguntó a un conductor:

—La mujer que estaba aquí, ¿tomó un taxi?

—Sí, señor.

—¿A dónde fue?

El hombre se encogió de hombros.

—No estoy seguro. *A México, yo creo.*

¡A la ciudad de México...!

Barney saltó al taxi del hombre y le dijo que tratara de alcanzar al otro taxi. Había pasado un cuarto de hora cuando el conductor señaló hacia adelante.

—Me parece que es ese el coche. ¡Sí...!

Barney se dobló en el asiento:

—Acérquese y vea si la mujer va en él.

El conductor obedeció.

—Sí. Está en el asiento de atrás.

—Bien, reduzca la marcha. Pero no los pierda de vista. Cuatro horas después el taxi de Claire se detuvo ante la estación de autobuses La Estrella de Oro. Ella descendió del coche de prisa y entró. Desde su posición en la acera de enfrente, Barney la observó ir a una fila de cajas de depósitos, tomar una llave de su bolso, y abrir una de las cajas. Sacó una maleta y se dirigió hacia la puerta. Un mozo de cuerda vino a ayudarla, pero ella lo rechazó. El conductor de su taxi quería poner la maleta en el maletero, pero Claire negó con la cabeza y la llevó consigo al asiento. El taxi se puso en marcha; Barney la seguía. Se detuvo frente a un hotel modesto y Claire entró llevando la maleta.

Barney esperó cinco minutos, luego la siguió. Le dijo al empleado del hotel que la mujer había olvidado el cambio.

—¿Qué habitación ha tomado?

—La veintidós, señor.

Barney subió y llamó a la puerta. Hubo un momento de silencio, luego la voz de Claire:

—¿Quién es?

Barney imitó la tonada del empleado.

—Traigo sus toallas, señorita.

—Oh, un minuto.

Abrió la puerta. Quedó con la boca abierta, se recobró, luego embistió la puerta. Barney la apartó y se dirigió a la extraña maleta que estaba sobre la cama. La abrió. Una hermosa camisa de hombre doblada al descuido encima. La apartó. Debajo de ella aparecieron, fila sobre fila, los paquetes de dinero

americano.

Barney se volvió. Claire estaba de pie delante de la puerta con su pequeña pistola apuntándole el pecho.

—Hemos completado el círculo, querida. La única diferencia entre ahora y nuestro primer encuentro es que esta vez estás vestida.

Ella se alisó la falda con la mano libre; un brillo de sudor cubría su rostro. Pero la pistola no se movía.

—Hay otra diferencia, Barney. Ambos sabemos que puedo disparar.

—Estás gravemente enferma de codicia. —Barney meneó la cabeza—. ¿Desde cuándo lo sabías?

—Desde San Blas. Mientras Garner hablaba, yo recordé todo lo que Johnny Talbot me había dicho. La última palabra que pronunció, *Mona*... pensé que tendría algo que ver con el dinero. Sabiendo ahora que él hablaba español saqué mi diccionario mexicano y busqué la palabra. *Mona* o *mono* era una muñeca. Recordé esa miniatura del guerrero tolteca que había elegido en la calle. Todavía la conservaba. A la mañana siguiente la examiné en el coche y encontré una raspadura pequeña cerca de la base. Luego recordé que la figura era una copia de esos gigantescos guerreros que están sobre la pirámide de Tula. Pensé que debía haber ocultado la llave allí, era la llave que mencionó al mexicano. No la encontré el primer día ni el segundo. Pero la última mañana, mientras registraba la estatua por vigésima vez vi el lugar donde una pequeña piedra había sido encajada a golpes en una hendidura, entre dos rocas. La saqué y allí estaban las llaves de la maleta, y de la caja de seguros y un pedazo de resguardo, donde se indicaba la estación de autobuses en que se encontraba.

—Por eso estabas ansiosa por llegar a Tula. Te importaba un comino lo que le pasara a Liz.

—Ella está bien, ¿no es así? ¿Y ahora qué importa?

—Nada; ¿y Garner? ¿Lo empujaste fuera del coche?

Claire asintió. Tenía la cara muy sudada.

—¿Y ese tiro que le disparaste a Brown? ¿Realmente creíste que quería sacar la pistola?

—Vi los fósforos —tenía los labios pálidos.

—Pero querías que todos murieran y no te importaba si mataban a Liz en el proceso. Sabías que si los capturaban hablarían sobre el dinero y entonces nunca sería tuyo, —Barney se encogió de hombros—. Ahora lo tienes, y me tienes a mí. ¿Qué sucederá?

Claire se humedeció los labios con la lengua:

—Planeaba llamarte desde Acapulco. Podemos llevar una buena vida, juntos...

Barney rió:

—Lo sabías en Tula. Podías habérmelo dicho entonces y podíamos haberlo

buscado juntos. Todo el tiempo que estuviste conmigo, mantuviste tu miserable y sucio secreto para ti. Y te ofreciste a mí para distraerme, como una ramera.

—Barney, no fue así. Yo realmente...

—Lo lamento más que tú. Jamás podré pensar en acostarme contigo sin vomitar. —Vio el rubor, donde no había ropa. Pero la 32 permanecía firme.

—¿Bien? —preguntó Barney—. ¿Qué hacemos?

—Todavía podríamos irnos juntos —dijo Claire en un tono de voz bajo.

—Quieres decir que quieres sacarme del hotel sin escándalo. Recuerda Claire, que te he visto matar a Brown a sangre fría. Me matarás tan pronto consideres que no es peligroso. Es tu turno.

Ella mostró entonces los dientes:

—¡Muy bien! Has forzado la entrada en mi habitación, me has amenazado. Tengo derecho...

—¿A defender tu honor? —Barney rió—. Mátame. Hazlo, ahora y aquí.

Levantó la 32. Un nervio temblaba en su mandíbula.

—Oh, vamos —dijo Barney—. Dispara...

Apretó el gatillo espasmódicamente. Parecía despavorida. Apretó una y otra vez. Pero nada sucedió.

Barney meneó la cabeza.

—¡Pobre Claire! Los *amateurs* siempre se atascan en alguna parte. ¿Recuerdas cuando la policía devolvió las cosas? Me dieron las armas, puesto que era el único que tenía autorización para llevarlas en México. Allí fue cuando le quité las balas. Oh, no era porque supiera nada, entonces. Es que te había visto matar a Brown, y no pensé que fueras una de esas personas a quienes se les puede confiar un arma. Me felicito por ello.

Ella emitió un quejido de cólera y le tiró la 32 a la cabeza. Barney la esquivó y saltó. Ella le arañó la cara. Él la golpeó en la articulación de la mandíbula. Cayó, dio una vuelta y quedó tendida, la falda torcida envolviéndole los mulos tostados.

Hermosas piernas, pensó Barney. ¡Qué desperdicio! Pero la visión le entristeció. La codicia estropea hasta a las mujeres más bellas, para el propósito que las creó Dios.

Se dirigió al teléfono y comenzó a marcar. Pero luego se detuvo, mirando el brillante dinero de la maleta. Podía cerrar este caso y salir de aquí con esa maleta y ¿quién le detendría? Claire jamás lo denunciaría. Sólo aquellos que tienen las manos limpias pueden denunciar.

Pero estaba el problema de tener que mirarse la cara en el espejo por lo menos una vez al día.

Y su licencia... ¡le gustaba su licencia! Valía mucho dinero para él. Mucho más que el de la maleta.

De manera que quedaba decidido.

Comenzó a marcar el número de la policía otra vez.

Pero volvió a detenerse. ¿Cuál era el crimen de ella? El hombre que Claire había matado era un asesino, armado y disparando. Y ¿quién podía reclamar el dinero? Perteneecía a Green y a Brown, ya muertos, sin duda; ¿pero cómo podrían probarlo los herederos? ¿Y querrían probarlo, teniendo en cuenta lo que intentaban comprar con ese dinero?

No. La policía pondría a Claire en libertad y el dinero permanecería en el archivo durante un tiempo y un día ya no estaría allí. Lo pondrían en la caja fuerte de algún *político* de dedos ligeros o de un *oficial de policía*.

Barney colgó y salió de la habitación del hotel dejando a Claire English tirada en el piso y la maleta llena de dinero en la cama.

Se lo había ganado, pensó. Lo estaría pagando el resto de su vida.

— FIN —



ELLERY QUEEN es el seudónimo de dos primos estadounidenses, de origen judío, **Frederick Dannay** (nacido Daniel Nathan, Nueva York, 20 de octubre de 1905 – 3 de septiembre de 1982) y **Manfred Bennington Lee** (nacido Manford [Emanuel] Lepofsky, Nueva York, 11 de enero de 1905 – 3 de abril de 1971), escritores de literatura policiaca y creadores del personaje que lleva el mismo nombre que su seudónimo, con una amplia producción personal entre 1929 y 1970, y muchas otras obras escritas bajo su patrocinio y autorización usando el mismo seudónimo.

Trabajaban en una agencia de publicidad en Nueva York. Su colaboración comenzó en 1928, cuando se presentaron a un concurso literario con el seudónimo de Ellery Queen.

En 1941 fundaron una de las revistas de historias de detectives más famosas, *Ellery Queen Magazine*. Escribieron docenas de libros y guiones para la radio de Ellery Queen. También utilizaron el seudónimo de Barnaby Ross y crearon una franquicia con su nombre con el que publicaron otros escritores.

Manfred Bennington Lee padecía insomnio y era habitual que sus hijos le encontraran leyendo en la cocina de su casa de Roxbury, Connecticut, a altas horas de la madrugada. Murió en 1971.

Frederic Dannay fue el editor jefe de *Ellery Queen Magazine* durante toda su vida. Murió en 1982 en White Plains, NY.

NOTAS

[1] En castellano en el original (*N. del T.*) <<

[2] En castellano en el original (*N. del T.*). <<

[3] En castellano en el original (*N. del T.*) <<